

# Las reliquias de Lorca: fetichismo positivista y adulteración hermenéutica

JULIÁN JIMÉNEZ HEFFERNAN

Universidad de Córdoba

**Título:** Las reliquias de Lorca: fetichismo positivista y adulteración hermenéutica.

**Title:** García Lorca's Relics: Positivist Fetishism and Hermeneutic Adulteration.

**Resumen:** La búsqueda de los restos del cuerpo de Lorca ha reabierto necesariamente un debate sobre la significación cultural del poeta. En gran medida, la compulsión testimonial de muchos de sus instigadores se enraíza en un inconsciente ideológico marcado por el positivismo verista propio de una fenomenología mal entendida como conexión inmediata de lo ideal y lo empírico, de Lorca como símbolo idealizado de España o la República y de su cuerpo como "cosa" en la que urge salvarse. Mediante una estrategia de distanciamientos acumulados, este artículo trata de proporcionar argumentos contra la oportunidad de resucitar dicho inconsciente. Trata asimismo de defender la conveniencia de un retorno, incontaminado por lo que Husserl llamase "positividad ingenua", a la escritura misma del poeta.

**Abstract:** The search of Lorca's bodily remains has necessarily reopened a debate over the poet's cultural significance. The testimonial compulsion shown by many of its instigators is largely rooted in an ideological unconscious marked by a factual positivism that is characteristically phenomenological, with phenomenology misconstrued as an immediate collusion between the ideal and the empirical, between Lorca as idealized symbol of Spain or the Republic and his body as the "thing" that procures collective salvation. Through a strategy of cumulative distancings, the present article seeks to set up arguments against the convenience of bringing such unconscious back to life. I argue too in favor of the suitability of a return to the poet's body of writing, yet a return untouched by what Husserl called "naïven Positivität".

**Palabras clave:** Lorca, cuerpo, tumba, fenomenología, crítica, cosa, verismo, épica, República.

**Key words:** Lorca, Pody, tomb, Phenomenology, Critique, Thing, Factualism, Epic, Republic.

**Fecha de recepción:** 27/02/2021.

**Date of Receipt:** 27/02/2021.

**Fecha de aceptación:** 11/04/2021.

**Date of Approval:** 11/04/2021.

A Juan Carlos Rodríguez, *in memoriam*

Vous avez levé dans le monde le drapeau de la politique ethnographique et archéologique en place de la politique libérale; cette politique vous sera fatale.

Renan<sup>1</sup>

## I

¿Leyó el borracho de *Luces de Bohemia* los sonetos y madrigales de Max Estrella? Sabemos poco de ese personaje. Sabemos que pudo recibir educación en el extranjero, que acude a asambleas de la socialista Casa del Pueblo, que admira a los héroes del Dos de Mayo. Y sabemos, claro está, que admira aún más a Max Estrella, a quien describe o interpela, en cuatro ocasiones, como *cráneo privilegiado* [sic]. Pero ignoramos la causa que enciende su admiración. Quizás él mismo la ignora. Es muy probable que elogie al viejo escritor, ya muerto en la escena última del esperpento, sin haber leído jamás uno solo de sus sonetos y madrigales. “¡Cráneo privilegiado!”<sup>2</sup>.

## II

Dice Hegel que “si el cerebro y la espina dorsal son aquel ser-para-sí corporal del espíritu, el cráneo y la columna vertebral son el otro extremo separado que les corresponde, a saber la cosa firme en reposo [*das feste ru-*

---

1 Ernest Renan, *Histoire et parole*, Paris, Laffront, 1984, p. 651. Agradezco a Rafael Bonilla Cerezo su generosa y concienzuda lectura del manuscrito original, rica en correcciones y sugerencias de lectura. Agradezco también el informe rigurosísimo y generoso de los lectores de la revista. Doy también las gracias a Margarita García Candeira por darme el impulso y estímulo para escribir este artículo. Y a Juan Andrés García Román, por buscar en bibliotecas de Aquisgrán la cita de Celan (discúlpese la consonancia).

2 La frase, que pone broche a la obra, se repite cuatro veces en total: Ramon del Valle-Inclán, *Luces de Bohemia*, ed. Catalina Míguez, Madrid, Alianza, 2017, pp. 70 y 211.

*hende Ding*”<sup>3</sup>. Y sobre esa cosa firme cae “la determinabilidad de estar ahí [*die Bestimmung des Daseins*]”, frase de perfume existencialista. *Et pour cause*, pues el indiferente (*gleichgültigen*) estar-ahí (*Dasein*) del cráneo prescribe la inmediatez de su existencia —*unmittelbare Wirklichkeit des Geistes*—. Frente a la individualidad autoconsciente de la reflexión para-sí que emerge de la mera evocación de un cerebro activo, el cráneo dicta “el otro lado de la individualidad [...] el lado de su existencia, su estar ahí, [...] en cuanto una cosa, a saber, un hueso: *la realidad efectiva y existencia del hombre es su hueso craneal* [*die Wirklichkeit und Dasein des Menschen ist sein Schädelknochen*]”. Más contundentemente aún: “el ser del espíritu es un hueso [*das Sein des Geistes ein Knochen ist*]”<sup>4</sup>. Hay muchas maneras de malinterpretar esta expresión enigmática de Hegel, que no pretende sino evocar una figura de imposibilidad —la de un espíritu que enuncia, mediante una proposición especulativa, su propia naturaleza contradictoria en la forma de una existencia (la suya) residual, ósea, inerte<sup>5</sup>—. Pese a las cautelas de Hegel, esta absurda reducción frenológica del (contra)sentido del espíritu satisface plenamente las ambiciones de una fenomenología volcada —inmediatamente— a las cosas mismas, al tiempo que halaga el furor positivista de una filología adicta a la estilística de aliento biográfico, un modo crítico que, en su obsesión por la persona Lorca —tan visible en Alonso, Salinas y Guillén— abrió el camino entre olivos a lo que es hoy la “quiebra” del “gran equilibrio / de [su] escondido cráneo”<sup>6</sup>.

---

3 Georg Hegel, *Fenomenología del espíritu*, ed. Antonio Gómez Ramos, Madrid, Abada, 2010, p. 407.

4 *Ibidem*, pp. 411 y 425.

5 Véase Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, London, Verso, 1989, pp. 207-209; véase también, del mismo autor, *Less Than Nothing: Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*, London, Verso, 2012, pp. 534-535.

6 Federico García Lorca, *Poesía*, ed. Miguel García Posada, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, p. 104. Dámaso Alonso se explaya sobre “el éxito social del hombre ‘Federico García Lorca’” en “Federico García Lorca y la expresión de lo español”, en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1952, pp. 257-266 (p. 260). El cortocircuito entre voz popular y el hombre Lorca es también explorado por Pedro Salinas en “Dramatismo y teatro de Federico García Lorca”, en *Literatura española. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 1970, pp. 191-197. La primera sección del ensayo de Jorge Guillén, “Federico en persona”, que abriera la histórica edición Aguilar de las obras de Lorca (1953), es quizás el más acabado ejercicio de *reductio ad hominem* de toda la crítica lorquiana, comparable tan solo al extraordinario poema que le dedicó Pablo Neruda.

Lorca, nos dicen, en un alarde de “naïven Positivität”, no son sus textos<sup>7</sup>. Lorca es su alma, es su vida, es su persona, es su cráneo. Por mucho que la crítica se escinda entre lorquistas, abonados al mito, y federiquistas, partidarios de la persona, se trata siempre de “Lorca de cuerpo entero”, que diría Gibson, mucho antes de incurrir en la obstinada pretensión de literalizar el tropo<sup>8</sup>. De un plumazo quedamos exentos de los calvarios de la mediación, es decir, de los esfuerzos de la dialéctica, la lectura, la hermenéutica. El problema no es ya que, como advertía Umbral en 1967, la obra pueda ser asumida por la vida, sino que la muerte la presuma y la cancele<sup>9</sup>. De un plumazo todo queda reducido a la serenidad del *calvarium*. Y al trasiego de desenterradores espontáneos que limitan el sentido Lorca al mero asunto del *estar-abí*, a cinco metros más acá o allá del olivo o del barranquillo. Y a la verificación compulsiva de los demostrativos y deícticos (*aquí, estos, esto, este, el*) que articulan la declaración de Castilla Blanco, el joven que supuestamente ayudó a dar sepultura a Lorca:

Aquí era, seguro... Había entonces más olivos... Estos pinos no existían... todo esto es nuevo... Aquí no hay nada más que éstos, aquí no están nada más que el maestro de Pulianas, el Galadí, el Cabezas y este, el Lorca. Aquí ya no hubo más. Aquí no hay nada más que éstos... En este rodal de aquí; sí, en este rodal de aquí desde luego que es; más arriba o más abajo, pero en este rodal... En invierno baja un arroyo por el barranquillo... En este rodal de aquí<sup>10</sup>.

---

Lorca es ahí no solo una “criatura” excepcional. Se le llega a comparar a un fenómeno meteorológico: junto al poeta no hacía ni frío ni calor, “hacía... Federico”: *Obras completas*, ed. Arturo del Hoyo, Aguilar, Madrid, 1953, p. XVII. En dicho prólogo, ensalzando su oralidad y capacidad recitativa, afirma Guillén que “Nunca se recalcará bastante que en Federico renacía el bardo anterior a la Imprenta”, p. XLIV.

- 7 Edmund Husserl, *Cartesianische Meditationen und Pariser Vorträge*, ed. S. Strasser, *Husserliana I*, Den Haag, Martinus Nijhoff, 1973, p. 179.
- 8 La expresión de Gibson la recoge Luis Fernández Cifuentes en su larga reseña de la biografía: “La verdad de la vida: *Gibson versus Lorca*”, *Boletín de la FGL*, IV, (1988), pp. 87-101 (p. 95).
- 9 Francisco Umbral, *Lorca poeta maldito*, Barcelona, Libro amigo, 1977, p. 16.
- 10 Recogido en Ian Gibson, *La fosa de Lorca: Crónica de un despropósito*, Alcalá la Real, Alcalá, 2010, p. 18. Umbral cierra el primer capítulo de su libro con la búsqueda imaginaria del cinturón con hebilla, “removiendo la tierra granadina” para poder decir “Aquí está el hombre”, p. 25. *Ecce homo: ecce Lorca*.

Este impresionante documento, que percute incisivamente como un párrafo de Thomas Bernhard, condensa la manera harto hispana de comprender lo que Husserl llamaba *ontología regional*<sup>11</sup>. Con Lorca, en efecto, la dinámica de las reducciones fenomenológicas se antoja vertiginosa. Su espíritu (*Geist*), cuya actividad (*Tätigkeit*) relevante debiera incumbir exclusivamente a la *filología* de sus textos producidos —Hegel menciona “robar, asesinar [das Morden], hacer poesías [das Dichten]” como ejemplos de actividades— es primero reducido a *fisionomía*, al ámbito de la expresividad gestual de la persona —Lorca en persona y duende, y en sus gestos y sonrisas, sus oscuras tristezas y sus risas— y finalmente al espacio de la *frenología* —al cráneo de Lorca como cosa inmediata y firme— como ser puramente inmediato (*rein unmittelbare Sein*), como mera cosa (*blosses Ding*) que todos anhelan<sup>12</sup>. “Salvémonos en el mundo—suvémonos en las cosas”, escribía Ortega en 1929, tergiversando a Husserl, pues el filósofo alemán solicitaba, en sentido bien diverso, que nos centrásemos en los asuntos mismos (*an die Sachen selbst*)<sup>13</sup>—. Pero en España —la España de los juglares, de Berceo, Zurbarán, Alemán, Gabriel Miró y Zuloaga— no hay mejor asunto que el de *las cosas mismas*. Salvémonos, pues, en el *cráneo privilegiado* de Lorca, en “el duro marfil de [su] cabeza”<sup>14</sup>.

### III

Fabla mio Çid: “Si nós muriéremos en campo, en castiello nos entrarán” (687)<sup>15</sup>. El motivo antropológico de las disposiciones funerarias se inscribe en lo más añejo de nuestra cultura literaria. “Antes perderé el cuerpo

---

11 Edmund Husserl, *Ideen I*, en *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, Halle, Max Niemeyer, 1913, p. 309.

12 Georg Hegel, *op. cit.*, p. 415. En un brillante ensayo, Melissa Dinverno, “Raising the Dead: García Lorca, Trauma and the Cultural Mediation of Mourning”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 9 (2005), pp. 29-52, evoca, apoyándose en Paul Julian Smith, el peso del determinismo biológico en las aproximaciones críticas a Lorca; no solo en las que fetichizan su muerte.

13 José Ortega y Gasset, *Qué es filosofía*, ed. Ignacio Sánchez Cámara, Madrid, Espasa-Calpe, 2012, p. 239; y Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, Tübingen, Max Niemeyer, 1968, p. 155.

14 García Lorca, *Poesía*, p. 632.

15 Sigo la edición de Juan Carlos Conde, *Cantar de Mio Cid*, Madrid, Espasa-Calpe, 2010.

e dexaré el alma” (1022): cuerpo de Rodrigo, sinécdoque de la plenitud que es “toda España” (1021). Y “el alma de España, de nuestra España, de la España popular se ha forjado indomable y grandiosa a través de los siglos”: no habla José Antonio Primo de Rivera. Tampoco Don Ramón Menéndez Pidal. Habla Dolores Ibárruri, en estrecha conexión con Herder y de Maistre<sup>16</sup>. Lo que los franceses llaman *romantisme politique* no es patrimonio exclusivo de la derecha. Es un equívoco afrodisíaco que a todos interpela. Pero el motivo rebasa las lindes de la *comfort zone* a la que más o menos nos condena el pasaporte. Un motivo, después de todo, que articula el conflicto trágico de Occidente: qué hacer o no hacer con los cadáveres de Héctor (*Iliada*), Polinices (*Antígona*) u Orfeo (*Geórgicas*, *Metamorfosis*). Es evidente que Lorca no quiso *morir en campo*, y posible que, según testimonio de uno de los últimos apóstoles (Martínez Nadal) que hablaron con él en Madrid, presintiese que “estos campos se van a llenar de muertos”<sup>17</sup>. Es evidente que habría preferido una sencilla y digna tumba. Parece claro que no quiso, como sí hiciera Proudhon, lo recuerda Benjamin, ser enterrado en una fosa común —“in einer fosse commune begraben werden”<sup>18</sup>—. Formulaba Peter Sloterdijk la pregunta sobre “el ciudadano como héroe: un problema estándar de los últimos doscientos años. ¿Es posible un heroísmo burgués [*Ist eine bürgerliche Heroik möglich*]?”<sup>19</sup>. Posiblemente no. Mucho más viable fue el anti-heroísmo del paria o el proletario rural como Pascual Duarte. Su creador, por cierto, quiso responder a la pregunta de Sloterdijk. Uno piensa que, en el orden

---

16 La Pasionaria piensa en las mujeres de Sagunto y Numancia, y en los Comuneros, no en el Cid. Pero da igual: la compulsión etno-arqueológica es la misma. *Apud* Santos Juliá, “Discursos de la guerra civil española”, en *La guerra civil española y las brigadas internacionales*, coord. Manuel Requena Gallego, Cuenca, Ediciones Universidad Castilla La Mancha, 1998, pp. 29-47 (p. 38). Escribió Joseph de Maistre que “les nations ont une *âme* générale et une véritable unité morale qui les constitue qu’ils sont”. *Apud* Alain Finkielkraut, *La défaite de la pensée*, Paris, Gallimard, 1987, p. 30.

17 Lo cuenta Rafael Martínez Nadal en *El público. Amor y muerte en la obra de Federico García Lorca*, México, Joaquín Mortiz, 1974, p. 12.

18 Walter Benjamin, *Das Passagen-Werk*, en *Gesammelte Schriften* V, ed. Rolf Tiedermann, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1982, p. 867.

19 Peter Sloterdijk, *Kritik der zynischen Vernunft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1983, p. 415.

de las mezquindades, lo ha leído todo. Uno se equivoca: “En España, por una u otra razón, no tuvimos aventureros personales de cierta talla durante la guerra, se conoce que tampoco tuvimos grandeza ni para esto. Lo hubiera podido ser Lorca, pero le faltó valor”<sup>20</sup>.

Pues no está nada claro que Lorca hubiese preferido ser *entrado en castiello* —ni en “el alcázar de la República” que saludaba Azaña el 23 de julio de 1936 ni en la mismísima Alhambra, “jasmín de pena / donde la luna reposa”<sup>21</sup>—. Otro es el sentir de otros: qué pena que ni hermanas ni sobrinas hayan querido ejercer de Antígonas. Y para colmo Nuria Espert, la mejor candidata para llorar en griego por los restos de Federico, es amiga de la familia. Cosas de familia. ¡Ah, la familia! Desprecio a la *res publica* —incluida la *blosses Ding* del *cranio fratris*. Miserable *οικονομία* liberal.

#### IV

En carta a Pilar de Valderrama fechada el 29 de julio de 1930, escribe Antonio Machado:

Pero hoy se entiende por crítica el arte de escribir de todo sin necesidad de leer nada. A este propósito recuerdo un artículo de cuatro galeradas que escribió Cristóbal de Castro a la muerte del filósofo Herbert Spencer. En él hablaba de todo lo divino y de lo humano y, al terminar, decía textualmente: ‘*Ante el cadáver de un grande*

---

20 Camilo José Cela, *Memorias*, ed. Ignacio Echevarría, Madrid, Penguin Random House, 2021, p. 408.

21 En las páginas de *ABC* Edgar Neville recuerda en 1966 la sugerencia que Antonio Machado hace en su elegía (“Labrad, amigos, / de piedra y sueño, en el Alhambra, / un túmulo al poeta”): “Nosotros, en Bízna[r] [sic], pensábamos en que al cumplir los treinta años habría que ejecutar el deseo de Antonio Machado y llevar el cuerpo de Lorca a la Alhambra, para que repose en un marco digno del poeta que ha glorificado por todo el mundo a España. Hay que trasladarlo con todos los honores oficiales, si es que los hay para los poetas, y sin que se quede fuera nadie de esta ceremonia nacional, que nos debe unir a todos”: “La obra de Federico, bien nacional”, *ABC* (06/11/1966), p. 4. La alusión de Azaña al “alcázar de la República” la recoge Antonio Elorza en *Las raíces de la España democrática: España en su laberinto*, Madrid, Cinca, 2016, p. 145. Los versos son de *Doña Rosita la Soltera: Federico García Lorca*, *Teatro*, ed. Miguel García Posada, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 540.

*hombre, todos estamos obligados a ser sinceros: yo no he leído una sola página de Herbert Spencer*. ¿Qué le parece?<sup>22</sup>

El inconsciente crítico que alimenta la estructura, más o menos visible, de intereses coyunturalmente desviados hacia la exhumación de los huesos de Lorca —incluido su *cráneo privilegiado*— una estructura compuesta de sujetos que surcan, con rumbo más o menos firme, los turbios charcos de la gestión cultural, la política cultural y la investigación más o menos subvencionada, más o menos dopada por la agenda político-ideológica, con cartas de navegación que proporciona la memoria histórica, debería, pero no puede, forzar a sus integrantes a preguntarse ante la inminente llegada a la orilla del *cadáver de un grande hombre*: ¿hemos leído alguna página de Federico García Lorca, más allá de un par de romances mal recordados, y una edición escolar de *La casa de Bernarda Alba*? Pero no es momento de preguntarse nada. Leer más y mejor a Lorca: ¿para qué? Se lamenta Sloterdijk al comprobar que “actuar contra un saber mejor [*besseres Wissens*] es hoy día la situación global de la supraestructura. Se sabe desilusionada y sin embargo, arrastrada por la ‘fuerza de las cosas [*Macht der Dinge*]’”<sup>23</sup>. ¡Ah, las cosas! Entre saber mejor y no saber, prevalece lo segundo. Solo hay tiempo para el grito unánime: ¡*Cráneo privilegiado!* ¿Qué les parece?

## V

Rosa Luxemburg fue secuestrada y asesinada por paramilitares de los *Freikorps* en enero de 1919, durante la represión en Berlín de un alzamiento obrero. Fue víctima, como Lorca, de eso que Stanley Payne, con ánimo de *desexcepcionalizar* a Iberia, ha dado en llamar *civil war in Europe* y que no es sino un entrelazamiento violento de movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios que tuvo lugar en diversas naciones europeas entre 1905 y 1949. En los nuevos conflictos civiles revolucionarios del siglo veinte europeo, comenta Payne, prevalece una tendencia, sin prece-

---

22 Antonio Machado, *Cartas a Pilar*, ed. Giancarlo Depretis, Barcelona, Anaya, 1994, p. 188.

23 Sloterdijk, *op. cit.*, p. 38.

dentes claros en guerras civiles previas, a deshumanizar completamente al adversario, y convertirlo en objeto de atroz extirpación<sup>24</sup>. A Luxemburg le pegaron un tiro en la cabeza y la tiraron al Landwherkanal del río Spree. Paul Celan lo evoca en un breve y conmovedor poema: “die Frau / musste schwimmen, die Sau / für sich, für keinen, für jeden” (“la mujer / debió de nadar, la cerda / por ella misma, por nadie, por todos”)<sup>25</sup>. Al llegar la primavera se rescató un cuerpo del canal. La autopsia realizada en el Hospital Charité de Berlín determinó que se trataba del cadáver de Rosa Luxemburg<sup>26</sup>. La enterraron en el cementerio de Friedrichsfelde. En 1935 los nazis profanaron el mausoleo. Desde entonces se asume que el cuerpo no se encuentra en ese lugar, convertido pese a ello en centro de peregrinación para admiradores de la intelectual y activista polaca de origen judío. Rosa la mártir, Rosa la roja. Los homenajes se acumulan sin cesar en nuestro tiempo supuestamente post-histórico y carente de héroes: el *biopic* de Margarethe von Trotta, *Die Geduld der Rosa Luxemburg* (1986), la novela histórica de Jonathan Rabb, *Rosa* (2005), y el musical francés *Rosa la Rouge* (2010). En 2007, Michael Tsokos, director del Institut für Rechtsmedizin del Hospital Charité, aseguró haber encontrado un cadáver sin identificar, momificado y mutilado (sin cabeza, pies, ni manos), que podría ser el de la intelectual polaca: un torso de proporciones similares, idéntica cadera dislocada. A Tsokos llegó el rumor de que alguien había visto en Hamburgo en 1970 la cabeza perdida de Rosa Luxemburg en un bote de formol. Se inició, sin resultados, la búsqueda de restos genéticos de saliva en sellos o de piel en objetos y prendas propiedad de la filósofa para una confirmación definitiva de la identidad.

Aunque la motivación etimológica de *Friedhof*, el término alemán que designa cementerio, no sea exactamente la que sugiere la raíz (ámbito o lugar pacificado, de *Friede*, paz), lo cierto es que el cementerio (*Friedhof*) de Friedrichsfelde aturde con su redundancia, pues Friedrich es un nombre originalmente alemán que significa “el que impone la paz”, el “príncipe de

---

24 Stanley Payne, *Civil War in Europe, 1905-1949*, Cambridge, Cambridge UP, 2011, p. 10.

25 Paul Celan, *Schneepart*, ed. Jürgen Wertheimer, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2002, p. 8.

26 Sigo la narración de estos hechos según los presenta Emily Witt, “The Mystery of Rosa Luxemburg’s Corpse”, *The Observer* (03/01/2011).

la paz” y *Felde* significa campos. La *rosa roja* yacía (o no lo hacía), pues, en los *campos de Federico*. Propuesta para el próximo pleno del ayuntamiento de Alfacar: cámbiese el nombre de la localidad por el de Friedichsfelde —lamentablemente, La puebla de Don Fadrique, la mejor opción, ya es población granadina—. Plántense rosas rojas en las laderas de las lomas. No vale la *rosa declinata* que viene de Bélgica, pues ésa “es roja por la mañana, a la tarde se pone blanca, y se deshoja por la noche”<sup>27</sup>. Queremos a doña Rosita la polaca, “roja de sangre”, *rubra perennis*. Procédase a un hermanamiento entre ambas localidades, con generoso apoyo presupuestario que permita el trasiego *vip* de concejales de cultura, consejeros de horticultura y cancilleres de sepultura ¿Qué les parece?

El capital simbólico acumulado en torno al nombre Lorca no debería de ser un coste aurático conmutado en tasación anatómica, propia de sastre funerario, tampoco un valor de mercado adherido al cráneo-fetiché. El capital crece exponencialmente, así lo vio Rosa Luxemburg en un estudio decisivo, y coloniza los territorios y campos más lejanos e irredentos —incluidos los de Castilla, de Baeza o Níjar, motivo de lamento unánime entre nostálgicos y rubicundos hispanistas—. Decía Luxemburg que todo monumento de civilización (*Kulturdenkmäler*) —las funerarias pirámides de Egipto, por ejemplo— ha sido posible solo merced a la reproducción expansiva del capital<sup>28</sup>.

Comentando con ironía el tratamiento que los seguidores de Johann Karl Rodbertus hicieron de su memoria, Luxemburg opone el monumento descomunal que algunos admiradores levantaron en el campo yermo (*ein großes Denkmal auf dem Sandfelde errichtet*) en el que intentó, con frustrado celo visionario, plantar semillas, y el pésimo tratamiento editorial que dieron otros a sus textos<sup>29</sup>. La disyuntiva es clara: o violentar el “campo, campo, campo” (Machado) o tratar de entender las “palabras, palabras, palabras” (Hamlet). La otra opción, como creo que sugirió Ortega en una ocasión, es tirar al poeta de vanguardia por la ventana, pero eso ya lo hicieron unos facciosos en Granada. Me pregunto cuántas de las perso-

---

27 Cito de nuevo de Lorca, *Doña Rosita la Soltera, Teatro*, p. 532.

28 Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, trad. Agnes Schwarzschild, Introd. Tadeusz Kowalik, London, Routledge, 2003, p. 13; *Gesammelte Werke*. Band 5, Berlin, Institut für Marxismus-Leninismus, 1975.

29 *Ibidem*, pp. 224-243.

nas que acuden a dejar una rosa en la supuesta tumba de Rosa han leído alguna de las 451 densas páginas de su *opus magnum* titulado *Die Akkumulation des Kapitals* (1913) (cálculo por la edición inglesa de Routledge).

## VI

El título de la novela de Antonio Tabucchi es *La testa perduta di Damasceno Montero*, traducida como *La cabeza perdida de Damasceno Montero*. Cuando se inició la tramitación de la ley —de “nombre imposible”, según Santos Juliá— de la *memoria histórica*, arrancó simultáneamente un cuento titulado *La mirada perdida de Rodríguez Zapatero*<sup>30</sup>. Los ojos muy abiertos, hacia ninguna parte o hacia atrás, en *Rückgang*, que diría Husserl, anticipando casi la retracción etnográfica y arqueológica<sup>31</sup>. El nombre de la ley fue un error, pero su espíritu genérico no lo era: reparar lo irreparable, atender a víctimas abandonadas por el Estado, tratar de localizar e identificar cadáveres en fosas comunes. Nada de eso puede ser un error. Pero hubo excesiva propaganda y escasa gestión efectiva. Años después, gran parte del ruido y la furia se refugia en el relato *El cráneo privilegiado de García Lorca*, de próxima aparición.

Julián Marías escribió en 1975: “No creo que España pueda normalizar su vida mientras los españoles no decidan enérgicamente desembarazarse de fantasmas, embelecos, trampantojos y enfrentarse con la realidad”<sup>32</sup>. El discípulo de Ortega exigía “empezar a sustituir las ficciones por la realidad” con el fin de alcanzar “un incremento de la verdad”<sup>33</sup>. Evidentemente, los restos de un familiar asesinado en la guerra no son un fantasma. Muy al contrario: su exhumación contribuye a incrementar la verdad. Lo que es un embeleco es pretender que dicho incremento cognitivo, en el caso concreto de Lorca, independientemente de cómo se materialice (diez o doce metros más acá o más allá de un olivo, o en ese rodal de allí), nos permita exorcizar a la especie fantasmática de nombre Lorca que entre

---

30 Santos Juliá, *Transición: Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2017, p. 582.

31 Edmund Husserl, *Cartesianische Meditationen*, pp. 45-48.

32 Julián Marías, *La España real*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 98.

33 *Ibidem*, p. 98.

tantos se ha puesto a circular. Al calor de una exigua donación empírica, se persigue espectralizar aún más a un ya suficientemente enrarecido artefacto ideológico, manoseado por políticos, gestores culturales, bailarines, periodistas, cantantes, pintores, artistas gráficos, escritores... No se buscan sus huesos: se persigue beatificar, con la excusa de un cráneo y unas costillas, a un santo laico del viejo humanismo socialista mesiánico. Y se olvida que Lorca no fue ni Fernando de los Ríos ni Pablo Iglesias. Se olvida que Lorca se abstuvo, en la medida de sus muchas fuerzas, de *definirse*, en todos los terrenos —político, sexual, estético—. ¿Socialista? ¿Homosexual? ¿Surrealista? Por supuesto, Lorca fue en cierto modo esas tres cosas, pero también mucho más, y mucho menos, de lo que la semántica cultural de esas categorías entonces permitía. Proclamada la Segunda República, todo el mundo, recuerda Santos Juliá, buscaba *definirse*:

En los teatros, convertidos en tribunas políticas, era raro el día en que no se pronunciara alguna conferencia o algún discurso en que un personaje de relieve viniera a ‘definir una actitud’, como diría Melquíades Álvarez; a ‘definirse’, como dicen todos, ante la situación política. Es hora de definiciones, proclamaba Prieto, que las exigía a todos los hombres públicos de gran significación; definirse, escribía el general Emilio Mola, entonces director general de Seguridad, ‘era la palabra puesta en moda para expresar la postura adoptada en relación con el régimen’. Todo el mundo parecía sentir prisa por definirse, un ejercicio en que los intelectuales tomaron la delantera...<sup>34</sup>.

Pues bien, en ese nuevo tiempo que se abre, en el que todo el mundo buscaba definirse, Lorca mantiene viva su apuesta por la *indefinición*. En un momento en el que Buñuel y Dalí le exigen declararse, proclamarse —surrealista, y en cierto modo también revelarse homosexual— Lorca opta por marcharse a Nueva York a examinar, sorprendido, su “rostro distinto de cada día” y perseguir “una escala *indefinible* donde las nubes y rosas olvidan” (cursiva añadida) los escenarios de la muerte urbana, un hábito de indefinición que le salve de caer en “mi vida definitivamente anclada”<sup>35</sup>.

---

34 Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2015, p. 229.

35 Federico García Lorca, *Poesía*, pp. 534 y 549. Estas frases, y las recogidas en la nota siguiente, proceden todas de poemas de *Poeta en Nueva York*.

Y es que la muerte, en ese poemario, viene siempre de la mano de lo *definitivo* porque (fatalmente) *definido*: “el definitivo silencio del corcho”, el “mundo de la muerte con marineros definitivos”, “el asombro definitivo del marfil”, el “duro cristal definitivo”, “los ojos de cristal definitivo”, la niña ahogada que late siempre “definida en [su] anillo”<sup>36</sup>. Frente a lo definido y definitivo, pues, lo indefinible, lo abierto, la indefinición.

En la “Oda a Salvador Dalí”, el poeta toma distancias desde la altura que toda hipérbole permite. “Amas una materia *definida* y exacta” no es exactamente un elogio.<sup>37</sup> Y en un momento —ya mucho más crítico, pero inserto sin duda en el segmento temporal que abrió el 14 de abril de 1931— en el que Alberti y otros le exigen definirse como intelectual nítidamente afiliado a la izquierda revolucionaria, Lorca opta, temporalmente, por desafiliarse de familias sobrevenidas, por desertar de los ritos de agregación, por deponer sus militancias transitorias, por apartarse de *banderías* —por salir, en suma, de Madrid, espacio donde su identidad concita nombres, publicidades, públicos— y refugiarse en la cómoda indefinición del οἶκος familiar<sup>38</sup>. Y allí, en Granada, en el verano de 1936, lo *definió* una abyecta denuncia, tornándolo definitivo.

Paul Preston evoca, en la introducción a su reedición de *La guerra civil española*, a “una España violenta y ensangrentada que ojalá haya desapa-

---

36 *Ibidem*, pp. 524, 529, 539, 547 y 544.

37 Lorca exhibe una alta conciencia crítica de las poéticas de lo *definido* y (formalmente) *definitivo*, en gran medida porque su estética de torso roto es hostil a dichos cumplimientos. Véanse sus conferencias sobre el cante jondo y la imagen poética en Góngora, pero sobre todo el arranque de su conferencia sobre “Imaginación, Inspiración, Evasión”, donde afirma: “no pretendo, por tanto, definir, sino subrayar; no quiero dibujar, sino sugerir”: Federico García Lorca, *Conferencias. Vol. II*, ed. Christopher Maurer, Madrid, Alianza, 1984, p. 13. En un sugerente aparte, Emilio Peral Vega, *Pierrot/Lorca: White Carnival of Black Desire*, London, Tamesis Books, 2015, p. 4, asimila la concepción benjaminiana de “memoria histórica” al esfuerzo lorquiano por indeterminar su identidad profunda, visible en su fascinación con la figura de Pierrot, y destaca “the equivalence that is forged between these two *historical beings*, one *definite* and the other probable: Lorca and Pierrot” (la segunda cursiva es mía).

38 Según Edgar Neville, Lorca le dijo el 15 de julio de 1936 que se marchaba de Madrid “porque aquí me están complicando la política, de la que no entiendo nada ni sé nada [...] Me voy a mi pueblo para apartarme de las banderías y las salvajadas”: *Apud* Andres Trapiello, *Las armas y las letras: Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2019, p. 162.

recido para siempre”<sup>39</sup>. La fosa de Lorca, que no ha desaparecido y que cubre una colina entera cercana de Granada, puede y sabe prescindir de este paternalismo. Que los restos de su cuerpo estarían mejor fuera de ahí, en un discreto panteón familiar, es indudable. Pero no olvidemos que lo que ha *desaparecido para siempre* es la persona Lorca. Convendría aceptar ese hecho doble: Lorca no está, pero está su obra. Y su obra —conviene precisar— no *es* Lorca. Es otra cosa. No es una cosa.

## VII

Manuel Fernández Montesinos, sobrino de Lorca, lo dijo alto y claro: “Lo que hay que hacer con Lorca es leerlo y saber por qué está en una fosa común”<sup>40</sup>. En la recta final del franquismo, en el caso Lorca, el “intento de asignar insignificancia a su valor literario” y el “olvido casi absoluto del tremendo episodio de su muerte” eran, según Vila-San Juan, dos mezuindades que seguían hermanadas<sup>41</sup>. Hoy en día la mutación del olvido en recuerdo exasperado no garantiza en absoluto la asignación de *significancia* a su valor literario: se limita, más bien, a perpetuar la negligencia crítica. Ricardo García Cárcel da la razón a Montesinos: hay que *saber*. Saber en primer lugar que la *memoria histórica* ni data de 1931, ni debe solo retroceder a dicha fecha, que la memoria histórica es más vieja que las viejas que entierran el gato cuando se les muere, más vieja que el arado romano que apareció enterrado en la finca del terrateniente Federico García Rodríguez<sup>42</sup>. Naturalizar los términos extremos de un espectro ideológico-político, concederles el carácter transhistórico de absoluto, detener la historia misma en el momento en que dichos extremos se inscriben de manera radical en su presente, y sugerir que toda la historia ha de ser leída

---

39 Paul Preston, *La guerra civil española*, Barcelona, Penguin Random House, 2017, p. 23.

40 Declaraciones recogidas en el artículo de Javier Castro Villacañas, “Memoria histórica. La fosa vacía de Lorca”, *El Mundo*, 20 diciembre de 2009.

41 José Luis Vila-San Juan, *García Lorca, asesinado: Toda la verdad*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 40.

42 Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2011, pp. 15-16.

en función de los valores y categorías que dichos extremos autorizan es un error nefasto. García Cárcel insiste: la memoria no puede ser memoria solo del 36 hasta el presente. “La alternativa”, objetiva, apoyándose en Gabriele Ranzato, “no es recordar u olvidar. La auténtica cuestión está en saber o no saber”<sup>43</sup>. Hay que saber: “¡Todos deben saber, pero ninguno sabe!” (*Mariana Pineda*)<sup>44</sup>; “¡Es inútil! / ¡No quiero saber!” (*Así que pasen cinco años*)<sup>45</sup>; “¡Nosotras no sabemos nada!”, “Quiero volver para saberlo todo” (*Bodas de sangre*)<sup>46</sup>; “Pero es que nunca se sabe nada”, “¿Pero se puede saber lo que ha ocurrido?” (*Yerma*)<sup>47</sup>; “¿Qué sabes tú?”, “Cada una sabe sus cosas”, “Seguro no se sabe nada en esta vida”, “Que nunca se sabe”, “Cada uno sabe lo que piensa por dentro” (*La casa de Bernarda Alba*)<sup>48</sup>.

Pero el saber no se alcanza mediante la imposición de un relato desde los aparatos del poder. Ya en 2006, en un valiente artículo, Santos Juliá recordaba que *las memorias*, nunca *la memoria*, competen a la sociedad y no a un gobierno legislador, y que conviene “renunciar a un relato consolador sobre el pasado y favorecer el conocimiento y los debates sobre la historia”, para lo cual es imprescindible, en primer lugar, dotar a los archivos y bibliotecas: dotar archivos, no dopar colectivos<sup>49</sup>. Para poder leer más y mejor: *sapere aude*.

## VIII

Leo en un reciente artículo de María M. Delgado que “the legacy of Franco’s thirty-six-year dictatorship remains potent in the politics of silence that has shaped the ways in which the past has been represented in the national imaginary”<sup>50</sup>. Delgado asume explícitamente que dicha

---

43 *Ibidem*, p. 27.

44 García Lorca, *Teatro*, p. 168.

45 *Ibidem*, p. 365.

46 *Ibidem*, pp. 450 y 468.

47 *Ibidem*, pp. 495 y 496.

48 *Ibidem*, pp. 606, 610, 617, 622 y 623.

49 Santos Juliá, “Memorias en lugar de memoria”, *El País* (2 de julio de 2006).

50 María M. Delgado, “Memory, Silence, and Democracy in Spain: Federico García Lorca, the Spanish Civil War, and the Law of Historical Memory”, *Theatre Journal*, 67 (2015), pp. 177-196 (p. 178).

*politics of silence* se extiende a la España contemporánea. También Dinverno, en su ensayo sobre el caso Lorca, insiste en el *pacto de silencio* de la Transición<sup>51</sup>. Lo más grave de la apreciación de Delgado no reside en el hecho de que fulmina, de un plumazo, la rica y compleja obra literaria de la llamada generación del medio siglo (Matute, Ferlosio, Fernández Santos, Goytisolo, Martín Gaité, también Benet), una obra literalmente “saturada de memoria” de la guerra<sup>52</sup>. Lo peor está en su reproche a la historiografía. Santos Juliá, respondiendo a la “majadería” de un corresponsal del *Times* que consideraba en 1996 que “los españoles debemos leer a los británicos para enterarnos de lo que pasó en España porque, a sesenta años de su fin, vivimos ‘atenazados por el tabú de la guerra civil’”, escribe:

Dificultad de hablar, llamativa ausencia, cuentas pendientes: son afirmaciones que contrastan con la ingente cantidad de libros publicados sobre la guerra. De ella se comenzó a hablar así que terminó y pueden contarse por miles las memorias de los protagonistas, los estudios monográficos, los artículos, las películas y los documentales, las obras literarias. Se han celebrado, aquí y fuera de aquí, decenas de coloquios y debates, y aunque la Guardia Civil siga custodiando celosamente sus secretos, se ha investigado en los cementerios, en los archivos judiciales y en los militares; han aparecido libros con apéndices de cientos de páginas con los nombres de los muertos y la fecha de su asesinato o ejecución. Es cierto que en España, los años de la dictadura estuvieron llenos del griterío de unos y el silencio de otros, pero es sencillamente absurdo seguir hablando del olvido y de silencio cuando resulta imposible moverse entre las montañas de papel crecidas desde el 18 de julio de 1936<sup>53</sup>.

---

51 Dinverno, *op. cit.*, pp. 43-46.

52 Véase Juliá, *Transición*, pp. 215-224. Si hubo un pacto de silencio en la transición fue, entre otras cosas, para amortiguar la intensidad y dolor de experiencias que inundan tantísima literatura tocada por la guerra, que alcanzaron a Benet o Gamoneda, a Gómez Arcos o Segovia, que pesaban como el plomo en las conciencias de todos.

53 Santos Juliá, “De ‘guerra contra el invasor’ a ‘guerra fratricida’”, en *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999, pp. 11-53 (pp. 48-49). Julián Casanova repite la misma idea en su contribución al mismo libro: *Ibidem*, p. 158.

Era difícil cabrear tanto a Juliá. En fin, la majadería. Pero no se olvide que el mito de la anomalía crónica (oscurantismo, retroceso, violencia sistémica) de España es académicamente rentable. Nunca vendieron bien las dudas de Orwell “about this war [la guerra civil española] in which, hitherto, the rights and wrongs had seemed so beautifully simple”<sup>54</sup>. Cierro hispanismo prefiere acompañar, de otro modo, a este país en su descenso

a los sótanos de su existencia a donde no llegan las luces de su historia, aislado y desentendido de las voces de su pueblo, ajeno y despreocupado del orden de los días y atento tan solo a su propio y pausado latir para ir a confundirse e identificarse con ese —se le podría llamar— arcano protopaís que (oculto tras la civilización, tras el progreso y la marcha de la historia) permanece al margen entre la penumbra de los instintos —como la fiera en la narración infantil— para acechar el momento más oportuno para abalanzarse sobre la criatura indefensa<sup>55</sup>.

El protopaís es la Entr(aesp)aña, de acuerdo. Pero ¿Lorca es “la fiera” o “la criatura indefensa”? ¿Ofelia o el fauno en su laberinto? El hispanismo, en especial el angloamericano, se nutre, desde hace más de un siglo, de lo que Finkielkraut astutamente caracterizara como un *romantisme pour autrui* —la exaltación de la diferencia ajena (la raíz, sangre, *Ursprache* y tierra del otro) en un horizonte político desnacionalizado, marcado por la mala conciencia ilustrada, el cinismo y la resignación a la *oikofobia* auto-impuesta<sup>56</sup>—. Y Lorca es la encarnación más visible de ese mito, el otro por excelencia para el postburgués ilustrado. Nadie duda de que a Gibson, y a otros, les costase abrirse paso entre sedimentos de silencio, costras de miedo y laberintos de insidia, pero la impresionante produc-

---

54 George Orwell, *Homage to Catalonia*, London, Penguin, 1962, p. 45.

55 Juan Benet, *Una meditación*, Barcelona, RBA, 1993, pp. 75-76.

56 Alain Finkielkraut, *L'identité malheureuse*, Paris, Gallimard, 2013, p. 100. No solo el hispanismo anglosajón, también el francés en el caso-Lorca. Y el fenómeno trasciende lo académico. Así, por ejemplo, la larga relación de Handke con España se rige por impulsos similares de hetero-romantización terapéutica: exotizar al otro (lo otro) para curarse uno mismo en esa alteridad purificada de alienación moderna —urbana, burguesa, capitalista—.

ción historiográfica de Gibson en torno a la vida y muerte de Lorca es la prueba más visible de que desde 1975 se ha podido romper el silencio de manera exitosa: “no se puede mantener por más tiempo la falsa imagen de un país con dificultades para hablar de su pasado y que ha construido una democracia sobre un vacío de memoria”<sup>57</sup>. No tiene sentido seguir hablando del “enigma de la muerte de Lorca”<sup>58</sup>. Es quizás el crimen más investigado y mejor conocido de toda nuestra guerra civil. La disyuntiva, insisto, es saber o no saber. María Delgado, que sabe mucho del teatro de Lorca, se apoya para su tesis sobre el silencio en la obra de periodistas como Emilio Silva o Montse Armengou. Cita abundantemente a activistas de derechos humanos, antropólogos, sociólogos, juristas, etnólogos, politólogos, filólogos, escritores y voces destacadas de la teoría crítica, pero solo, y muy de pasada, a dos historiadores profesionales: Carolyn P. Boyd y Paul Preston. En una disciplina como los *cultural studies* en la que todo se presume cultural y por ello mismo relativo, los hechos históricos reales y las síntesis narrativas que pretenden ordenarlos suponen, claro está, un estorbo<sup>59</sup>. Es mejor no saber.

En línea, pues, con los presupuestos relativistas y planamente (anti-dialécticamente) historicistas de los *cultural studies*, el artículo de Delgado trata a Lorca meramente como icono cultural, un producto de manipulaciones ideológicas, históricamente situadas, que es activado o desactivado a conveniencia de discursos y actores sociales externos. En efecto, Lorca es en gran medida eso. Pero también están los textos de Lorca, que no son eso en absoluto, y que difícilmente serán reducidos (disecados, petrificados) por definición política alguna. Podrán ser objeto de coyunturales asignaciones ideológicas, pero solo desde un uso de categorías correctas, es decir no anacrónicas y textualmente verificadas, y desde una atención se-

---

57 Juliá, *Víctimas de la guerra civil*, p. 52.

58 María Do Cebreiro Rábade, “¿Un asunto de estado? Usos públicos de la memoria literaria”, *Tropelías*, 4 (2018), pp. 161-185 (p. 172).

59 La recuperabilidad de dichos “hechos” históricos, su susceptibilidad de ser verificados y correctamente interrogados, constituye la naturaleza del problema epistemológico y crítico en sentido amplio. Nadie debería discutir la existencia de los hechos (*res gestae*, *Geschehen*), ni tampoco escamotearlos en la olla podrida de un mal entendido relativismo postmoderno. Véase por ejemplo la polémica de E. P. Thompson contra Althusser en *The Poverty of Theory: Or an Orrery of Errors*, London, Merlin Press, 1995, pp. 36-44.

ñalada a la variedad de registro diferencial en su escritura. Es la resistencia hermenéutica de esos textos lo que sitúa a su autor en el canon, no la co-tización del autor en un mercado axiológico históricamente mudable. Si no se entiende eso, no se entiende nada. Y el canon real, que por supuesto existe, por mucho que pueda ser objeto de discusión (su existencia, como la de casi todo, es dialéctica), es el conjunto de los textos que quedan, que no se extinguen, asimilan o reducen porque, literalmente, no hay quien los entienda. Uno debe, por lo tanto, tener muy claros los motivos por los que se propone hablar o escribir sobre Lorca. Y luego está el Lorca real, la persona histórica que existió entre 1898 y 1936, un señor más o menos de izquierdas y homosexual que escribió poemas y obras de teatro y al que asesinaron al comienzo de la guerra. Pero tampoco parece interesar ese sujeto histórico. Interesa en la medida en que su muerte brota de causas y se demora en vicisitudes silenciadas por discursos hegemónicos del franquismo, desde 1936 en adelante, aparentemente hasta 2015. Delgado no argumenta en ningún momento que haya una causa para el protagonismo histórico de Lorca más allá de una iconicidad relativa expuesta a los vientos de la historia.<sup>60</sup> Ya advertía Fernández Cifuentes que la supuesta “transparencia” del “éxito” de Lorca no exime de la obligada complejidad interpretativa que exigen sus textos en todas sus relaciones, incluida la relación texto-vida<sup>61</sup>. Si uno no tiene claro por qué Lorca pudo convertirse en un icono sujeto a *construcción cultural* uno tiene un problema, y si cree que la razón fue exclusivamente que era un gay republicano asesinado por fascistas entonces uno (y dos y tres) no se ha enterado de nada<sup>62</sup>. Urge determinar claramente por qué nos interesa hablar del cuerpo de Lorca, por qué más que otros cuerpos. García Cárcel afirma, con razón, que “el muerto acreedor no existe porque no es resucitable”<sup>63</sup>. Si vamos a remover el cuerpo que atesora un capital simbólico sin convenir las razones por las que le atribuimos dicho capital, entonces no avanzaremos un milímetro —*más arriba o más abajo, pero en este rodal de aquí*.

---

60 Para la post-vida cultural de Lorca, convendrá estar atentos al próximo libro de Noël Valis, *Lorca After Life*, anunciado en Yale University Press para mayo de 2022.

61 Véase Fernández Cifuentes, *op. cit.*, p. 99.

62 Para la idea de una *cultural construction* en el caso Lorca, véase Dinverno, *op. cit.*, pp. 30-32.

63 García Cárcel, *op. cit.*, p. 56.

Si de lo que se trata es de reflexionar sobre el legado del franquismo en el modo en el que las políticas de silencio determinan nuestro imaginario colectivo, ¿por qué elegir a Lorca? ¿Por qué no hablar de Juana Capdeville, licenciada en Filosofía y Letras y archivera de la Universidad de Madrid, viuda del brillante y joven gobernador civil de La Coruña, quien, embarazada, pierde a su hijo durante su estancia en la cárcel al saber que su marido ha sido fusilado y que poco después es violada y asesinada por paramilitares de Falange? Su cuerpo fue abandonado en un paraje cerca de Rábade<sup>64</sup>. ¿Por qué Lorca y no Joaquín Amigo, su amigo, profesor de filosofía arrojado al tajo de Ronda sencillamente porque era católico?<sup>65</sup> Pues porque no sabemos dónde está su cuerpo. Tampoco se conoce el paradero del cuerpo de Joaquín, ni los cuerpos de miles de personas más. ¿Por qué Lorca? Porque Lorca es más representativo, más ilustrativo, más ejemplar. Pero: ¿representativo de qué doctrina, *genus*, colectivo o similar? ¿De la cultura, esa “mot-valise”, esa “mot-écran”?<sup>66</sup> ¿De la humanidad? ¿La Poesía? ¿El republicanismo? ¿La *Weltliteratur*? ¿Los homosexuales? ¿Las víctimas de la guerra civil española?<sup>67</sup> *Ay, there's the rub*. Pues en la frase brilla una determinación —“española”— que es la madre de todos los corderos. En un célebre artículo trufado de alusiones a España y lo español, Edgar Neville describió “la obra de Lorca” como un “bien nacional”. Todos los colectivos progresistas que exigen su exhumación corrigen: “Lorca, bien nacional”. No tanto la obra como la persona. En cualquier caso, derechas e izquierdas se dan la mano en el adjetivo. ¿Por qué se concede tanto valor a la especie España y derivados cuando se persigue reivindicar el capital simbólico de Lorca como “bien nacional” cuya memoria nos representa y redime, y en cambio se abomina del *genus* (patria, nación) en otros contextos? ¿La memoria histórica (de, en, desde, hacia) *España*? ¿España, las Españas, el conjunto de las comunidades nacionales que conviven en el

---

64 Julián Casanova, “Rebelión y revolución”, en *Víctimas de la guerra civil*, pp. 55-178 (pp. 87-88).

65 La trágica historia de este amigo de Lorca la narra Félix Grande en *La calumnia. De cómo a Luis Rosales, por defender a Federico García Lorca, lo persiguieron hasta la muerte*, Barcelona, Mondadori, 1987, pp. 353-360.

66 Marc Fumaroli, *L'Etat culturel: Essai sur une religion moderne*, Paris, Fallois, 1991, p. 169.

67 Dinverno, *op. cit.*, p. 40, menciona otras muchos significados asignados a Lorca como símbolo sobredeterminado durante los años setenta y ochenta.

estado español, de los municipios que se agrupan bajo la bandera, de las regiones, de los pueblos, de las clases sociales que compiten en la península, o la mera suma de ciudadanos contratantes en abstracción rousseauiana? Quien use la categoría con afanes de persuasión ideológica o aires de coacción moral debería especificar qué entiende por ella. No demos tanto por sentado<sup>68</sup>. Sorprende gratamente que en el relato que hace Azorín en *La voluntad* de la visita que algunos jóvenes hacen a la tumba de Larra en ningún momento se emplee la palabra “español” o “España”. Larra es descrito repetidas veces como “hombre” (raro, extraordinario, legendario), se alude de pasada al “espíritu castellano”, se dice que fue “artista”, “poeta” y “romántico”<sup>69</sup>. *Pas d’espagnol*. Y no es higiene anarquista. Es, en medio de tanto fárrago anarco-romántico, meramente contención liberal. ¡Ah, los liberales! ¿Azorín liberal? Azorín nada y todo: eterna máscara (en latín, *persona*) anarquista, disfraz republicano, cuerpo conservador, gomina falangista, y boina<sup>70</sup>. Y, se me olvidaba, excelente escritor.

Entre los argumentos de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica en 2002 con vistas a solicitar a Manuel Fernández Montesinos la exhumación del “más universal de los desaparecidos españoles” estaba el de que “simbólicamente podía ser muy importante”<sup>71</sup>. ¿*Importante* para quién? ¿*Simbólicamente*? Convendría liquidar de una vez por todas este absurdo régimen de cotización simbólica presidido —también

---

68 Asumir las razones heredadas —hablamos de Lorca porque es Lorca— es vano, arriesgado y decididamente circular. Ahora bien, ello no impide que Lorca pueda y deba ocupar un lugar destacadísimo en las crónicas históricas de la guerra. Lorca es, junto con Picasso, quizás la personalidad más brillante, más determinante, más influyente, del siglo veinte español. Véase, por ejemplo, la opinión de Jorge Guillén, *The Language of Poetry: Some Poets of Spain*, Cambridge, Mass., Harvard UP, 1961, p. 201. No se entiende que ni Payne ni Juliá lo mencionen, ni siquiera de pasada, en sus brillantes síntesis históricas de la guerra civil: solo el hastío ante el manoseo bullicioso del nombre Lorca puede justificar su reticencia. Preston hace muy bien en dedicarle algo más de una página.

69 Azorín, *La voluntad*, ed. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1968, pp. 241-47.

70 Trapiello, *op. cit.*, p. 194, subraya la dimensión “liberal” de los memoriales que escribió a Franco durante su breve exilio en Francia.

71 *Apud* Andrés Soria Olmedo, “Vida cotidiana y memoria histórica: el caso Lorca” *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 19 (2015), pp. 231-246 (p. 240). Véase también la síntesis eficaz de este trasfondo de reclamación activista en María do Cebreiro, *op. cit.*, pp. 172-175.

en terreno ideológico— por la llamada *marca España*. De nada sirve la *factio iuris* propia de la magia social que permite, como apunta Bourdieu, a una “*collectio personarum plurium* d’existere comme une personne morale, comme un *agent social*”<sup>72</sup>. Que dicho escamoteo exija, de vez en cuando, el regreso figural al sujeto representativo, al sujeto que encarna dicha persona moral, supone un doble escándalo, pues se ampara en la violencia del poder simbólico, de todo poder simbólico, que camufla como *reconnaissance la méconnaissance* misma “du pouvoir qui s’exerce à travers lui”<sup>73</sup>. En una era democrática en la que ni Azaña ni Negrín resultan del todo viables como talismán retrospectivo, Lorca se dibuja como cuerpo español por excelencia, vínculo mágico que permite “qu’une collection de personnes plurielles, une serie d’individues juxtaposés, sous la forme d’une personne fictive, une *corporatio*, un corps, un corps mystique incarné dans un corps social [...] *corpus corporatum in corpore corporato*”<sup>74</sup>.

Toda esta impostura se pone en riesgo, claro, si no hay cuerpo.

Pues, en el caso que nos ocupa: ¿qué relación entabla Lorca con la comunidad imaginaria que es España? Nació en su territorio, habló su idioma oficial, disfrutó de su ciudadanía, vivió en su capital. De acuerdo, pero nada de eso autoriza o exige su representatividad nacional. La familia de Lorca, recordémoslo, no lamentó ni probablemente lamenta la incomparencia del cadáver de *un español*. Tampoco de *un escritor*. Lamenta no poder conocer dónde está enterrado *un ser querido*. En un ensayo que parece responder a los exabruptos de Dámaso Alonso sobre Lorca como “expresión de lo español”, Valente cuestiona que “la poesía de Lorca, tan popular en parte”, pueda ser “a la vez tan secreta y siendo tan nacional —si en realidad lo es tanto como se ha afirmado—. Y se pregunta: “¿Es Lorca cogollo y suma de lo nacional? Se le ha emparentado con Lope a ese respecto. Yo veo aquí más convergencia de fronda que de raíz”<sup>75</sup>. Los que ahora escarban la tierra ya nos dirán qué ven.

---

72 Pierre Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique*, Paris, Seuil, 2001, p. 264.

73 *Ibidem*, p. 266.

74 *Ibidem*, p. 265.

75 José Ángel Valente, “Lorca y el caballero solo”, en *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 104-110 (p. 104). Dámaso Alonso, *Poetas españoles contemporáneos*, p. 260, habla de “verdaderos estallidos de sustancia hispánica” en el arte de Lorca, que describe como “función hispánica en absoluto”.

## IX

Nicanor Parra: “Vamos ahora a ver los mausoleos. / ¿Le gustaría ver los mausoleos? /-Yo no sé lo que son los mausoleos”<sup>76</sup>.

## X

“Sepulcros de Burgos” es el título de una amplia sección de *Impresiones y paisajes* (1918). Reflexiona un artista modernista en ciernes, de menos de veinte años, sobre la ornamentación de los sepulcros en iglesias burgalesas. Flota entre vaguedades hegelianas. Pero de vez en cuando toca suelo —el mármol del moralismo estoico— barroco: “Un sepulcro es siempre una interrogación... En la vanidad de los hombres hay negrura interior que les impide ver el más allá”<sup>77</sup>. El jovencísimo Federico se mofa de la pretensión de todo pre-difunto en “perpetuar su memoria” con el fin de “presenciar todos los posibles homenajes que le hagan”. Ridiculiza el afán de “aquellos señores que desde jóvenes se preparaban sus tumbas haciéndose esculpir sobre mármoles”. A ellos opone la conciencia crítica de un Cervantes, aterrado ante semejante espectáculo en la catedral de Sevilla. Ridiculiza “los deseos de inmortalidad” de personas que prefieren los sarcófagos en paredes a los túmulos, por ser más duraderos. La coda es previsible: “Todas las vanidades las mata el tiempo”. Sigue una consideración poderosamente anti-contrarreformista, es decir, reformista:

Al contemplar estos arcones pétreos de podredumbre asoma en lontananza toda la horrible cabalgata del Apocalipsis de San Juan... Es un pecado de las iglesias el permitir a la vanidad bajo sus naves... El hombre debe de volver, según Jesucristo, a la tierra de donde salió, o ponerlo desnudo sobre los campos para que sirva de comida a los cuervos y las aves de la muerte, como nos refieren las viejas tradi-

---

76 Nicanor Parra, *El último apaga la luz: Obra selecta*, Barcelona, Penguin Random House, 2017, p. 197.

77 Federico García Lorca, *Impresiones y paisajes*, ed. Rafael Lozano, Madrid, Cátedra, 1998, p. 125.

ciones de la India... Nunca se debe conservar un cadáver porque en él no hay nada de devoción ni de fe, antes al contrario..., y los cadáveres de los santos debían ser los primeros en pagar su tributo de carne a la tierra como lo hicieron aquellos antiguos patriarcas, porque de esta manera le dan a la muerte toda su maravillosa serenidad y misterio...<sup>78</sup>.

Ponerlo desnudo sobre los Friedrichsfelde. Si se quiere adorar a un hombre, añade Lorca, “adorad su espíritu con el recuerdo, nunca presentando una tibia suya envuelta en flores pasadas y en cristal”. Fernández Montesiños actualizó la frase: “Lo que hay que hacer con Lorca es leerlo y saber por qué está en una fosa común”. Existe el riesgo añadido, advierte el joven artista, de que los cuerpos moradores de los sepulcros acaben siendo “esparcidos por los suelos en esos momentos que el pueblo tiene de locura” (Edgar Neville escribió en 1966 que “a Federico lo mató el desorden de los primeros momentos”)<sup>79</sup>. Quedan solo en muchos sepulcros “una calavera” o “un hueso”. ¿Quién da vida a esas cosas? ¿Ah las cosas! Y otro poquito de Hegel: “¿Entonces es que el espíritu de las cosas lo formamos nosotros?... ¿O es que el cuerpo es el sepulcro?”<sup>80</sup>

Sepulcro, cuerpo, esqueleto, espíritu —sinécdoques en regresión—. Pero ¿qué representa a quién? ¿O quién a qué?

## XI

Lorca y el sentido. Lorca y sus sentidos. El sentido de Lorca en tiempos de sinsentido. El acto de dar sentido a hechos (crímenes de guerra) y consecuencias de hechos (cadáveres) en escenarios de aleatoriedad máxima (ese “desorden de los primeros momentos”) exige inevitablemente una polarización ideológica que es tan propia de la derecha como de la iz-

---

78 *Ibidem*, pp. 126-127.

79 Edgar Neville, “La obra de Federico, bien nacional”, p. 4. Dice el narrador de la primera entrega de *Herrumbrosas lanzas*: “En tiempo de guerra los restos renacen y aparecen por doquier; es la resurrección de la no-carne, el carnaval del deshecho [...] durante la guerra nadie retira los restos” (Juan Benet, *Herrumbrosas lanzas*, ed. Ignacio Echevarría, Barcelona, Penguin Random House, 2016, p. 191).

80 García Lorca, *Impresiones y paisajes*, p. 127.

quiera. Sloterdijk critica el intento de escamotear la *Absurdität* inscrita en el hecho de soldados que mueren bajo el distintivo de la *Identität*, la de esos mismos soldados que saben al menos quiénes son y se enorgullecen, propio de la derecha. Pero reflexiones blanqueadoras del absurdo (*anti-absurdistischen Gesinnungen*) abundan en ambos extremos del espectro político. Así, el mito vivo de la República de Weimar se cifra en la idea de la política como “cuidado de las tumbas de guerra [*Betreuung der Kriegsgräber*] por parte de los supervivientes”. Y concluye: “El pacto con los muertos es la dinamo psicológica del archifascismo. En el momento en el que [Hitler] se compromete como ejecutor testamentario [*Testamentsvollstrecker*] de los enterrados en el barro, su neurosis privada encuentra su contacto mágico [*magischen Kontakt*] con la nacional”<sup>81</sup>.

*Architotalitarismo*, más bien: convertir muertos ajenos en tu vía de contacto mágico con la fantasía nacional. Maniobra ideológica antiliberal propia de izquierdas y derechas.

Lorca condenó el absurdo de toda guerra: “¿A que no te atreves a cantar la desesperación de los soldados enemigos de la guerra?” (*Charla sobre el teatro*)<sup>82</sup>. Pero no siempre pudo resistir las tentaciones del heroísmo nacional: “España entierra y pisa su corazón antiguo, / su herido corazón de península andante, / y hay que salvarla pronto con manos y con dientes”<sup>83</sup>. Y no trató de exhumar, que sepamos, levantando una tormenta con sus manos, o escarbando la tierra con los dientes, las viajeras *reliquiae* de Marianita —*quam saeva morte, percussit tyrannis*, reza la lápida— del sepulcro que las alberga en la cripta subterránea de la catedral de Granada.

## XII

En su ensayo sobre *Lorca y el sentido*, Juan Carlos Rodríguez recordaba que “Estado de Derecho” es una tautología, y evocaba, más adelante, “la contradicción lorquiana evidente respecto a todo este horizonte fenome-

---

81 Sloterdijk, *op. cit.*, pp. 758-760.

82 Federico García Lorca, *Prosa*, ed. Miguel García Posada, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997 (p. 254).

83 García Lorca, *Teatro*, *op. cit.*, p. 125.

nológico [...]: ¿cómo construir las cosas si cuando buscan su curso solo encuentran su vacío?”<sup>84</sup> El estado, el derecho, las cosas, el vacío. Influido por la concepción hegeliana y orgánica de la comunidad jurídica, Giner de los Ríos hacía oscilar su perspectiva del sujeto social (la comunidad como Estado) al sujeto individual, con residuos de normatividad poderosamente kantiana: “Esta percepción de la Conciencia se expresa en el juicio: *Yo tengo Derecho*; o bien: *Yo soy ser de derecho*”<sup>85</sup>. Lorca decía más bien: “he visto que las cosas / cuando buscan su curso encuentran su vacío”<sup>86</sup>. O “Mira formas concretas que buscan su vacío. / Perros equivocados y manzanas podridas”<sup>87</sup>. O juntaba “Pie derecho, con pie derecho” y “Pie izquierdo, con nube”<sup>88</sup>. Se identificaba poco con lo derecho, mucho con lo desviado, izquierdo, y siniestro. Pero no es esa sensibilidad al desvío de la norma lo que lo convierte en un intelectual de izquierdas. Sin jugar a ser, *aperceptivamente*, un ser de derecho, Lorca se quedó en ser —un *individuo*—. Lo que no es poco, considerando su pasión, documentable en las *Suites*, por las divisiones y diferencias. Bajo ese respeto a la perso-

---

84 Juan Carlos Rodríguez, *Lorca y el sentido: Un inconsciente para una historia*, Madrid, Akal, 1994 (p. 12). La premisa sobre la que descansa mi artículo —que el fetichismo funerario en torno al caso Lorca depende de la misma tergiversación (ora empírica ora idealista) de la fenomenología que domina muchos impulsos críticos del hispanismo todo, y en particular algunos dirigidos a la obra de Lorca— debe mucho a las reflexiones metacríticas de Juan Carlos Rodríguez, quien denunciara desde hace años los peligros del “Idealismo fenomenológico”: “Formalismo e historicismo: Una falacia arqueológica”, en *La norma literaria: Ensayos de crítica*, Granada, Diputación de Granada, 1984, pp. 29-51, p. 35. Rodríguez acostumbraba a distinguir entre “tecnicismo empirista”, de origen anglosajón, y “formalismo fenomenológico” (p. 38), más europeo, pero a la postre sus flechas daban siempre en la misma diana: el efecto paradójico de exaltación cósmica o positivista —empirista, diríamos— de posiciones críticas idealistas adoptadas al margen de (las mediaciones de) la dialéctica, o del materialismo dialéctico. Su libro sobre Lorca, lamentablemente silenciado por la crítica oficial, se escribe contra una “ingenuidad fenomenológica” que es también el objeto último de mi crítica en este artículo: *Lorca y el sentido*, p. 15. Véase también “Contornos para una historia de la literatura” en *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada, Comares, 2002, pp. 61-95.

85 Francisco Giner de los Ríos, *El pensamiento en acción (Textos)*, ed. Gonzalo Capellán, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015 (p. 101).

86 García Lorca, *Poesía*, p. 512.

87 *Ibidem*, p. 548.

88 *Ibidem*, p. 499.

na singular, desincorporada, y siempre otra, late un furioso agonismo liberal. ¿Lorca, persona liberal? Quizás ese adjetivo es lo que mejor lo atrapa: “Lorca era, de manera inequívoca, [...] un defensor absoluto de las libertades, personales y civiles”, definición inaplicable a tantos otros, a derecha e izquierda, ayer y hoy<sup>89</sup>. De Lorca cabe afirmar lo que decía Ridruejo de Baroja, que “matizaba su romanticismo esencial poniendo la independencia en primer término y la utopía en el fondo”<sup>90</sup>.

### XIII

La idea de “Lorca de cuerpo entero” como patrimonio público, como patrimonio del pueblo que es la patria, es un insulto a la inteligencia liberal, valga el pleonasma<sup>91</sup>. Francisco Ayala recordaba que “el principio básico del Estado constitucional es, sin duda, el de propiedad privada. Al particular debían garantizársele los medios para la libre adquisición y disposición de la propiedad, y sobre todo, esta última debía quedar sustraída a un posible ataque por parte del Estado”<sup>92</sup>. En ciertos regímenes democráticos, continúa Ayala, se ve mermada la libertad del individuo —y la familia— frente al Estado. En una sociedad moderna y libre, cabe deducir, la disposición de los restos funerarios de una persona concierne exclusivamente a su familia. Cualquier desviación de este principio liberal exige una justificación, que debe buscarse en algún sitio, y ese sitio suele ser el basurero de la ideología, en sus variantes de radicalización religiosa o nacionalista, que tienden a converger en la misma cosa. Si queremos decir que el cuerpo de Lorca no es propiedad de su familia sino una *Gemeinbesitz* o propiedad de una comunidad debemos no solo admitir un concepto inmanente (orgánico) de la comunidad, sino también

---

89 El juicio, ajustadísimo, es de Trapiello, *Las armas y las letras*, p. 162.

90 Dionisio Ridruejo, “Baroja-Azorín”, en *Sombras y bultos*, Barcelona, Destino, 1983, pp. 37-51 (p. 39).

91 La inteligencia (la razón) es siempre liberal: lo fueron la de Cervantes, Locke, Spinoza, Clarín, Ortega o Parra. Otra cosa es el uso que la siempre débil facultad moral haga de dicha inteligencia.

92 Francisco Ayala, *Libertad y Liberalismo en Ensayos políticos y sociológicos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009, p. 169.

determinar la razón que dota al cuerpo de la persona de poderes supra-individuales (es decir, trascendentales) de representatividad colectiva. Por otro lado, si el acceso de una familia a los restos de un fallecido se ha visto obstaculizado por motivos públicos (crímenes de guerra, represión, fosas comunes) entonces deben ser los aparatos del Estado en mayúsculas los que faciliten inmediatamente dicho acceso y respondan a las demandas privadas que se formulen. Santos Juliá insistió mucho en este punto: el error de Zapatero fue “privatizar” las exhumaciones con subvenciones públicas a asociaciones particulares<sup>93</sup>.

Si a la familia Franco la obligan hoy a aceptar una exhumación y traslado de restos es porque el Estado al servicio de un dictador aceptó consagrar, de manera particularmente hiriente, un cuestionable y anacrónico espacio monumental público —inicialmente concebido para honrar a los caídos de un bando, y solo más tarde dedicado oficialmente (pero no iconográficamente) a los caídos de ambos bandos— a una propiedad (los restos de Franco) que habría sido correcto reservar al ámbito privado

---

93 Véase Santos Juliá, *Transición*, pp. 578-581. Cito extensamente de la entrevista a Santos Juliá realizada por Pilar Mera en *Letras Libres*, el 2 de mayo 2018: “Empiezan a surgir demandas y, como ya es posible por los progresos de la ciencia, lo que piden es la identificación de los enterrados. Esto habría requerido una respuesta rápida por parte del Estado, que tendría que haber asumido esa función. No necesitaba ninguna ley. ¿Que hay una demanda? Usted dice dónde hay un enterramiento ilegal y yo ahí mando a un juez y a un forense y a los empleados que sean necesarios para exhumar el cadáver con todas las de la ley y entregarlo a los familiares para que efectúen el enterramiento digno que ellos crean en conciencia que deba tener. Y punto. Con que se hubiera hecho esto, las cuestiones relacionadas con la memoria se habrían planteado de otra manera absolutamente diferente. Por una razón: porque este era el crimen que todo el mundo percibía. Había un crimen muy evidente, un crimen no reparado. Y, hombre, es función del Estado reparar y reconocer. [Pero] no, no se hace. Y la llegada de los socialistas de nuevo al poder complica todavía más las cosas porque no hacen lo que el defensor del pueblo les había recomendado en 2003: que se procediera a reconocer y reparar. No lo hacen, sino que privatizan esa cuestión por medio de subvenciones a asociaciones particulares y se desentienden. Porque al final el gobierno de Rodríguez Zapatero se desentiende, excepto en lo que concierne a conceder subvenciones para que lo hagan las asociaciones. Esto es una dejación de una función pública”. <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/entrevista-santos-julia-solo-hay-interes-en-el-pasado-utilizarlo-en-la-lucha-politica-del-presente> (consultado el 01/10/2020)

—conforme a una *lógica liberal privada* que la familia, ahora, algo tarde, legítimamente reivindica— especialmente con vistas a una transición política fluida que ya estaba en curso. Se corrige una anomalía simbólica públicamente inscrita en el ámbito público con iniciativa y recursos públicos<sup>94</sup>. El caso de Lorca es el opuesto: periodistas, ensayistas, activistas y colectivos financiados por el Estado persiguen elevar a categoría pública la naturaleza de una propiedad (los restos de Lorca) tan ilocalizada e invisible como privadamente querida.

Subrayo esta diferencia, aparentemente anecdótica, porque el intento de homologar la posición de la familia-Lorca en relación con la investigación sobre la muerte del poeta y la potencial exhumación de su cuerpo con el oscurantismo, silencio y bloqueo de los aparatos institucionales del franquismo respecto al caso Lorca es de una mezquindad notable. Las razones que llevaron en 1955 a la familia a rechazar la “oferta de Franco” de exhumar los restos del poeta son perfectamente comprensibles: frente a una orquestada manipulación de un régimen ansioso de lavar

---

94 Lo ofensivo es 1) que el monumento solo ensalce, iconográficamente, a uno de los bandos del conflicto, el de la cruzada victoriosa y que 2) Franco, sin ser una víctima, descanse con víctimas de ambos bandos (más honesto habría sido destinar todo el lugar a su única tumba). Recojo la opinión de Santos Juliá, en entrevista, con la que estoy de acuerdo: “Santos Juliá no cree, sin embargo, que se pueda convertir el Valle de los Caídos en algo diferente. ‘Es imposible resignificarlo, pero tampoco es lógico que siga significando lo mismo. El mejor destino de ese sitio es su ruina. No volarlo, sino dejar que se derrumbe, que el tiempo lo devore, después de exhumar el cadáver de Franco y entregar los restos a su familia. Los benedictinos podrían ir a otro monasterio’. El historiador considera que hay consenso suficiente para trasladar los restos del dictador. ‘Ni al PP se le ocurre ya utilizar a Franco o el lugar público que ocupa como parte de su proyecto político’. Y es partidario de construir en otro enclave un memorial para todas las víctimas, tanto las que murieron en un campo como en otro. ‘Es una cuestión de Estado’, afirma. ‘Si no se pudiera identificar a todos [los enterrados en el Valle de los Caídos] individualmente y las familias quisieran, podrían ir a ese memorial. Ahí, por supuesto, no caben los restos de Franco, porque no es una víctima, es el vencedor de la Guerra, pero sí los que murieron en los primeros meses bajo la autoridad del Gobierno de la República. La democracia no puede hacer lo mismo que la dictadura: recordar solo a los suyos. Y eso no significa una equiparación de nada””: *El País*, 25 de Junio de 2018. [https://elpais.com/politica/2018/06/19/actualidad/1529397533\\_593099.html](https://elpais.com/politica/2018/06/19/actualidad/1529397533_593099.html) (consultado el 01/10/2020)

su imagen, la familia habría preferido, mucho antes, situar esos restos en “sepulcro aprieta e privado” (*Milagros de Nuestra Señora* 3.111)<sup>95</sup>. Lo cual habría sido perfectamente legítimo. Pero no pudieron. Y es el caso que la familia ahora no alienta la búsqueda de dicho cuerpo, aunque no se opone a una posible identificación en el caso de hallarse restos allí donde las familias de quienes fueron fusilados junto a Lorca buscan los cuerpos de sus antepasados mediante ayuda institucional. La familia subraya, con razón, que “las circunstancias de la muerte de García Lorca son lo suficientemente conocidas como para que en su caso particular no haya que remover sus huesos”<sup>96</sup>. Saber o no saber. *Il faut la vérité*, afirmaba Derrida, con determinación poderosamente anti-postmoderna<sup>97</sup>. Félix Grande remata: “La resistencia contra la verdad es un hecho monstruoso”<sup>98</sup>. Y en este caso, en el caso Lorca, los hechos determinantes sobre su muerte han sido sustancialmente documentados en forma de datos. El relato que ordena dichos datos, en especial desde el arresto hasta la muerte, es suficientemente reiterado por biógrafos e historiadores de todo signo como para provocar un efecto de verdad. Jo Labanyi, que ha tenido el coraje de denunciar “the pitfalls of a public discourse based on victimhood”, argumenta:

My own position would be to regard it as paramount that those who have suffered from political repression be able to articulate that pain in the public sphere, if they so choose, and that their pain be publicly acknowledged. In this sense, the exhumation and reburial of the remains of those killed by the Francoist repression and left lying in unmarked mass graves since that time has a major therapeutic value for the relatives concerned, in addition to fulfilling an ethical obligation to honour the victims of injustice<sup>99</sup>.

---

95 Gabriel Pozo, *Lorca: El último paseo*, Granada, Ultramarina, 2009, pp. 270-271. Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, ed. Michael Gerli, Madrid, Cátedra, 2017, p. 101.

96 Citado por Soria Olmedo, “Vida cotidiana y memoria histórica”, p. 240.

97 Jacques Derrida, *Positions*, Paris, Minuit, 1972, p. 80.

98 Grande, *op. cit.*, p. 209.

99 Jo Labanyi, “The Politics of Memory in Contemporary Spain”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 9. 2008, pp. 119-125 (p. 120).

Apréciase que nada parecido a la frase condicional que coarta el sentido de la primera oración de manera determinante —“if they so choose”— aparece en la segunda frase. Yo la suscribiría plenamente si se añadiese esta condicional: “the relatives concerned, *if they happen to demand such therapy*”. No se puede imponer una terapia ético-emocional si no es requerida por los supuestos beneficiarios. Es un principio básico de una sociedad liberal, que ya ondea alto en el tratado de Locke sobre la tolerancia<sup>100</sup>. Cualquier otra cosa es *Brave New World*. La persistencia con la que algunas personas tratan, en nombre de la libertad democrática, de explicar a los descendientes de Lorca, y en especial a su sobrina Laura, la bondad terapéutica que la exhumación de los restos del poeta operará en la familia, y por milagrosa extensión, en todos los españoles, es mezquina, ridícula y reprochable. Y no sólo porque la familia Lorca sufrió ya bastante (a los padres, abocados a un exilio traumático, les mataron a un hijo y a un yerno) sino porque los descendientes han constituido un núcleo nomádico de progresismo liberal, cosmopolita, culto y tolerante, que sabe vivir sin el adoctrinamiento pseudo-progresista de los prosélitos de un Estado cultural como el español. Ciertamente es que han necesitado a ese mismo Estado para garantizar la custodia de un legado documental de incalculable valor, y que dicha dependencia ha acarreado problemas, pero ello no les obliga a soportar las presiones de quienes, parcialmente alentados por financiación del Estado, pretenden absurdamente localizar el valor-Lorca debajo de la tierra. La discreción con la que en una España histórica de democracia —deseosa de convertir la “reciente libertad en una feria de globos de colores y tatchines”— en la que muchos se cambiaron discretamente de chaqueta, y otros muchos advenedizos pugnaron por rentabilizar, a toda costa, su posible linaje “republicano”, los miembros de la familia se posicionaron en la vida cultural española, tratando de proteger un legado

---

100 “Although the magistrate’s opinion in religion be sound, and the way that he appoints be truly Evangelical, yet, if I be not thoroughly persuaded thereof in my own mind, there will be no safety for me in following it. No way whatsoever that I shall walk in against the dictates of my conscience will ever bring me to the mansions of the blessed. I may grow rich by an art that I take not delight in; I may be cured of some disease by remedies that I have not faith in; but I cannot be saved by a religion that I distrust and by a worship that I abhor. It is in vain for an unbeliever to take up the outward show of another man’s profession” (John Locke, *A Letter Concerning Toleration*, ed. James H. Tully, Indianapolis, Hackett, 1983, p. 38).

extraordinario, resulta muy encomiable<sup>101</sup>. Supieron visibilizar, mediante el fomento continuado de ediciones académicas, un inagotable *corpus* textual, y han tratado de invisibilizar, mediante la disuasión civilizada, un más que agotable *corpse*<sup>102</sup>.

Nadie debe hablar, salvo la familia, en nombre de los deseos (las emociones, las esperanzas, las expectativas) de la familia. Cualquier otra cosa es una invasión en el espacio privado que solo el totalitarismo tolera. Pero nadie debe hablar, tampoco, en nombre del pueblo español, la nación española, pues eso no es más que una relativamente eficaz ficción jurídica en la que se entrecruzan unos territorios (una península, unas islas), unos mamíferos bípedos más o menos racionales investidos de derechos (la llamada ciudadanía), y un inmenso conjunto monumental y documental en el que se entrecruzan, como líneas de fuga, cientos de narrativas dispersas y escasamente reconciliables. El que crea otra cosa debe de atesorar motivos muy fantásticos para atribuir a dicha ficción una unidad precisa y una identidad estable de designación. La obra de Lorca no es representativa de nada ni de nadie. La obra de Lorca no es Lorca, es solo *obra* de Lorca (una de sus muchas maneras de insistir, diría Celaya, en la existencia) y solo se representa a sí misma. Hace pocos días, al preguntarle un periodista cómo se sentía al ganar el Nobel de literatura de 2019, el gran Peter

---

101 Para la “feria de globos”, véase Manuel Fernández Montesinos, *Lo que en nosotros vive: Memorias*, Barcelona, Tusquets, 2008, p. 429.

102 La idea de una polarización y subsiguiente confluencia del corpus textual y el cuerpo de Lorca articula la brillante y pionera reflexión de Dinverno: “Raising the Dead”, especialmente, pp. 45-47. Para una excepcional meditación sobre el posible *agotamiento* hermenéutico en torno al *corpus* textual de Lorca a las alturas de 1998, véase Luis Fernández Cifuentes, “¿Qué es aquello que relumbra? (Una última cuestión) Examen de agotamientos” en *Federico García Lorca. Clásico Moderno 1898-1998*, ed. Andrés Soria Olmedo *et al.* Granada, Diputación de Granada, 2000, pp. 220-237. La sugerencia, hecha por María do Cebreiro, de que “una posible rearticulación de los estudios literarios y culturales, en sus conexiones con la teoría de la memoria, acaso implique reconocer que la contribución del análisis literario no es únicamente ocuparse del *corpus* de los poetas sino de sus cuerpos muertos y enterrados” (“¿Un asunto de Estado?”, *op. cit.*, p. 182) es, a mi juicio, algo atrevida. Ocuparse del cuerpo de un poeta puede ayudar a explicar a otro poeta posterior, atrapado en el inconsciente ideológico que determina también la oportunidad de dicha ocupación, pero nunca ayuda, creo, a explicar la obra del poeta muerto.

Handke dijo “Won it? No, I’m not a winner. They chose my work”<sup>103</sup>. Pues eso.

#### XIV

Cerca de Belza, el carlista Cura Santa Cruz “cogió prisioneros a siete fugitivos, y después de llevarlos descalzos por caminos frágiles, los mandó fusilar, bajo la gloria del sol, en el robledo centenario de Arguiña. Los cuerpos fueron entregados a las mujeres para que los amortajaran”<sup>104</sup>. En el Madrid de la posguerra, una mujer recuerda cómo su difunto marido le “dejó la pensión del Estado para los caídos en el campo del honor”<sup>105</sup>. Robledos centenarios, mortajas, viudas, indemnizaciones, campos de honor. En ese mismo Madrid, piensa un joven rebelde: “Otra manifestación fastuosa de la cultura oficial eran los grandes entierros de los grandes hombres, los últimos del 98, los que habían sido escritores y ministros”<sup>106</sup>. Cuánto lujo, qué honores.

Lo demás es lo otro, viento triste.

#### XV

La última conferencia que impartió Jorge Guillén en Harvard en el curso 1957-58 termina con una evocación emocionante del destino de los poetas exiliados por la guerra. Algunos, como Salinas, murieron en el extranjero; otros, como Diego, Alexandre o Alonso, seguían en la brecha de su propio desgarrar. “Meanwhile”, asegura el poeta, “Spain, greater than all these crises, remains standing, and will continue to do so”. Y concluye evocando la Biblia: “Let the dead bury their dead / Never their hope”. Estamos en 1958. Guillén pensaba probablemente en Lorca, cuyo destino ha evocado poco antes: “Tragedy beyond question was the assassination

---

103 Véase el artículo de Peter Kuras en Foreign Policy: <https://foreignpolicy.com/2019/10/21/handke-nobel-trolling-balkans-serbia/> (consultado el 01/10/2020)

104 Ramón del Valle-Inclán, *Gerifaltes de Antaño*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, p. 80.

105 Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix-Barral, 1983, p. 20.

106 Francisco Umbral, *Retrato de un joven malvado*, Barcelona, Destino, 1973, p. 189.

of Federico García Lorca, a child of genius beyond question”<sup>107</sup>. Todo *beyond question*. Pero en 1958 no había muerto que enterrar. Porque estaba ya enterrado.

Lorca planeó redactar una conferencia sobre Berceo. Como otros muchos proyectos, su escrito sobre los *Milagros de Nuestra Señora* murió antes de empezar<sup>108</sup>. Su amigo Guillén sí logró dar su charla sobre los versos del monje riojano. En ella comenta los versos acerca del milagro de la curación de la paralítica en la *Vida de Santo Domingo de Silos*:

Levaron la enferme al sepulcro glorioso,  
De quí manaua tanto myraçlo precioso.  
Pusiéronla delante al Padre prodigioso.  
Yaçcie ella ganyendo como gato sarnoso.

Resume Guillén: “Up above is Father, who is *prodigioso*. And his miracle, which is *preçioso*. And his tomb, *glorioso*”<sup>109</sup>. Sustitúyase Father por el niño genial de nombre Federico y obtendremos una idea cabal de los efectos que la monumentalización definitiva del sepulcro de Lorca junto a la fuente de las lágrimas podría tener en el pueblo menesteroso. Taumaturgia espontánea, curación directa: Valle-Inclán o Vargas Llosa podrían elaborar la crónica. Guillén evoca la “sensación de inmediatez” que Lapesa descubría en Berceo, donde casi todo está “immediately present” —recuérdese que ambos conceptos *Unmittelbarkeit* (inmediatez) y *Gegenwärtigkeit* (presencia) son centrales en el proyecto fenomenológico de Husserl<sup>110</sup>—. Salvémonos en esta cosa. Salvémonos con Santa Oria, de cuerpo y alma presente en un cielo tangible, definido, definitivo, preguntando por la identidad de las personas que la rodean: “Todos éstos son mártires, unas nobles personas”<sup>111</sup>.

---

107 Guillén, *The Language of Poetry*, p. 216.

108 Molina Fajardo recuerda que, según Luis Rosales, Lorca leía a Berceo, “cuyos *Milagros de Nuestra Señora* [...] pensaba continuar”, durante los días de encierro en la casa familiar de los Rosales en Granada, poco antes de su muerte: Eduardo Molina Fajardo, *Los últimos días de García Lorca*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983, p. 38.

109 Guillén, *The Language of Poetry*, p. 16.

110 *Ibidem*, p. 11.

111 Gonzalo de Berceo, *Poema de Santa Oria*, ed. Isabel Uría, Madrid, Castalia, 1981, p. 112.

## XVI

La memoria histórica: ¿quién recuerda?<sup>112</sup> Al final todo se reduce a la muy exigida “construcción social del recuerdo” cumpliendo las veces de “ideología política”<sup>113</sup>. Labanyi defiende la idea de una *memoria colectiva* como “the sum of understandings of the past that circulate in any given society”<sup>114</sup>. Le concede una naturaleza epistemológica y no emocional o moral, cosa que atribuye, parece, a la memoria privada, como una suerte de residuo del individualismo liberal. ¿Dónde está esa suma de comprensiones del pasado? ¿Cómo se suman comprensiones? ¿La suma de diversas comprensiones es una comprensión? Y lo que circula ¿es la suma o las comprensiones diversas? Relativizar el valor de la praxis del historiador diciendo que no es más que un relato entre relatos, “one of the many different understandings of the past that comprise collective memory”, resulta escandaloso: la supuesta primacía de los relatos de historiadores sobre otros relatos reside en determinadas garantías de exhaustividad y objetividad que pueden o no observarse en la redacción de dichos relatos, pero que *de iure* obran como premisa incontrovertible<sup>115</sup>. Lo que los enemigos del liberalismo no soportan es que uno pueda, libremente, elegir entre relatos libremente contruidos en torno a una verdad que innegablemente

---

112 Recuerda, desde luego, el historiador ecuánime y liberal que fuera Domínguez Ortiz, cuando denuncia, por ejemplo, el hecho de que el balance de la década ominosa (1823-1833) se haya reducido cultural e historiográficamente a la creación “de mitos, plasmados en estatuas y poemas, de los *mártires de la libertad*”: Riego, Mariana de Pineda, Torrijos, pero no hubo monumentos ni recuerdo para los cincuenta y dos prisioneros realistas que mandó arrojar al mar el comandante militar de la Coruña, Méndez Vigo, sin que tal atrocidad perjudicara su carrera”: *España: Tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 304. Las tesis de Margalit (*The Ethics of Memory*), que Faber trata de aplicar al contexto de la guerra civil española y sus efectos, en torno a “una comunidad de memoria integral” alentada por la “moralidad” en lugar de la “ética” resultan de una confusión y candor alarmantes: Sebastiaan Faber, “Entre el respeto y la crítica: Reflexiones sobre la memoria histórica en España”, *Migraciones y Exilios* 5, 2004, pp. 37-50.

113 Santos Juliá, *Transición*, p. 584.

114 La cita es de Labanyi, *op. cit.*, p. 121.

115 *Ibidem*, p. 122. Ni siquiera Hayden White discute el “truth value of the facts selected” en el marco de un determinado relato histórico: *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The John Hopkins UP, 1978, p. 61.

existe como hecho antes de todos los relatos y que es por ello exigible (*Il faut la vérité*) —si todo fuese relato no habría relatos— y que en efecto algunos de estos relatos —en el caso de la guerra civil española, los de Tussell, Payne, Juliá, Preston, Tamames y Casanova— nos parezcan a algunos más fiables, en su amplitud de miras y objetividad, que la conmovedora historia de ningún abuelo, incluido el de José Luis Rodríguez Zapatero. “No todas las memorias” —recuerda oportunamente García Cárcel— “tienen el mismo valor”<sup>116</sup>. Mejor atender a la labor historiográfica que, en palabras de Julián Casanova, “ha logrado plasmar una fotografía exacta de la violencia política en las retaguardias de los dos bandos que lucharon en la guerra. Conocemos gracias a ella el origen, los objetivos, los soportes ideológicos, los actores, aunque más a las víctimas que a los verdugos, las diferentes fases por las que atravesó y sus consecuencias”<sup>117</sup>. Creer otra cosa es sucumbir al prejuicio romántico que asigna al habla del *pueblo* y su *memoria*, como si ambas catacresis fuesen reales, una superioridad testimonial sobre cualquier otra matriz de narraciones, informes, o versiones de la realidad. Según Casanova,

el territorio del historiador se ha ensanchado, pero al mismo tiempo se ha visto sometido a una invasión de información y opinión difícil de controlar, alejada de la construcción teórica y metodológica que debe guiar nuestra interpretación de las fuentes y de los hechos históricos. Por ese camino, el del recuerdo testimonial del drama de los que sufrieron la violencia política de los vencedores, no quedan demasiadas cosas nuevas que ofrecer.

---

116 García Cárcel, *op. cit.*, p. 38.

117 Julián Casanova, “La historia social de los vencidos”, *Cuadernos de historia contemporánea* 30 (2008), pp. 155-163 (p. 158). Por supuesto, como reconoce Casanova, muchos de estos relatos historiográficos proceden de ámbitos locales sin apoyo académico alguno. Son relatos que narran “las acciones violentas emprendidas por los militares sublevados en sus pueblos o en las comarcas más próximas” y es muy posible que dependan, por ende, de testimonios personales. Pero la labor del historiador consiste en someter esos testimonios a la prueba de su integración en un relato lo más homogéneo posible. Eso es lo que hizo Gibson con el puñado de testimonios que obtuvo sobre la muerte de Lorca, y su relato, apoyado en otros previos, y levemente retocado por algunos posteriores, mantiene una vigencia incontestable. Luego, “la historia local [...] sumada a otras historias locales, culminará en el gran cuadro general de esa represión” (p. 159).

El papel indiscutible de la “historia oral” debe, añade Casanova, combinarse con “un análisis social más amplio”<sup>118</sup>. Análisis, amplitud: exigencias de la crítica dialéctica. *Sapere aude*.

## XVII

Marx se mofaba de la euforia idealista de Proudhon al postular la existencia de una personificación de la sociedad que conducía al absurdo de la “société personne” (la sociedad nadie)<sup>119</sup>. En *Die deutsche Ideologie*, Marx, junto con Engels, ridiculiza la pretensión nocional de convertir a la historia nacional en una persona entre otras —“eine Person neben anderen Personen” — dotada de autoconciencia<sup>120</sup>. Y en su anterior *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*, somete constantemente a crítica el artificial concepto hegeliano de *moralische Person* referido a la sociedad, a la comunidad o a la familia<sup>121</sup>. Dicho concepto sigue operativo en Giner de los Ríos, para quien “la sociedad es un organismo”, como “todo real y sustantivo”. De ahí que se pueda hablar de “la vida del sujeto social”<sup>122</sup>. Y si hay esa pesadumbre de la vida (auto)consciente, hay memoria. La fenomenología no fue indiferente a esta fantasía figurativa. Husserl se preguntaba si no pertenece indisolublemente a la subjetividad trascendental su correspondiente pasado (*ihre jeweilige Vergangenheit*), asequible tan solo por medio del recuerdo (*durch Erinnerung*), por mucho que haya que distinguir entre el recuerdo efectivo de una evidencia apodíctica (*eine apodiktische Evidenz*) y el recuerdo posible en el plano de la fantasía, lo que llama Husserl *Wiedererinnerung als ob* (recuerdo como si)<sup>123</sup>. ¿De qué tipo de recuerdos está hecha la *memoria histórica*? Todo es *como si* —solamente hay un espejismo útil de apodicticidad, de racionalidad y de verdad, en la integración pragmática de

---

118 *Ibidem* p. 163.

119 Karl Marx, *Misère de la philosophie*, ed. Jean Kessler, Paris, Payot & Rivages, 1996, pp. 140-146.

120 Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, Band 3, Berlin, Dietz, 1978, p. 45.

121 Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, Band 1, Berlin: Dietz, 1976, p. 229.

122 Giner de los Ríos, *El pensamiento en acción*, pp. 155 y 175-178.

123 Husserl, *Cartesianische Meditationen*, pp. 62-66.

semi-fantasías personales—. Escribía, mucho antes de 2006, Francisco Ayala en *Razón del mundo*:

Pero claro está que en rigor la historia no es memoria colectiva, pues falta para que pudiera serlo el adecuado sujeto psíquico. Cuando se habla de memoria colectiva la referimos —y en esto reside la metáfora, no lo perdamos de vista— a un pueblo, es decir, a un sujeto de conciencia fingido o supuesto, cuya unidad real se reduce al complejo de estructuras sociales existentes, a las que cada particular individuo ha de adaptarse en parte, y en parte resiste o acaso rechaza (adaptación, resistencia y rechazo parciales en que los hombres concretos ejercitan su libertad, y de cuya conjugación resulta el movimiento histórico, la alteración de las estructuras mismas); pero no hay en verdad ningún hombre que posea “memoria histórica”; nadie recuerda, ni puede recordar, lo sucedido fuera del ámbito de su propia experiencia. La historia se aprende, se recibe por tradición, como el resto de cuanto se integra la que se ha llamado “nuestra herencia social”<sup>124</sup>.

La historia *se aprende*: leer y saber por qué. Escribe Robert Brandom que las “communities do not have attitudes, individuals do”<sup>125</sup>. Esto, claro, condena al silencio la auto-complacencia identitaria de los noventayochistas y sus discretos herederos, como Madariaga y Ortega. Nicanor Parra ratifica: “El enemigo dice / es el país el que tiene la culpa / como si los países fueran hombres”<sup>126</sup>.

## XVIII

El relato que María Delgado hace del *affaire* Lorca arranca el 17 de julio de 1936, con una evocación del momento “when General Francisco Franco led a military uprising to usurp a democratically elected left-of-center government”. “Lorca” —añade inmediatamente, con espontáneo

---

124 Ayala, *Ensayos políticos y sociológicos*, p. 295.

125 Robert Brandom, *A Spirit of Trust: A Reading of Hegel's Phenomenology*, Cambridge, Mass., Harvard UP, 2019, p. 13.

126 Parra, *op. cit.*, p. 270.

causalismo empírico— “was killed a month after the commencement of the war”<sup>127</sup>. O sea, *post hoc ergo propter hoc*. Este arranque, lejos de ser inexacto, es profundamente incompleto. En su laconismo, resulta poco menos equívoco que el broche con el que la censura forzó a Jorge Guillén a cerrar su “Cronología” de Lorca en la histórica edición de Aguilar de 1953: “1936. 19 de agosto —Muere”<sup>128</sup>. Desdibuja, de un plumazo, un horizonte histórico de inmensa *complejidad*. Subrayo el término porque Santos Juliá lo retoma en su caracterización del conflicto, haciendo ver que la guerra “redujo la complejidad y múltiple fragmentación de la sociedad española del primer tercio del siglo XX”<sup>129</sup>. Quiero recordar, por otro lado, que Fernández Cifuentes cuestionaba justificadamente la “impaciencia” del Gibson biógrafo de “con lo plural y contradictorio”<sup>130</sup>. Solamente una crítica atenta a los plexos y fragmentos que articulaban el todo del campo social (es decir, una crítica dialéctica) podrá restaurar el tacto y dimensiones de la complejidad, pluralidad, fragmentación y contradictoriedad sociales que fueron el hábitat del personaje Lorca en busca de autor. No entraré a valorar la posible coloración eufemística de la expresión “democratically elected”, pues aunque ganó la izquierda, las elecciones de 1936 no estuvieron exentas de irregularidades<sup>131</sup>. De más

---

127 Delgado, *op. cit.*, p. 178.

128 García Lorca, *Obras completas*, p. 1909. Fernández-Montesinos evoca este episodio de censura en sus memorias: *Lo que en nosotros vive*, p. 336.

129 Santos Juliá, *Transición*, p. 18.

130 Fernández Cifuentes, “La verdad de la vida”, p. 91.

131 Alcalá-Zamora habló de “método electoral tan absurdo como injusto”. La sacralización de la categoría “legalidad republicana” responde al hecho de que era la única legalidad posible, y por ello exigía todo el respeto, no al hecho de que fuese inmaculada. Escribió Julián Marías en 1977: “Que la República fuese un régimen legítimo no implica que no estuviese perturbada por fuerzas ajenas a todo espíritu democrático y liberal”, *La devolución de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, p. 198. A propósito de los apañes electorales de febrero de 1936, Alcalá-Zamora habló de “enjuagues, falsedades y coacciones” y Azaña había escrito: “en La Coruña íbamos a sacar cinco o seis [escaños]. Pero antes del escrutinio surgió la crisis y entonces los poseedores de 90.000 votos en blanco se asustaron ante las iras populares, y hemos ganado los trece puestos [...] ¡Veledades del sufragio!”. *Apud* Payne, Stanley, *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España*, Madrid, Espasa, 2016, pp. 77-81. Véase el capítulo “El fraude en las elecciones de febrero de 1936” en el libro de Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, Madrid, Cuadernos para el

calado es la apreciación, hecha por Javier Tusell, según la cual la Segunda República fue una “democracia poco democrática”<sup>132</sup>. Según Casanova y Gil Andrés, en la revolución de octubre de 1934

los socialistas demostraron un idéntico repudio de la democracia parlamentaria al que habían practicado los anarquistas en años anteriores. El mismo anuncio de la revolución, condicionado a la entrada de la CEDA en el gobierno, fue un método de coacción contra la *legítima* autoridad política establecida [...] Las llamadas a la acción violenta crecieron en la misma medida en que crecía la desconfianza en la legalidad republicana<sup>133</sup>.

Estos mismos historiadores, no precisamente neo-franquistas, fijan en esa fecha el comienzo del fin: “Nada sería igual después de octubre de 1934”<sup>134</sup>. Resulta, pues, incomprensible que el arranque del relato del martirologio lorquiano no se retrase convenientemente al menos dos años. No hace falta ir a Stanley Payne o Gabriel Jackson para reequilibrar el relato presupuesto en la frase de Delgado con argumentos de peso contrario. Nada menos que Azaña asegura que *todo* arranca mucho antes, que “los dislates cometidos desde 1934 daban ahora sus frutos. Extremas derechas y extremas izquierdas se hacían ya la guerra”. Esos dislates fue-

---

Diálogo, 1971, pp. 121-192, donde las irregularidades se atribuyen tanto a la derecha como a la izquierda, pero más a la derecha.

132 *Apud* Payne, *El camino al 18 de julio*, p. 23. No encuentro dicha frase en la obra de Tusell. Leo, en cambio, comentarios sobre “la falta de conciencia cívica y carencia de una tradición de praxis democrática” en cierta izquierda, y sobre “el olvido de las esencias democráticas” en la “izquierda republicana”: *Las elecciones, op. cit.*, pp. 187-191. Domínguez Ortiz, *España*, p. 375, recuerda que la aplicación de la Ley de la Reforma Agraria no se hizo sin “atropellar las leyes”, con medidas de “represión política sin base legal”.

133 Julián Casanova y Carlos Gil Andrés, *Historia de España en el siglo XX*, Barcelona, Ariel, 2009, p. 141. El subrayado es mío.

134 *Ibidem*, p. 138. La matización que añaden, argumentando que dichas insurrecciones no son comparables a una insurrección militar, o que octubre de 1934 no fue la primera batalla de la guerra civil, no corrige un ápice los dos puntos esenciales de su argumento: 1) la revolución socialista fue una agresión de magnitud desconocida a la democracia parlamentaria y a la legalidad republicana, y 2) octubre de 1934 marca un antes y un después.

ron, para Azaña, en primer lugar, la entrega del poder en octubre de 1934 a unas derechas reticentes a aceptar la República, y “errores mucho más graves, e irreparables”, la insurrección proletaria en Asturias y la insurrección del gobierno catalán<sup>135</sup>. Lorca efectivamente “was killed a month after the commencement of the war”, pero dos años después, también, del inicio de turbulencias políticas descontroladas. Pese a su recurso terminal a una retórica revolucionaria, Lorca nunca debió de sentirse cómodo con la naturaleza inherentemente “intransigente” de las políticas de Azaña<sup>136</sup>. El efecto que todos estos sucesos tuvieron en la imaginación moral de Lorca fue intenso, acumulativo, como una erosión: *complejidad y múltiple fragmentación*.

No está nada claro, como pretende García Montero recientemente, que Lorca fuese un *poeta* —definidamente, definitivamente— *republicano*<sup>137</sup>. Republicanismo es una vieja categoría política, con origen y estabilización más o menos firmes (Tucídides, Cicerón, Guicciardini, Maquiavelo, Milton, Cromwell, Montesquieu, Rousseau, Jefferson...) pero con innumerables ramificaciones ideológicas no siempre compatibles entre sí y casi nunca, por cierto, incompatibles con las monarquías constitucionales, como demuestra la historia del Reino Unido. En la España moderna la fijación del programa republicano, y la consiguiente estabilización del concepto republicano, no fue una tarea sencilla, y permanece hoy inacabada. El alcance de la Primera República fue políticamente menor, e ideológicamente de muy escaso recorrido<sup>138</sup>. Según Antonio Elorza, los republicanos españoles, entre 1931 y 1936, “en coalición con la socialdemocracia, serán capaces de arrastrar un voto interclasista por la democracia, pero no de fundamentar organizaciones políticas sólidas”. Azaña,

---

135 Manuel Azaña, *Causas de la guerra de España*, pról. Gabriel Jackson, Barcelona, Booket, 2002, p. 30.

136 Escribe Antonio Elorza que “el republicanismo de Azaña se encuentra presidido por el criterio de la intransigencia, del todo compatible con los valores propios del liberalismo y de la democracia, al nacer de la firme voluntad de establecerlos por medio de la supresión de las instituciones y de los usos sociales de un pasado abyecto”, *Las raíces de la España democrática (España en su laberinto)*, Cinca, Madrid, 2016, p. 141. Es difícil olvidar, en este contexto, la cuarta intervención del director en *El Público*: “¡Fuera, fuera, fuera!” (García Lorca, *Teatro*, p. 282).

137 Luis García Montero, “Un poeta republicano”, *Mercurio* 206, 2018.

138 Véase la síntesis extraordinariamente crítica de Domínguez Ortiz, *España*, pp. 320-323.

añade, fue incapaz de “asegurar al espíritu republicano una base partidaria y un soporte ideológico plural, pero consistente”<sup>139</sup>. García Montero hace una síntesis eficaz de la orientación política de Lorca: habla de un “socialismo humanista” que pudo tomar de Fernando de los Ríos, de su identificación con deseos de progreso encarnados en políticas culturales emanadas de la Institución Libre de Enseñanza y de la “definición” —pasiva, reactiva, como receptor de insultos— de su “imagen pública como un escritor republicano” a raíz de su compromiso con el proyecto de La Barraca; y del acercamiento “en sus declaraciones y en su trabajo [...] a actitudes revolucionarias”. Todo esto es cierto, pero nada de ello autoriza la contundente atribución esencialista que exhibe el título de su artículo: un *poeta republicano*. Recordemos que ni siquiera en Azaña había “esencialismo republicano alguno”<sup>140</sup>. Esta designación categorial (*poeta republicano*), eminentemente retroactiva, desactiva la complejidad y fragmentación: la oposición *republicano-monárquico* no era, me parece, ni la más urgente ni la más determinante entre 1931 y 1936. Conviene, como le recordaba Ridruejo a Umbral a propósito de los Machado, emplear “una óptica más inclinada a la reasunción del pasado que a la disección de sus pobladores”<sup>141</sup>. Y si ello supone aceptar que Lorca y José Antonio cenaban juntos de vez en cuando, pues asúmase y luego, si cuesta tragarlo, reasúmase a los postres con un cognac<sup>142</sup>. ¿Poeta republicano? En fin, uno se autodefinía, especialmente en la izquierda, con arreglo a otras etiquetas (anarquista, socialista, comunista), ninguna de las cuales armonizaba fluidamente con la legalidad estatal republicana. Como afirma el narrador de *Campo cerrado*, “ser republicano con la República no vestía

---

139 Antonio Elorza, “Estudio preliminar” a *Pensamiento político en la España contemporánea*, Barcelona, Teide, Barcelona, 1992, p. XL.

140 Elorza, *Las raíces de la España democrática*, p. 141.

141 Ridruejo, “Sobre los Machado”, *Sombras y bultos*, p. 36.

142 Andrés Trapiello valora el testimonio de Gabriel Celaya, comenta con sano sarcasmo las reacciones escandalizadas, e insiste en que “la época era promiscua, política y literariamente”: *Las armas y las letras*, p. 164. Que Lorca cultivase una amistad tan sincera, continuada e íntima con Morla Lynch, un indiscutible liberal que consideraba a José Antonio “extremadamente simpático. Todo un varón, fuerte, viril, decidido, con rostro y fisonomía de niño bueno” es un dato a tener en cuenta: Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca: Páginas de un diario íntimo, 1928-1936*, Sevilla, Renacimiento, 2006, p. 126.

ya nada”<sup>143</sup>. La “nomenclatura”, recuerda Cela con un punto de exceso en sus memorias, “empezó a matizarse” y las “formas de decir”, por ejemplo, la distinción entre “republicanos y leales [...] no tenían la menor importancia”: “lo grave es que los ambos bandos en liza uno se llamó a sí mismo antifascista, y el otro, antimarxista”<sup>144</sup>. La derecha era un semillero de tendencias (corporativismo, tradicionalismo, carlismo, monarquismo, fascismo, catolicismo). Y no olvidemos que muchos bandos victoriosos del ejército sublevado se cerraban, al comienzo de la guerra, con vivas a la República, o que Orwell creyó ver banderas republicanas ondeando en las trincheras del ejército faccioso<sup>145</sup>. ¿Hipocresía táctica? También un gran sector de los sublevados se autodefinía como monárquico, y rey coronado no hubo hasta que murió Franco. Oposiciones quizás más determinantes eran reformistas-revolucionarios, tradicionalistas-reformistas, anticlericales-católicos... No olvidemos, por otra parte, que si los sublevados fueron desleales a la República, muchos de los leales (PSOE y CEDA, por ejemplo) habían sido, poco antes del comienzo de la guerra, meramente *semileales*<sup>146</sup>. No olvidemos la siniestra prehistoria política de Miguel Hernández —en 1933 decía “Soy, sin ser nada, comunista y fascista”— o el encuentro entre María Zambrano y Alfonso García Valdecasas, futuro falangista, bajo el arco del Frente Español<sup>147</sup>. Complejidad y fragmentación. La defensa de la República se convertirá, durante el transcurso de la guerra, en pegamento de cohesión de la dispersión política de las izquierdas, y el término *republicano* irá adquiriendo el prestigio político que tuvo entre 1923-1931, cuando era urgente tumbar una dictadura. Todo gira, pues, en torno a la diferencia entre *Lorca y el sentido* (el de sus textos) y *el sentido de Lorca* (la persona histórica, el sujeto interpelado ideológicamente, su cotización pública). La definición “republicano” solo tiene sentido en la acepción segunda del término *sentido*, y dicho sentido

---

143 Max Aub, *Campo cerrado*, Granada, Cuadernos del Vigía, 2017, p. 133.

144 Cela, *op. cit.*, p. 400.

145 Orwell, *op. cit.*, p. 26.

146 Javier Tusell, *Historia de España en el siglo XX. Vol II. La crisis de los años treinta: República y Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 238-240.

147 Eutimio Martín, *El oficio de poeta: Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2011, pp. 127-250; David Soto Carrasco, “El frente español. Entre el fascismo y el nacionalismo orteguiano”, en *No es país para jóvenes*, coord. Alejandra Ibarra, Instituto Valentín Foronda, 2012.

es (necesariamente) reactivo y de validez retrospectiva, pues, de acuerdo con Croce, *ogni storia è storia contemporanea*; y, de acuerdo con Juliá, “Solo hay interés en el pasado”, por desgracia, “para utilizarlo en la lucha política del presente”<sup>148</sup>.

Cabría situar a Lorca en el arco político que va del partido reformista de Melquíades Álvarez al PSOE, como un defensor más de la llamada “revolución blanca”, afín, como heredero privilegiado, de intelectuales adictos a la razón (Azaña, Ortega), por mucho que su temperamento le inclinase a la sinrazón unamuniana o al culto a la fuerza de Valle-Inclán<sup>149</sup>. Encaja, pues, en el espectro amplio y *complejo* —subrayo— de las izquierdas entre 1931-1936. Pero qué era exactamente, si nos atenemos a las determinaciones precisas de dicho espectro en el arco parlamentario y extraparlamentario: ¿anarquista, comunista, socialista, o simpatizante de la llamada “izquierda burguesa” (la de Azaña)? Muy influido por Fernando de los Ríos, Lorca quiso siempre observar lo que Marx llamó “l'étiquette d'un langage ‘humanitaire’” y se dejó arrebatar por las “sentimentalités socialistes”<sup>150</sup>. Compartía, con el “republicanismo español”

---

148 Entrevista en *Letras Libres*, *op. cit.* Quizás convenga recordar la naturaleza dialéctica que asiste, como recordaba Sartre, las relaciones entre praxis real y praxis imaginaria. Comentando la interpretación sartreana de los girondinos, apuntaba Jameson que “to describe them as a certain type of bourgeois revolutionary is to categorize them from the outside, to evaluate them in a larger context with which they themselves could not have been familiar. Even to the degree that they knew themselves in some such fashion, in the obscure kind of self-awareness Sartre is describing here, such self-knowledge could only have resulted from some previous judgment on them from the outside, by enemies who saw them in a certain light, who stamped them with a certain label and a certain accusation, which they themselves then attempted to recuperate and to interiorize, to justify”: *Marxism and Form, Twentieth-Century Dialectical Theories of Literature*, Princeton, Princeton University Press, 1971, p. 229. Háganse las equivalencias al caso Lorca, y algo habremos ganado. Pero claro, pedirles a algunos comisarios político-ideológicos disfrazados de críticos que acepten la existencia de un “obscure kind of self-awareness” es quizás mucho pedir. Ni los nazis ni los estalinistas toleraron la oscuridad última de todo sujeto con respecto a sí mismo —y, por ello mismo, repudiaron tanto a Freud como al surrealismo.

149 Elorza, *La modernización política en España*, p. 416.

150 Marx, *Misère de la philosophie*, p. 98. Y la carta a *Annenkov* en p. 68. Marx califica el socialismo verdadero de movimiento literario social en *La constitución alemana*, p. 120.

un fondo de irremediable religiosidad, una profunda vocación de sacralización soteriológica: “No estamos en el teatro. Porque vendrán a echar las puertas abajo. Y nos salvaremos todos”<sup>151</sup>. Estaba ideológicamente —esto es, confusamente, complejamente— atrapado en el horizonte utópico del socialismo español, y de ahí su equívoca afición por el término “revolución”, en especial a partir de 1935<sup>152</sup>. Y conviene recordar que para el socialismo la República era un mero expediente, o recurso formal (político, legal, parlamentario), para alcanzar objetivos eminentemente apolíticos o impolíticos: la revolución social como fin en sí mismo<sup>153</sup>.

Indudablemente, Lorca fue la víctima de un crimen político perpetrado por sujetos rebeldes deseosos de derribar a un gobierno de legitimación frentepopulista y, por extensión, al marco legal republicano que permitió su llegada al poder. Pero ello no normaliza o naturaliza al sujeto Lorca, ciudadano de una República, como “poeta republicano”. No es exacto asegurar, según hace García Montero, que la “ilusión” sobre la “dignidad económica y cultural” que refleja su “Alocución al Pueblo de Fuentevaqueros” sea una “ilusión republicana”. Es una ilusión propia de sensibilidades situadas, entonces (1931-36) en la izquierda, pues, como recuerda Domínguez Ortiz, “el *centrismo* era una entelequia”. En la izquierda se apiñaban anarquistas, socialistas, miembros del partido radical y del partido de Azaña, y no todos estos grupos estaban interesados en

---

151 Así habla el “Autor” en la *Comedia sin título*: Federico García Lorca, *Teatro*, p. 772.

En su ensayo sobre el primer republicanismo federal (1840-1843), Antonio Elorza reflexiona sobre “otro componente del republicanismo español: la sacralización, mucho más intensa que en moderados y progresistas. Consciente de la necesidad de movilizar su base popular, hará suyas las notas de religiosidad y salvación procedentes del pensamiento reaccionario”: *Las raíces de la España democrática*, p. 65.

152 Payne describe al Azaña de febrero-marzo de 1936 como un “doctrinario iluso” que, “como tantos otros, vivía en una fantasía ideológica, un fenómeno frecuente entre los intelectuales y políticos de la primera mitad del siglo veinte”: *El camino*, p. 83. En otro lugar afirma que los gobiernos Azaña-Casares Quiroga reflejaban “short-term sectarian illusions”: *The Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012 (p. 50).

153 Para una delimitación conceptual creativa del término “impolítico”, véase la introducción del libro de Roberto Esposito, *Categorie dell'impolitico*, Bologna, Il Mulino, 1988, pp. 14-15. No es fácil, en cualquier caso, documentar una similar concepción de lo impolítico (la irrepresentable y a-teológica prefiguración de una comunidad imposible) en el espacio social de la España previa a la guerra.

la República<sup>154</sup>. El hecho, cierto, de que “no militó en ningún partido, pero tampoco dudó en identificarse con la República como ciudadano” no lo convierte necesariamente en *poeta republicano*. También Ortega se identificaba con la República como ciudadano, porque entre algo (esa República averiada) y el vacío (los caciques, el integrismo católico, la cuartelada espasmódica y los pistoleros de falange) era mejor algo; pero no dudó en expresar sus profundos recelos ante la deriva de *aquella* República histórica 1931-1936<sup>155</sup>. El convencimiento de que en la primavera de 1936 “España se estaba deslizando hacia la anarquía” era compartido “por muchos viejos y auténticos republicanos”<sup>156</sup>. Por otro lado, la acción emprendida por Lorca de mayor legibilidad política, más allá de la adhesión a manifiestos, su compromiso con la Barraca, obedecía a impulsos pedagógicos de corte humanista-liberal asumibles por conciencias políticas de muy diverso signo. No se olvide, por otro lado, que su adaptación de *Fuenteovejuna* silenció (¿autocensuró?) la violencia popular de la pieza de Lope, que su debilidad por Calderón granjeó la respuesta airada, en una representación, de grupos radicales de izquierdas, o que una de las subvenciones que recibió el grupo fue facilitada, de forma muy decidida, por José Antonio Primo de Rivera, posible amigo y admirador de Lorca<sup>157</sup>.

Lorca fue víctima de una ideología profundamente anti-liberal, ostensiblemente anti-democrática, cimentada en torno a la sacralización de los cuerpos orgánicos de la familia y la nación, a la que contribuyeron, en la

---

154 Domínguez Ortiz, *España*, p. 377.

155 Para esos recelos, véase la reflexión de Antonio Elorza, *La razón y la sombra: Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984, pp. 189-247. Ciertamente, no obstante, que Ortega firmó el manifiesto de adhesión al gobierno de la República el 31 de julio de 1936 publicado en el diario *La Libertad*. Y desde una clínica escribe, sin usar la palabra “república”: “Digan que mi simpatía está de pleno, sin reservas, al lado del Gobierno y su movimiento popular” (Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, pp. 516-517).

156 Domínguez Ortiz, *España*, p. 381.

157 Un balance espléndido sobre la (des)localización de Lorca en el puzzle político-ideológico entre el 35 y el 36 se encuentra en la Introducción de Emilio Peral Vega a *La comedia sin título*, Madrid, Cátedra, 2018. El crítico destaca lo desenfocado de ciertas interpretaciones que sitúan a Lorca “como adalid frentepopulista”, p. 22. Aseguraba Vila-San Juan, hace años, que “Lorca no deseó jamás ser *practicante* en política”: *García Lorca, asesinado*, p. 232.

coyuntura histórica precisa en que se perpetra el crimen, componentes y elementos diversos, procedentes tanto del fascismo como del tradicionalismo y corporativismo orgánico de la CEDA. Preston habla de una rebelión militar cuyo objetivo “no era sencillamente apoderarse del Estado, sino exterminar toda una cultura liberal y reformista”<sup>158</sup>. Supongo que en esa frase —*cultura liberal y reformista*— encaja perfectamente la actividad semi-profesional de Lorca como dramaturgo, poeta inconstantemente publicado y activista ocasional de la educación. En su concreción franquista, es decir, una vez estructurados diversos impulsos ideológicos en torno a la autoridad del “caudillo providencial”, esta vaga ideología se presenta como mera solución contrarrevolucionaria. En retrospectiva, se muestra como una “solución traumática, arcaizante, al conjunto de problemas que acompañan a la precaria formación de una sociedad moderna en la España de nuestro siglo”<sup>159</sup>. Así, no es descabellado ver en Lorca a un agente involucrado en la construcción precisa del problema que el autoritarismo militar quiso solventar —el problema (para militares africanistas, fascistas, ideólogos del nacional-catolicismo, carlistas...) de *la modernización*—. Pese al esfuerzo reciente por distinguir entre el “cálculo frío” del bando sublevado y la “espontaneidad caliente” del bando republicano, mucho hay también en el asesinato de Lorca de espontaneidad caliente, mucho de azares entreverados que construyen reactivamente un sentido<sup>160</sup>. En la medida en que su muerte es imputable, pues, a “una máquina política de terror” puesta en marcha por sujetos intoxicados de esa “ideología fundamentalmente represiva en

---

158 Preston, *La guerra civil*, p. 123.

159 Elorza, “Las raíces ideológicas del franquismo”, en *La modernización política en España*, Madrid, Endymion, 1988, pp. 433-455 (p. 433).

160 La oposición mentada es de Santos Juliá, “De ‘guerra contra el invasor’ a ‘guerra fratricida’” en *Victimas de la guerra civil*, p.26. Julián Casanova construye su excelente ensayo “Rebelión y revolución” en torno a dicha polaridad. Para Ruiz Alonso es un azar que Lorca baje a Granada. Para Queipo, y quizás en cierto modo para el propio Valdés, es un azar que a Lorca lo traigan detenido al Gobierno Civil de Granada. Pero ya que está ahí, pues qué mejor que matarlo. La espontaneidad en el plano estructural —no en el psicológico de la mente retorcida y resentida de Ruiz Alonso— es precisamente la acción de dicha mente, capaz de fabricar un plan condenado al fracaso (la resistencia de los Rosales, previsible, era un obstáculo formidable) y lograr ejecutarlo mediante una ejecución delegada en otros. Existe, no obstante, obviamente, una cierta *necesidad* ideológica superestructural que enmarca y enlaza estos azares.

prácticas administrativas y policiales de encuadramiento militar”, no se precisa una exhaustiva reducción categorial *a contrario* del objetivo a reprimir y eliminar: *que le den café*<sup>161</sup>. ¿Por qué a Lorca? ¿Porque era rojo, comunista, socialista, frentepopulista, o porque era republicano? Ante un aluvión de categorías oscilantes y etiquetas a veces huecas que hicieron poco por salvar “la debilidad orgánica del republicanismo”, recordaba Azaña en una carta de febrero de 1940 que “nada significa lo mismo que hace cinco años”<sup>162</sup>. Esta indeterminación semántica debió de afectar de modo especialmente dramático a términos como *revolución* o *pueblo*<sup>163</sup>. No cabe, obviamente, imputar a estas oscilaciones de *significantes* potencialmente *vacíos* el hecho de que imperase, también en la zona republicana, un encubrimiento de la irracionalidad<sup>164</sup>. Esta ocultación molestó profundamente a Azaña, eximio adalid del “racionalismo constructivo”<sup>165</sup>. Pero es evidente que el maniqueísmo historiográfico que blanquea la irracionalidad de un solo bando bajo epítetos de idealismo heroico es sistemáticamente cómplice del esencialismo categorial que confiere dignidad moral y carta de naturaleza a dichas etiquetas, exigiendo, de este modo, la fijación naturalizada y absoluta (*definida, definitiva*) de su sentido<sup>166</sup>. Incluyendo *el sentido de Lorca*.

---

161 Elorza, *La modernización política en España*, p. 450. La frase de la *máquina política de terror* es de Dionisio Ridruejo, *apud* Vila-San Juan, *García Lorca, asesinado*, p. 31.

162 Elorza, *La modernización política en España*, p. 430. La cita de Azaña la tomo de este libro de Elorza, p. 430.

163 Escribe Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, p. 15: “No tiene ningún sentido aducir un apunte de Machado sobre ‘Los milicianos de 1936’ para demostrar la estima en que los intelectuales del 98 tenían al pueblo: la voz ‘pueblo’ adquirió hacia 1930, y sobre todo desde 1936, un significado que no pudieron atisbar los escritores del 98”.

164 Para el concepto de *significantes vacíos*, véase Ernesto Laclau, “Why do Empty Signifiers Matter to Politics?” en *Emancipation(s)*, London, Verso, 1996, pp. 36-46.

165 Manuel Azaña, *Una política (1930-1932)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932. *Apud* Elorza, *Las raíces de la España democrática*, p. 143.

166 Cuando Largo Caballero llama a revolución se trata de “vanas profecías”, cuando Calvo Sotelo invoca la “contrarrevolución” se trata de una prédica hecha en términos “apasionados y convincentes” (Preston, *La guerra civil*, p. 107). Así se escribe la historia. Los “pequeñoburgueses republicanos” que alimentaron las filas de la izquierda moderada de la Segunda República eran, muchos de ellos, “idealistas”, movidos por “utópicas expectativas” (*ibidem*, 52-53). Ni utopía ni idealismo son, en cambio, atribuibles, parece, a ninguno de los muchos movimientos que se agrupaban en la derecha del espectro político. Falta equilibrio. Solo si aprendemos a qui-

Azaña afirmó en 1924 que “el Estado español está infectado de militarismo” y Lorca cayó en esa septicemia global<sup>167</sup>. Su asesinato demuestra que la reacción contrarrevolucionaria se activó de manera refleja, como un automatismo: militarizados estaban todos los que contribuyeron al crimen (Ruiz Alonso, Valdés, Nestares, Queipo, el que apretó el gatillo), y militarizados hasta los dientes estaban varios miembros de la familia Rosales, la familia que hizo todo lo posible, y más, por salvar su vida. Militarizada estaba Granada ya en los meses previos a la guerra, especialmente desde marzo de 1936. Militarizada la imaginación de Lorca, quien metió pistoleros y bombardeos en su inacabada *Comedia sin título*, y planeó en los días angustiosos de su refugio doméstico componer, con Luis Rosales, un poema sobre los caídos en ambos bandos<sup>168</sup>. A Lorca lo mataron, sí, en última instancia, un enjambre enlazado de sujetos rebeldes, en su mayor parte militares. Fue un asesinato político. Sin duda. Pero no se mató a un político, ni siquiera a un sujeto medianamente politizado. Mataron a un hombre confundido, decepcionado, y aterrorizado: “un ser espantado”, precisa Félix Grande<sup>169</sup>. No se trata de despolitizar al poeta: se trata de politizarlo correctamente, con todas las cartas sobre la mesa. La que Lorca envía a Alfredo Salazar, por ejemplo, en junio de 1936, desde Madrid, en la que le ruega que se omitan de la transcripción de una entrevista

la pregunta y la respuesta que está[n] en una página suelta escrita a mano, página 7 (bis), porque es un añadido y es una pregunta sobre el fascio y el comunismo que me parece indiscreta en este preciso momento. [...] No conviene que se entere nadie de esto, pues sería fastidioso para mí resulta poderosamente reveladora<sup>170</sup>.

---

tarle el celofán rosa a estos términos (idealismo y utopía) estaremos en condiciones de ver que ambas patologías causaban estragos en todas las direcciones del espectro.

167 Citado por Elorza, *La modernización política en España*, p. 419.

168 Sobre este confuso asunto, véase Grande, *La calumnia*, pp. 152-157. También Vila-San Juan, *García Lorca, asesinado*, pp. 115-116; y Molina Fajardo, *Los últimos días de García Lorca*, p. 43.

169 Grande, *op. cit.*, p. 59.

170 Federico García Lorca. *Epistolario completo*, ed. Christopher Maurer y Andrew Anderson, Madrid, Cátedra, 1997, p. 823.

El autor de esta carta es el mismo que, algo menos de un año antes, aseguraba en otra a su familia que no le importaba que “las derechas” persistieran en su “campaña” contra él, pues “es casi conveniente que lo hagan, y que sepan de una vez los campos que pisamos. Desde luego hoy en España no se puede ser *neutral*”<sup>171</sup>. Pero no olvidemos que Lorca se adiestró en técnicas para morar en lo que *no se puede*, habitar la *indefinición* y la *imposibilidad*. Es el momento —el momento o segmento crítico, cuyo inicio arranca, no se olvide, en 1929, tan solo dos años antes de la proclamación de la Segunda República— de su *teatro imposible*, un teatro que enuncia una utópica revolución (sexual, social) al tiempo que admite su fracaso, renunciando a materializarla en escena, pues asume, quizás equivocadamente, que no existe escena que pueda alojarla. La condición *realizativa* —*performative*— de dicha identificación ideológica es determinante: del mismo modo en que comienza, tras un período de violenta resistencia, a decirse *homosexual* (*El público*), Lorca se empeña en decirse *revolucionario* (*La comedia sin título*). Ve posible la enunciación de una no-neutralidad, pero en el terreno de los hechos, esta construcción identitaria solo afectó a su espacio privado: Lorca vive ya plenamente enamorado de hombres. No al espacio público: Lorca no vive luchando con camaradas. En ese terreno decide, tras algunos *outings* sonados, finalmente optar por el silencio, y por una equivocada huida de la ciudad pública (Madrid) a la casa privada en las afueras de Granada, olvidando que no lejos de la Huerta de San Vicente se abría un ámbito furiosamente público.

Si atendemos, pues, como insta Juliá, al ciclo de levantamientos plebiscitarios (rebeliones, revoluciones) que, desde las derechas y las izquierdas radicalizadas, trataban de quebrar el funcionamiento normal de la política parlamentaria, confirmaremos que, desde ambos lados, “la violencia fue cortejada como la gran partera de la historia”<sup>172</sup>. Y los extremos que cortejaron la violencia no solo desgastaron con ello la legitimidad de sus propuestas; también contribuyeron a falsificar, mediante la polarización, la complejidad y la fragmentación de la realidad social, ideológica y política. Esto es algo que Unamuno ya presentía, y que Julián Marías subrayó con firmeza en plena transición<sup>173</sup>. Preston hace bien en repetirlo:

---

171 *Ibidem*, p. 817.

172 Santos Juliá, *Victimas de la guerra civil*, p. 15.

173 “Yo creí entonces, y sigo creyendo, que la guerra civil fue querida por muy pocos,

la guerra tuvo como preludeo una “lucha entre extremos llevada a cabo por fanáticos apasionados de la derecha y de la izquierda” que terminó arrastrando, totalizando, a una masa social indiferente a la polarización y hostil a la idea misma de la guerra<sup>174</sup>. Los radicalizados de ambos signos celebraron en cambio su llegada: Marías recuerda que el 18 de julio fue “festejado” en la zona republicana y dio nombre de avenida a la madrileña calle Príncipe de Vergara<sup>175</sup>. Preston insiste en la barbarie de una “minoría importante”, en ambos lados, como responsable de los “brotes de odio ciego y matanzas irresponsables en toda España”. Por decirlo en terminología neo-marxista (Laclau, Mouffe), dicha minoría *hegemonizó* el *campo social*, agrandó las dimensiones y desnaturalizó la condición de todo recto conflicto o *tensión* sociales, dando lugar una *crisis* innecesaria, dilatada y sangrienta. Conviene, en el análisis retrospectivo de dichos sucesos, no arrastrar a todos los implicados (víctimas, agentes indirectos, espectadores) desde la masa no polarizada a los extremos del “sectarismo descontrolado y frívolo”. Esa masa constituye el “resto” que se vio “sumido en la guerra con una sensación de terror”<sup>176</sup>. No es descabellada la idea de que, de haber sobrevivido, Lorca habría podido alojarse en la zona franca de la tercera España, quizás no junto a Madariaga y Ortega, pues los recelos de ambos hacia la República tenían raíces en un análisis político profundamente racional, impropio de Lorca, pero sin duda junto a otros intelectuales, miembros de generaciones más jóvenes, que instintivamente sintieron un rechazo a la sublimación épica del conflicto, y, sobre todo, cuestionaron su necesidad<sup>177</sup>. Lorca efectivamente empleó el término *revolución* en entrevistas y piezas dramáticas pero no apeló nunca, creo, como sí hicieron extremistas de ambos bandos (socialistas y

---

por dos fracciones exiguas que impusieron su voluntad de discordia y violencia al país entero, alegres de poder liquidar la estructura política para poner las cosas a su gusto” (Marías, *La devolución de España*, pp. 198-199).

174 Paul Preston, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Random House, 1999, p. 14.

175 Julián Marías, *La devolución de España*, p. 199. En la primera entrega de *Herrumbrosas lanzas* de Benet, *op. cit.*, pp. 118-120, el narrador insiste en la tesis de la doble, o triple, revolución.

176 *Ibidem*, pp. 14-15.

177 Domínguez Ortiz, *España*, p. 370, habla de “síntomas”, tras la proclamación de la República en 1931, “que inquietaban a los observadores independientes, de los que había muchos entre las filas muy densas de la intelectualidad”.

falangistas, entre otros) a la palabra “guerra” —“the rhetorical trope of ‘civil war’”— antes del arranque efectivo de la contienda<sup>178</sup>. Es una víctima *de* la guerra, no *por* la guerra. Murió *en* una República amenazada, no *en* *defensa de* esa República.

## XIX

En *Bodas de sangre* importa lo que pasa, pero mucho más lo que ha pasado. Y ello es que al novio le han matado al padre y al hermano. Y que los han matado miembros de la familia de los Félix, a la que pertenece el antiguo novio (Leonardo) de la novia. Y que la madre no olvida su dolor: “Pero se llevan los muertos y hay que callar”<sup>179</sup>. Cuando el hijo sugiere a la madre que acompañe a los recién casados en su nueva vida: “No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano. Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es fácil que muera uno de los Félix, uno de la familia de los matadores, y lo entierren al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso sí que no! Porque con las uñas los desentierro y yo sola los machaco contra la tapia”<sup>180</sup>.

Tratamiento y gestión de residuos funerarios. Cosas del matriarcado. Atavismos, primitivismos. Antígona —vieja ya— en campos de Níjar, con cuevas al fondo.

## XX

Con determinación cartesiana, Husserl buscó siempre deshacerse de prejuicios. Recomendaba abstenerse, mediante una cancelación superadora, de residuos pre-reflexivos depositados en la conciencia. Hablaba, en suma, de prescindir de lo ahí sedimentado, con el fin de alcanzar la *evidencia* intuitiva, que, en su adaptación a condiciones ibéricas, no pasa de ser una *videncia* positiva y notarial: *hic res, hic corpus, en este rodal de aquí*.

---

178 La frase citada es de Stanley Payne, *apud* Preston, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution, and Revenge*, New York, Norton, 2007, p. 21.

179 García Lorca, *Teatro*, p. 446.

180 *Ibidem*, p. 418.

Remover, pues, sedimentos (*Sedimenten*) del sustrato, restituir mediante la exhumación:

Toda evidencia insta para mí una posesión permanente. Yo puedo tornar siempre luego (*immer wieder zurückkommen*) a la realidad efectiva contemplada en sí misma, siguiendo cadenas de nuevas evidencias entendidas como restituciones de la primera evidencia (*als Restitutionen der ersten Evidenz*)<sup>181</sup>.

Si trasladamos, con elemental audacia hispana, con esa insolente manera española de mirar las cosas, al campo real los indicadores de este campo de la conciencia —campo extendido (*ausgedehnt*) según Freud—, obtendremos el eterno retorno a la fosa siguiendo cadenas de nuevas evidencias entendidas (un testigo le dijo a Gibson que fulano ya le había contado en una esquina de la barra del Bar Sevilla a Penón lo que mengano le decía a Brenan, poco más o menos lo que ya me confesó un concejal cuya suegra había oído lo que le contó la prima del cortijo) como restituciones de la primera evidencia: el testimonio del joven que apretó el gatillo, el testimonio del joven que ayudó a enterrarlo. Brota así la lógica de delegación o relevo de la testimonialidad en torno al mártir, como círculos concéntricos en torno a una pedrada en el agua. *Hic corpus*, bajo este olivo: *En este rodal de aquí*. Estamos, quién lo duda, en la encrucijada fenomenológica, la de un “horizonte multiforme [*vieltgestartiger Horizont*] de anticipaciones no plenificadas [*unerfüllter*], menesterosas de plenificación [*erfüllungsbedürftiger Antizipationen*]”<sup>182</sup>. Zanjas vacías, fosas no plenas. Pero vamos a verlo clara y distintamente, con rigor cartesiano-forense, vamos a traerlo —a la voz primera que lo vio todavía vivo, al cráneo que lo documenta muerto— a la claridad (*zur Klarheit bringen*). *Evidenz*: evidencia y videncia. Y Lorca será, de este modo, la materia residual que rellene su urna de tierra, y de modo delegado, nos plenifique y redima. Será nuestra posesión permanente (*bleibende Habe*). Un bien nacional. Amén.

No nos basta con la resignación de Laffranque: aunque llevemos treinta años sin él, “il n’en finit pas de se révéler à nous”<sup>183</sup>. No nos basta con

---

181 Husserl, *Cartesianischen Meditationen*, p. 95.

182 *Ibidem*, p. 96.

183 Marie Laffranque, *Les idées esthétiques de Federico García Lorca*, Paris, Centre de

esa revelación constante, fascinante, de textos inéditos (manuscritos, entrevistas) y de nuevas interpretaciones del creciente corpus textual. No nos basta con “la restitution vivante de l’oeuvre de Lorca”, hoy en día afortunadamente en curso por una generación de críticos como Antonio Monegal, Melissa Dinverno o Emilio Peral Vega que mantienen vivo el espíritu crítico y filológico de maestros —algunos ya fallecidos, otros muy activos— como Belamich, De Paepe, Menarini, Hernández, García Posada, Caravaggi, Anderson, Maurer, Fernández Cifuentes o Soria Olmedo<sup>184</sup>. Necesitamos su *corpse*, su cráneo o una “tibia suya envuelta en flores pasadas y en cristal”. Necesitamos, para incorporarnos a través de su cuerpo definitivamente al cuerpo de algo (¿España?), la restitución muerta de Lorca muerto. No nos basta con la sutil sugerencia de que su corpus textual sea como un borgiano “vaciadero de basuras”, una ruina que señala, de manera enigmática, “los agujeros abiertos por la verdad”<sup>185</sup>. Mucho mejor abrir agujeros en la tierra para alcanzar la verdad. Fernández Montesinos se quedó con las ganas de decir, pero no de escribir, que ha llegado “la hora de dejar a Federico García Lorca en paz, su vida y su obra a cubierto del circo devorador que lo ronda o persigue”<sup>186</sup>.

Quizás esta compulsión restitutionista, tan hostil al regeneracionismo, se nutra de inercias restauracionistas: la voluntad de restaurar no tanto la corte de los milagros como la *mortis regnum*. Se trata, en el fondo, de ceder a la pereza mental del atavismo diagnóstico propia del *romantisme pour autrui*, de confirmar nuestra condición de pueblo “instable et retardataire”, en especial el andaluz, “car la mort vivante, lente ou brutale, fait partie de l’experience collective quotidienne de bien des Andalous, et en particulier des Grenadins”; pueblo español dado a una “primitive cruelty and brutality in a way that would have not been out of place in a medieval epic”<sup>187</sup>. O en París, quiero recordar, en plena modernidad revolucionaria, entre 1789-1795: esa otra épica está en Michelet, Carlyle, Dickens y Víctor Hugo. Pero ésa no interesa: solo cuentan las hazañas del Cid y la *desbandá* de Malaga.

---

Recherches Hispaniques, 1967, p. 9.

184 *Ibidem*, p. 10.

185 Fernández Cifuentes, “¿Qué es aquello que relumbra?”, p. 235.

186 Fernández Montesinos, *Lo que en nosotros vive*, p. 430.

187 Laffranque, *op. cit.*, p. 23 y p. 50; Preston, *The Spanish Civil War*, p. 21.

La épica medieval, la verista y verdadera, en la que entierran a sus muertos, y evocan las mayores restituciones, como la de aquel Jesús que “en el monumento resucitese” (*Cantar del Mio Cid* I 358)<sup>188</sup>. O la del marido de Jimena, librando y venciendo batallas *post mortem*. Pero el cuerpo del nuevo Cid, Federico García Lorca, no ha sido restituido, por mucho que, siguiendo a Quevedo, algunos cavén en su (el de ellos) vivir, su (el de Lorca) monumento<sup>189</sup>.

## XXI

¿Cráneo privilegiado? En realidad, no. Cerebro privilegiado. O más que cerebro: espíritu (*Geist*) absolutamente privilegiado, en tanto que estructura compleja hecha de vivencias y lecturas. En realidad, el cráneo es lo único que tenemos en común con Lorca: todos tenemos, con indiferenciables diferencias, más o menos el mismo cráneo. Ni un clavo (Alarcón) ni el hueco de un balazo (Sender) constituyen diferencia específica, pues ambos son sobrevenidos. “Lorca somos todos”. Homologarnos con Lorca en la democracia de la muerte: ésa es la estúpida vocación de fondo. Decía Benjamin que para la gente en tiempos de Baudelaire solo existía una forma de novedad radical, y siempre la misma, la muerte: “Die letzte Reise des Flaneurs: der Tod”<sup>190</sup>. Es decir, el último viaje del *flâneur*: la muerte. O mejor, el último viaje del *caballero solo*: la muerte<sup>191</sup>. El cráneo es lo único que tenemos en común con Lorca. No el cerebro que produjo sus escritos. De ahí el apetito igualitario de remover el caso y salvarnos en la cosa, el cráneo. *De mentibus non est disputandum*.

---

188 Cito aquí de la edición de Alberto Montaner, *Cantar del Mio Cid*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2012, p. 26.

189 Francisco de Quevedo, *Poemas escogidos*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Alianza, 1974, p. 53.

190 Recogido en los fragmentos “Central Park” en Walter Benjamin, *Selected Writings 1938-40*, ed. Howard Eiland and Michael Jennings, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 2003, IV, p. 171. Reitera de este modo el axioma más concisamente elaborado en el ensayo “Paris, die Hauptstadt des XIX. Jahrhunderts”: *Passagen Werk*, p. 55.

191 Evoco el texto de Valente, “Lorca y el caballero solo”, en *Las palabras de la tribu*, pp. 104-110.

La exención singularizadora que otorga privilegio a su cráneo se expresa, inicialmente, en una bondadosa aceptación igualitaria: pretendiendo no privilegiarlo, arguyendo motivos de igualdad genérica y homologación demográfico-democrática (es un muerto más, y como tal conviene hallar su cuerpo). Es una torpe artimaña. Han dicho tantas veces que era uno más —que Lorca eran todos— que ahora toca finalmente desinflar el globo y reconocer que, en el fondo, no era uno más, que era Lorca, y que precisamente esa diferencia justifica la búsqueda de sus restos<sup>192</sup>. La cuestión es seguir escarbando: “Había tierra en ellos y / cavaban. // Cavaban y cavaban y pasaba así / el día y pasaba la noche”<sup>193</sup>. En el fondo lo que se persigue, hasta los extremos del encarnizamiento forense, es la exención pública de dicho hueso: el restablecimiento de una singularidad erosionada. El cráneo saldrá publicado en las portadas del *New York Times* y *Le Monde*: ésa será su *priva lex*, la prebenda de su singularidad. Se persigue asimismo, mediante la reiteración del argumento forzado y falso (Lorca era uno más, Lorca eran todos) subrayar la idea, más falsa aún, de que todos somos Lorca. No todos somos Lorca. Y no solo porque no a todos nos matan con 38 años, sino, sobre todo, porque casi ninguno de nosotros alcanzaría a escribir ni uno solo de los versos del “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, quizás, como ya sugirió Valente, el mejor poema del siglo veinte escrito por un poeta español. A pesar de un verismo igualitario que persigue aniquilar la distinción, y hacernos creer que “la meta” del supuesto juglar “era que el Cid les pareciera a los oyentes tan vecino como el mismo juglar”, ni Rodrigo Díaz ni Federico García son exactamente nuestros vecinos<sup>194</sup>.

Lorca solo hubo uno, y no está en sus huesos. Fue único porque compuso unos textos, también únicos, que sí están, y no precisamente en los huesos.

---

192 Soria, “Vida cotidiana y memoria histórica”, p. 235, comenta la oscilación de Gibson a la hora de acotar o no el *zoom*, aislando a Lorca del resto de muertos o confundándolo en la masa de víctimas de “la represión nacionalista de Granada”.

193 Cito de la versión del poema de Paul Celan, “Es war Erde in Ihnen”, en *Die Niemandsrose*, 1963, que hiciera José Ángel Valente, *Lectura de Paul Celan*, Barcelona, La Rosa Cúbica, 1995, p. 55.

194 El juicio es de Francisco Rico, “Un canto de frontera: ‘La gesta de Mio Cid el de Bivar’”, en *Cantar de Mio Cid*, ed. Alberto Montaner, pp. 221-256 (p. 223).

## XXII

Poco más de una hectárea. La describió emotivamente Yourcenar en carta a Isabel García Lorca de mayo de 1960:

Lo que yo querría sobre todo expresarle es que, al abandonar aquel lugar que nos designaron (y estas reflexiones son válidas aunque solo fuera aproximadamente exacto), yo me volví para contemplar aquella montaña desnuda, aquel suelo árido, aquellos pinos jóvenes creciendo vigorosos en la soledad, aquellos grandes plegamientos perpendiculares del barranco por donde debieron de discurrir antaño los torrentes de la prehistoria, Sierra Nevada perfilándose majestuosa en el horizonte; y me dije a mí misma que un lugar como aquel hace vergonzante toda la pacotilla de mármol y de granito que puebla nuestros cementerios, y que cabe envidiar a su hermano por haber comenzado su muerte en aquel paisaje de eternidad. Créame que al escribir esto, no trato de minimizar el horror de su prematuro fin, ni lo tremendamente angustioso que sería (al menos para mí) tratar de reconstruir aquella escena que sucedió allí, en un determinado instante del tiempo, y cuyos pormenores no llegaremos a conocer jamás. Pero es cierto que no cabe imaginar más hermosa sepultura para un poeta<sup>195</sup>.

Es el lugar “aproximadamente exacto” que aparecía en dos fotos del libro de Schonberg de 1956. Una tercera muestra dos olivos en un cerro, con un fondo de montañas peladas: el pie de foto reza, con lacónica y precisa inexactitud, “La tombe de Lorca”<sup>196</sup>. Barranco de Víznar, olivares, arbustos. Ahora lo llaman *lieu de mémoire* o, más ajustadamente, “lugar de conflicto histórico y biopolítico”<sup>197</sup>. Pero para muchos *filotheamones* o *amigos del mirar* sigue siendo un *Gegenwartsfelde*, un campo de presente, un horizonte de vivencia que el sujeto abstemio, ayunante, cancelante y parentético de la fenomenología sitúa como ámbito de la más auténtica originalidad (*in*

---

195 Isabel García Lorca, *Recuerdos míos*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 249-250.

196 Jean-Louis Schonberg, *Federico García Lorca: L'homme, l'œuvre*, Paris, Plon, 1956, p. 64.

197 Do Cebreiro, “¿Un asunto de Estado?”, p. 174.

*ursprünglichster Originalität*), porque está siempre (*beständig*) y absolutamente a su disposición. Campo de presente, campo de la presencia, campo de la verdad. *Hic locus est ubi mors...* *Fielding Derrida* es el título de un reciente proyecto crítico que persigue situar la obra del pensador francés en diversos campos textuales, como la filosofía analítica o la fenomenología, con el fin de destacar el horizonte de relaciones (mediaciones) que la hace inteligible<sup>198</sup>. *Fielding Lorca*, en cambio, se comprende siempre como un regreso de la mediación de la cultura a la inmediatez de la necro-agricultura: arar los campos y exhumar los cuerpos. Para ser elevado, de ahí, del horizonte vivencial o campo de experiencia (*Erfahrungsfeld*) que nuestra propia historia literaria codificó, gracias a la memoria prodigiosamente histórica de Max Aub, como campo cerrado, abierto, o de los almendros, al campo de juicio (*Urteilsfeld*) propio del vagabundeo cinegético-arqueológico-fenomenológico<sup>199</sup>. Toda la discusión husserliana en torno a la necesidad de fijar un suelo transcendental de evidencia apodíctica se canaliza efectivamente en una retórica singular de campos, y suelos, y pies firmes: “das wir einen ersten apodiktischen Seinsboden unter die Füße bekommen” (nosotros, por tanto, encontramos bajo nuestros pies una base del ser primero y apodíctico)<sup>200</sup>. La garantía transcendental (dicho ser) es ahora la cosa misma, el ser primero y apodíctico que se oculta bajo nuestros pies, en el campo, entre el barranquillo y el olivo, en este rodal de aquí, que debemos excavar para poder seguir pensando. Ser primero (*erste*), anterior (*frühere*), original (*ursprüngliche*), originario (*originär*): eso es el cuerpo de Lorca simultáneamente como condición de posibilidad del debate y cosa misma de la que debatir. Lo anterior y presupuesto es el campo y sus fuentes espontáneas. Del mismo modo que el ego transcendental es dado tras la reducción —Husserl habla de “venir a la donación”— así el cuerpo de Lorca se nos da —*zur Gegebenheit kommt*— desde su primitiva y profundidad originariedad: Lorca primero, gitano, original. Romanticismo y voz, tierra y origen para este (nuestro) otro.

A su cuerpo volvemos. También dice Husserl que “en la primera infancia tuvimos que aprender a ver las cosas”, que “el campo pre-donante

---

198 Joshua Kates, *Fielding Derrida: Philosophy, Literary Criticism, History, and the Work of Deconstruction*, New York, Fordham UP, 2008.

199 Husserl, *Cartesianische Meditationen*, p. 61.

200 *Ibidem*, p. 61.

de la percepción [*das Vorgebende Wahrnehmungsfeld*] no contiene todavía, en la primera infancia [*in der frühen Kindheit*], nada que pudiera ser explicitado como cosa [*als Ding*] en una simple mirada”<sup>201</sup>. Y volvemos a un campo que no fue el suyo pero casi, para ver la cosa cuando, en realidad, las únicas cosas que vieron sus “pequeños ojos” fueron la blanca pared donde orinaban las niñas, el hocico del toro, la seta venenosa, y una luna incomprensible que iluminaba por los rincones los pedazos de limón seco bajo el negro duro de las botellas<sup>202</sup>. A diferencia de los “pobre ojos” del niño aterrorizado de Gabriel Miró, aquellos ojos suyos de 1910 “no vieron enterrar a los muertos”<sup>203</sup>.

## XXIII

Duele más, parece, la ausencia de ese cuerpo porque se empeñaron en que lo importante era solo ese cuerpo y su duende, su presencia y carisma —*le phénomène Lorca*—. Afirmaba Auclair que “la plus extraordinaire création de García Lorca est encore García Lorca en personne, étincelant de mille éclairs, de mille spectacles à la minute”<sup>204</sup>. Y solo la fenomenología logra responder a tanta estúpida efusión visual. Silver consideraba que el programa especulativo sobre estética diseñado por Ortega en torno a Zuloaga y otros artistas como “diagnosis de la manera española de acercarse a las cosas”, perseguía corregir el idealismo metodológico que el pensador madrileño había apreciado en la fenomenología de Husserl (tanto en las *Logische Untersuchungen* como en *Ideen I* de 1913) con una vocación de realismo<sup>205</sup>. Pero, claramente, Ortega también advierte el impasse del realismo, su pobreza. De ahí que busque, ya en las *Meditaciones del Quijote*, una corrección al idealismo y al realismo, un equilibrio mutuo, en la no-

---

201 *Ibidem*, p. 105.

202 Cito, sin separación de versos, el arranque del poema “1910: Intermedio” de *Poeta en Nueva York*. Véase García Lorca, *Poesía*, p. 512.

203 Véase Gabriel Miró, *Niño y grande*, ed. Carlos Ruiz Silva, Madrid, Castalia, 1987, pp. 118-129.

204 Marcelle Auclair, *Enfances et mort de García Lorca*, Paris, Seuil, 1968, p. 11.

205 Philip W. Silver, “Introducción” a Jorge Guillén, *Mientras el aire es nuestro*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 25. Véase también su libro *Ortega as Phenomenologist: The Genesis of Meditations on Quixote*, New York, Columbia University Press, 1978.

ción de perspectiva. Su lenguaje es ya el de la intencionalidad subjetiva, constructora heroica de sentido. Pero el caso es que su reiterada invitación *ad hispaniorum* a acercarnos a las cosas dejó un reguero de *filotheamones* (amigos del mirar) que miraban compulsivamente al suelo, por si acaso. “Pero ver la realidad es difícil”, recuerda el Autor de la *Comedia sin título*<sup>206</sup>. Tampoco la perspectiva era la solución. La solución era el lenguaje como mediación —como medio que está en medio, es decir, que no comunica— como agua que no desemboca. Pero eso se obvió hasta que lo rescataron semióticos y estructuralistas de carné durante un breve sarampión ochentero. El gran problema de la filosofía española del siglo veinte ha sido la preterición constante de la dialéctica hegeliana, que sí se mantuvo viva en el post-estructuralismo, un olvido facilitado sin duda por el prestigio de una fenomenología mal entendida en direcciones raciovitalistas (Ortega) o raciopoéticas (Zambrano) o, ya en pleno furor neo-religioso, raciocompasivas (Mate).<sup>207</sup> La huida de la razón kantiana, y la condena de su dialéctica asociada, en la que prima, por necesidad, la prioridad del concepto, ha provocado una absurda valorización de lo inductivo como fidelidad a lo real empírico —la cosa misma, la vida única, la entraña singular—. De ahí el éxito de un anti-dialéctico como Benjamin en el pensamiento español (pensemos en Juan Mayorga o Reyes Mate). En su ingenua censura de los métodos deductivos, afirma María Zambrano:

Tal como si lo concreto y viviente no pudiese mantenerse por sí mismo, no encontrar en sí mismo, en lo que él es, reposo y razón de ser. Al partir, en el ejemplo clásico de las Escuelas, de que “Todos los hombres son mortales” para concluir que Sócrates lo es —uno más como todos— ¿no se le rebaja en cierto modo, o no se le borra a la hora de su muerte que este caso —infeliz ejemplo— es bien suya, nítidamente señaladora de su distinción como individuo? Todos los hombres mueren

---

206 García Lorca, *Teatro*, p.769.

207 La desatención a Hegel por parte de Ortega y algunos de los miembros de la llamada escuela de Madrid, deslumbrados por Kant y Husserl, en especial por parte de Gaos, pudo tener que ver con esto. En cualquier caso, para el interés de Ortega por Hegel, es fundamental la siguiente edición: José Ortega y Gasset, *Hegel: Notas de trabajo*, ed. Domingo Hernández Sánchez, Madrid, Abada, 2007. También es esencial el ensayo de Xavier Zubiri, “Hegel y el problema metafísico” en *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

y Sócrates por ende también, mas no todos mueren como Sócrates<sup>208</sup>.

Donde pone “Sócrates” pongan “Lorca” y obraremos el milagro. En la medida en que la muerte de Lorca es “nítidamente señaladora de su distinción como individuo” renunciamos a su homologación conceptual con otros poetas y artistas, renunciamos a situarlo en un horizonte de comprensión estructural, en un campo literario, y nos abocamos, en cambio, a considerarlo exclusivamente en el campo real de su igualitaria muerte. Si Lorca es *su* muerte, entonces Lorca es el asesinado, no el escritor: en esta lógica tiene todo el sentido reclamar la última prueba de su muerte. Dice Zambrano que “por su impecable forma de morir” Sócrates fue “rescatado de todos los ínferos, incluidos los de la lógica”<sup>209</sup>. Lo mismo cabe decir del granadino, cuya muerte excepcional, mera confirmación de su vida excepcional en tanto que persona excepcional, le ha garantizado, durante décadas, una insólita autonomía respecto de las más razonables lógicas críticas y hermenéuticas. Pero en España, cuando la crítica sube de nivel, y obtiene auténtica respiración especulativa —pienso en Juan Carlos Rodríguez o Claudio Guillén— entonces ya no es crítica sino, ay, vicio. El *vicio crítico*, que diría nada menos que un eminente lorquista.

## XXIV

Cuerpo de Lorca. Tibia en la urna. Cráneo privilegiado. Foco aurático, núcleo de prestigio en cuyo derredor gravitan especies más o menos acariciadas por el fetiche —familiares, amigos, poetas exiliados, intelectuales hispanistas discípulos de los poetas exiliados— como círculos concéntricos que se abren, apostólicamente, en torno al último “círculo mágico” (*El maleficio de la mariposa*) de su *parousía*.<sup>210</sup> En la lógica del fetichismo del contacto delegado —ese aura que va, por ejemplo, de Liszt a Claudio

---

208 María Zambrano, *Claros de bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 42.

209 *Ibidem*, 42. Mientras que a Zambrano le interesa el Sócrates maestro de muerte, a otros nos interesa el personaje que discute, con fuerza lógica y paralógica, en los diálogos de Platón.

210 Federico García Lorca, *El maleficio de la mariposa*, ed. Piero Menarini, Madrid, Cátedra, 1999, p. 179.

Arrau pasando por Martin Krause, o de Gustave Moreau a Picasso pasando por Matisse— prevalece la necesidad de restaurar la inmediatez de la experiencia (el contacto) originario<sup>211</sup>. Andrés Soria Olmedo da crédito a la tesis de Assmann en virtud de la cual la memoria comunicativa (recuerdos de tres generaciones) cede sitio a la memoria cultural, transmitida a través de textos canonizados. Pero en el caso Lorca sobrevive siempre una tenaz *parole* primitiva, una subterránea *Ursprache*, un atávico logos de corte doxástico y pístico, que impone su insidiosamente inverificable autoridad: a mí me han dicho que, yo he oído que, yo he visto... Sensación de que todo el mundo conoce algo de Lorca, conoce a alguien que lo conoció, ha visto un autógrafo perdido, sabe algo escabroso de su vida o muerte. *Gerede* es la palabra que Heidegger empleaba para identificar ese tipo de rumor vacío, sin fundamento, y potencialmente tóxico; murmuración propia de *hombres de borra*, “las lenguas de borra, los ojos de papel: Y todos ellos, engaño de engaños y todo vanidad”<sup>212</sup>. Todo el que haya estado en Granada más de tres semanas, con más de veinte años, más o menos sobrio, entiende lo que digo.

Es aquello de Doña Rosita: “Todo Granada lo sabe”<sup>213</sup>. Pese a su inverificabilidad, sobrevive, Husserl diría, como lecho de invisibles evidencias.

## XXV

José María Pemán: “Creo que España es el único país donde se ha muerto por el texto de un erudito intransigente dentro del siglo XX [Marcelino Menéndez Pelayo]. Verdad es que los adversarios derramaban sangre por la secularización de los cementerios”<sup>214</sup>.

---

211 La analogía con los músicos la evoca Lluís Pasqual, *De la mano de Federico*, Barcelona, Arpa, 2016, p. 16.

212 Martin Heidegger, *Sein und Zeit*, Tübingen, Max Niemeyer, 1967, pp. 167-168, vincula la *Gerede* a la *Nachrede* (el chisme) y la *Weiterrede* (la palabra puesta en circulación, repetida), y le atribuye *Bodenlosigkeit* (falta de fundamento). Para los hombres de borra, véase Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. Santos Alonso, Madrid, Cátedra, 1993, p. 159.

213 García Lorca, *Teatro*, p. 554.

214 José María Pemán, *Mis encuentros con Franco*, Barcelona, Dopesa, 1976, p. 14.

XXVI

Lo que en Ortega quiso ser *exigencia de lo concreto, instinto de realidad* no pasa de ser una claudicación del pensamiento a la presión del positivismo empírico (sociología, historia, presente, vida)<sup>215</sup>. ¡A las cosas mismas, salvémonos en las cosas! ¿Qué cosas? A otra doña Rosita los cuadros del Prado le recordaban “las cosas de veras”, Azorín encarecía el “amor a las cosas en grado eminente” y Ridruejo insistía en que “las cosas han de ser representadas morosa y amorosamente”<sup>216</sup>. Pesa la pulsión empírica de inmediatez en la cultura hispana reciente en una filología que, abrumada por el peso del idealismo estético y la estilística de corte expresionista al servicio del nacionalismo, se quedó atrapada en el positivismo de los textos. Cuando logró escapar, fue hacia el positivismo de las cosas, hacia, por ejemplo, ese “panorama de cosas domésticas” que Francisco Rico descubre y celebra en el *Cantar del Mio Cid*<sup>217</sup>. En medio quedó una semiótica epidérmica, un simbolismo esclerótico, un estructuralismo de manual y urgencia. La hermenéutica no llegó. Y la hermenéutica recuerda que entre el idealismo y el empirismo está no solo la fenomenología, sino también el mundo (de la vida) de la cultura, no suficientemente atendido por Ortega: ni quiso ni supo apreciar la diferencia *literaria* frente a otras artes. También dijo un Ortega desengañado que “la política no aspira nunca a entender las cosas”, pero no es totalmente cierto: el problema de nuestra (vieja y nueva) política cultural y cultura politizada es que tienden a quedarse solo en las cosas, las personas, los cráneos: quienes persiguen crédito cultural o notoriedad política merodeando los huesos de Lorca no son muy distintos, en su compulsión fetichista, de quienes escribían aquellos libros de sonrojante título, *Mis encuentros con Franco* o *Mis almuerzos con gente importante*<sup>218</sup>. Cuando

---

215 Las frases entrecomilladas son de Pedro Cerezo, *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 202.

216 Ramón Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas*, ed. Andrés Amorós, Madrid, Castalia, 1973 (p. 83); Azorín, *Memorias inmemoriales*, Madrid, E.M.E.S.A, 1967, p. 26; Ridruejo, *Sombras y bultos*, p. 62.

217 Rico, “Un canto de frontera”, *op. cit.*, p. 225. Dudo de que el “panorama de ojos abiertos” que exigía Lorca en su poema neoyorquino (“Paisaje de la multitud que vomita”) sea compatible con el pre-naturalista lienzo holandés que encandila a Rico.

218 La frase de Ortega la recoge Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, p. 187. Los títulos que menciono son de José María Pemán.

política cultural y cultura politizada van más allá dan el salto directamente al Espíritu Absoluto (la Patria, el Pueblo, la Nación, el Partido). Del hueso al espíritu, del espíritu al hueso: sin pasar por los tejidos y los textos. El modo en el que la teorización benjaminiana de la *imagen dialéctica* ha echado raíz en suelo hispano refleja claramente el desinterés por la mediación, pues lo que Benjamin llama *imagen dialéctica* no es dialéctica, no puede ser dialéctica, en la medida en que exige una emergencia súbita, una totalización inmediata del pasado en la fulguración visual del instante<sup>219</sup>. Nada de esto es compatible con el zigzag, el merodeo, la ida y venida, la demora crónica —tan claramente hostiles hacia lo instantáneo y espontáneo— de la dialéctica. Esto, y otras cosas, se lo reprochó Adorno a Benjamin en una carta memorable<sup>220</sup>. Tratar de ralentizar la temporalidad hermenéutica que exige la lectura —personal, callada, o escénica— de la obra de Lorca, con el fin de conducirla a la detención final —la *Stillstand*— de la foto del cráneo en *Le Monde*, *The New York Times*, o *El País* supone una torpeza conmovedora. Pues la detención de la imagen dialéctica no es otra cosa que un punto muerto, es decir, un muerto. En el fondo no era más que eso: un hueso. Mi reino por un caballo. Mi república por un hueso.

No importa la tumba de Lorca. Importa su cuna, y ni siquiera la de madera. Importa su cuna o biografía intelectual, la urdimbre de textos desde la que tuvo la osadía de creerse poeta, saberse poeta, decirse poeta<sup>221</sup>. Lorca era un loco que se creía Federico. Y lo que nos importa es el origen textual de Federico. No importa, insisto, su tumba. Importa un libro de García

---

219 “Bild ist die Dialektik im Stillstand. Denn während die Beziehung der Gegenwart zur Vergangenheit eine rein zeitliche, kontinuierliche ist, ist die des Gewesenen zum Jetzt dialektisch: ist nicht Verlauf sondern Bild, sprunghaft” (Benjamin, *Passagen Werk* N2a3, p. 577). Véase del mismo autor *The Arcades Project*, eds. Howard Eiland and Kevin McLaughlin, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999, p. 462.

220 Es la carta 47 (18 marzo 1936) en la edición del intercambio epistolar, *Briefwechsel 1928-1940*, cuidada por Henri Lonitz para Suhrkamp en 1994. Véase Theodor W. Adorno/Walter Benjamin, *Correspondencia 1928-1940*, trads. Jacobo Muñoz y Vicente Gómez, Madrid, Trotta, 1998, pp. 133-139.

221 Fernández Cifuentes, “La verdad de la vida”, p. 96, subraya la desatención de Gibson a “la experiencia intelectual de García Lorca, su conocimiento, asimilación y rechazo de fórmulas y herencias literarias, las corrientes de pensamiento que su discurso aprovecha o desdén”. Pese a la valiosa contribución de García Montero, esa compleja *biografía intelectual* está todavía por escribir.

Montero titulado *Un lector llamado Federico*. ¿Memoria histórica? Pongan ese libro como lectura obligatoria en los Institutos del Estado español, y que los alumnos lean o releán, de paso, a Darío, Gide, Unamuno, Lope, Ibsen, Baroja y Nietzsche. También eso es memoria histórica.

## XXVII

En la primera carta que Lorca escribe a sus padres durante la excursión realizada por España con su profesor Martín Domínguez Berrueta, el joven estudiante comenta sus impresiones desde Ávila. Habla de “monumentos hermosísimos, todos con grandes recuerdos históricos”<sup>222</sup>. Durante la visita a la clausura del Convento de la Encarnación, se emociona ante la posibilidad exclusiva de apreciar directamente los objetos teresianos: “ver y tocar la cama donde descansó, las sandalias, la celda donde vivía [...] los autógrafos [...] y la escalera donde se le apareció el niño Jesús”. Luego escucharon a una monja recitando poemas de la Santa. Es, junto con la subida al Veleta referida en carta de agosto de ese mismo año, la experiencia más intensa registrada en el arranque del epistolario. Esta intensidad cobra tintes grotescos con el siguiente apunte: “Como llevaba navaja D. Martín me hizo cortar astillas de todo lo que usó la Santa y que las llevo a Granada. Las monjas nos dieron escapularios y reliquias de la Santa y san Juan”<sup>223</sup>. Lorca se lleva las astillas, Franco la mano incorrupta. *A las cosas mismas, salvémonos en las cosas*. Los dos más insignes pre-cadáveres de nuestra memoriosa post-historia mercadeando con reliquias. Quiero recordar en cualquier caso que Lorca tenía tan solo dieciocho años, un maestro incauto y una navaja. Al calor de estos juegos, ahí va una propuesta: ¿por qué no alojan el cuerpo de Lorca, cuando lo encuentren, en la cripta donde descansaban hasta anteayer los restos de Franco? De otro modo: ¿qué va a llenar el vacío dejado? Žižek haría un libro inteligente sobre el asunto de esa falla o laguna. El absurdo proyecto, todavía en estudio (15 de octubre de 2019), de convertir el Valle de los Caídos en un “Centro Nacional de Memoria” y “joya pedagógica”, cuyas

---

222 García Lorca, *Impresiones y paisajes*, p. 29

223 *Ibidem*, p. 30. ABC llevó este incidente a sus páginas de Cultura en un artículo del 17 de octubre de 2016.

lecciones habrán de apoyarse en los hallazgos de una “Comisión de la Verdad”, no podría tener más espectacular remate<sup>224</sup>. ¿Proporcionará esa maniobra, por fin, una muestra genuina del ideal de Azaña, el de “una herencia histórica corregida por la razón”?<sup>225</sup>. En el inventario de las condiciones utópicas que Azaña compiló, a modo de testamento político, encontramos: “Si hemos de pasar como españoles de la muerte a la vida, si nuestro país no ha de ser un pudridero en el que la víctima y el verdugo se corrompan juntos...”. Es una pena que algunos, escarbando, levantando lápidas, pasando de la muerte a la muerte, pretendan alcanzar esa cosa rara pero en principio valiosa que el desconsolado presidente de una ya vencida República llamara “la transfiguración del espíritu nacional”<sup>226</sup>. Localizar cuerpos de desaparecidos y aclarar crímenes todavía oscuros nos hará indudablemente más libres. Pero remover ahora cuerpos, incluido el de Franco, contra la voluntad de las familias, no vuelve a nada ni a nadie más libre. Leer a Lorca sí. Decía el personaje de Rodríguez Rapún al final de *La piedra oscura* de Conejero: “Y cuando entierren a Federico, cuando lo saquen de ese agujero y descansen en un cementerio, cuando por fin ocurra eso, esta tierra tendrá un futuro”<sup>227</sup>. Quizás lo más insólito de esta absurda lógica doctrinal (cuando X entonces Y), desprendida casi de un dossier del Ministerio de la Memoria, radica en el modo en que violenta la verosimilitud: ¿Qué sabía el amigo de Lorca en agosto de 1937 sobre el paradero del cuerpo de Lorca? ¿Cómo podía obsesionarle un hecho que todavía realmente solo obsesionaba a la familia, conocedora de pocos detalles del asesinato y moralmente ejecutora del destino de sus restos? Pero da igual. Gibson, que se ha pasado la vida excavando hechos, anotando datos —“Gibson es un virtuoso del *dato*”, apuntaba con retranca Fernández Cifuentes— y construyendo un relato (*el relato*) exhaustivo y muy poderosamente autorizado, desliza en el prólogo a la obra de Conejero una frase incomprensible que, no obstante, explica tantas cosas: “El

---

224 Cito de declaraciones de expertos entrevistados en artículo de *El País* el 13 de octubre de 2019. Véase asimismo un artículo en *La información* del 5 de junio de 2018.

225 *Apud* Elorza, *Las raíces de la España democrática*, p. 138.

226 Azaña escribe a Salazar Chapela en febrero de 1940. *Apud* Elorza, *Las raíces de la España democrática*, p. 149.

227 Alberto Conejero, *La piedra oscura*, prólogo de Ian Gibson, Madrid, Antígona, 2013, p. 94.

dramaturgo se ha liberado de toda servidumbre para con lo real y ha construido una ficción para albergar lo verdadero”<sup>228</sup>. Cuando lo *verdadero* es más importante que lo *real*, estamos en el ámbito de la utopía ideológica y no de la crítica histórica: no sé si Conejero estaría contento con ese desplazamiento, pues su obra se presenta como “una vibrante pieza sobre la memoria como espacio de justicia”<sup>229</sup>. ¿Memoria de lo *verdadero* que no es *real*? ¿Justicia en torno a lo *verdadero* que no es *real*? Como dirían en Granada, aspirando las eses: ¿eso qué es lo que es?

Andrés Soria Olmedo expresaba, con particular agudeza, la necesidad de protegerse contra el “ideologismo espontáneo” que asume que “un fantasmático trabajo de memoria Solo terminaría si se exhumaran los restos del poeta”<sup>230</sup>. Lo preocupante de la soflama del personaje de Conejero, claramente espoleada por ese *ideologismo espontáneo*, estriba en su condición de irrupción doctrinal-alegórica destroza de golpe el simbolismo tenue de una pieza no desdeñable. ¿Realmente España ha de esperar a dicha exhumación para tener un futuro? Pues bien, para quien así lo crea, qué mejor que colmar el vacío dejado por Franco con los restos de Lorca. Una ficción (el monumento del Valle) albergará lo verdadero (los huesos del poeta). Pues para la nueva *racionalidad mnémica* negociada en mesiánicos juicios finales y utópicas comisiones de la verdad, esta verdad no es ya ni un relato, ni una explicación, ni un diálogo entre explicaciones y relatos: esta verdad, la verdad pura, es tan solo una cosa y sus representaciones (el cráneo y sus fotos). Y los restos de Lorca, en el futuro de la tierra que tendrá un futuro, ya nadie habrá de perturbarlos. Pues “¿Cuando las cosas llegan a los centros, no hay quien las arranque!” (*Bodas de sangre*)<sup>231</sup>. Ah, las cosas.

---

228 Ian Gibson, “Prólogo” a *La piedra oscura*, p. 12; Fernández Cifuentes, “La verdad de la vida”, p. 91.

229 Lo tomo de la contraportada de la edición en *Antígona* de 2013.

230 Andrés Soria Olmedo, “‘Ni quien cultive hierbas en la boca del muerto’: El caso Lorca”, en *Historia y Memoria: Todos los nombres, mapas de fosas y actuaciones de los tribunales de responsabilidades políticas en Andalucía*, eds. Miguel Gómez Oliver y Fernando Martínez López, Almería, Universidad de Almería, 2007, pp. 1-7 (p. 7).

231 García Lorca, *Teatro*, p. 438.

## XXVIII

Reliquias de Santa Teresa esparcidas y veneradas. Animados por ese monstruo, tan vivo hoy en la crítica inconscientemente fenomenológica, que Althusser denominase “idéalisme empiriste”, muchos se proponen alcanzar algo que sea “inmediatamente transparente [*unmittelbar einsichtig*]”<sup>232</sup>. Idealismo empirista, ideologismo verista, ideísmo cosista: a esto quedó reducida la fenomenología en España<sup>233</sup>. Adorno detectó ese mismo cortocircuito letal entre “positivismo y magia” en las especulaciones de Benjamin sobre el París decimonónico. Quienes aspiran, en el caso Lorca, a lo inmediatamente transparente se ven impelidos por una compulsión fenomenológica hacia la e-videncia visual como ámbito de la prueba. La crítica degenera en foto-montaje y gestión del “*morphologisch geordnete Welt*”, es decir, en comisionado de exposición, paisajismo biográfico, diseño y edición de vida, en un barajar y rebarajar las fotos, lo que Lorca llamaba “ordenar los paisajes”<sup>234</sup>. Solo esta autoridad documental de lo visual, y el verismo forense asociado, en el inconsciente cultural hispano —esa *manera española de ver las cosas*— explica que hayamos construido nada menos que una generación literaria, la del 27, en torno a una foto<sup>235</sup>.

Pero en el intento de desenterrarlo y regresarlo y besarle la noble calavera ¿estamos tratando de regresarnos a qué Lorca de qué foto? ¿Cuál de los rostros distintos de cada día estamos buscando? Decía Husserl que “el ego no se capta a sí mismo meramente como vida que fluye [*strommendes Leben*], sino también como yo, como el yo que tiene la vivencia de

---

232 Louis Althusser, *Lire le Capital*, Paris, La Decouverte, 1965, p. 267; Husserl, *Ideen I*, p. 118. Desde sus primeros escritos, Jacques Derrida ha denunciado también la tóxica combinación de empirismo y metafísica (platonismo, idealismo) que pesa sobre muchas premisas ocultas de cierta fenomenología. Véase, por ejemplo, su “Introduction” a Edmund Husserl, *L'origine de la géométrie*, Paris, PUF, 1962, pp. 3-171 (p. 51).

233 La noción de *ideísmo* es propia de Azorín.

234 Husserl, *Ideen I*, p. 110; García Lorca, *Poesía*, p. 557.

235 Véase José Lara Garrido, “Adiós al Góngora del 27”, en *La hidra barroca: varia lección de Góngora*, eds. Rafael Bonilla y Giuseppe Mazzocchi, Granada, Consejería de Cultura, 2008, pp. 321-334.

esto y aquello, el que vive este y aquel *cogito* como siendo él mismo”<sup>236</sup>. ¿Qué vamos a hacer? Ordenar ¿qué paisajes? “¿Ordenar los amores que luego son fotografías / que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?”<sup>237</sup> ¿Existe un yo persistente (*verharrendes Ich*) detrás de cada rostro y fotografía?<sup>238</sup> ¿Un Lorca “republicano” y en absoluto “apolitical” (Preston)? *Federico en persona*: ¿qué Federico? *Federico y su mundo*: ¿qué Federico? *En España con Federico*: ¿qué Federico? *De la mano de Federico*: ¿qué Federico? Un poco más de tiempo y tendremos *la mano de Federico*<sup>239</sup>.

Tras el apagón de la realidad, de todas las realidades sometidas a ontologías regionales, que provoca la reducción fenomenológica, Solo queda el ámbito de la conciencia pura traficando —entre otras cosas— con las imágenes atrapadas. Husserl persigue otorgar un carácter absoluto al ámbito de la conciencia como flujo potencialmente infinito de experiencias, pero infinito ahí significa siempre infinitamente repetido, pues la donación de realidad es siempre limitada. Y es más: busca conceder un carácter ontológico superior a la *ordo et connexio idearum* sobre la *ordo et connexio rerum*<sup>240</sup>. Busca, en definitiva, que la idea o imagen ordenada y reordenada sea la cosa a la que ir. Una vez agotada la “reglamentación totalitaria” (Fernández Cifuentes) de su corpus textual, el inconsciente de cierta crítica lorquiana se autoasigna la tarea de ir a las cosas —las imágenes— para reordenarlas, y otorgar a esa reordenación de paisajes vitales el estatuto de relato hermenéutico matricial<sup>241</sup>. Pero el *regressum ad infinitum* del relato exige una evidencia ulterior que sea *unmittelbar einsichtig*. Esa evidencia es el cráneo de Lorca. Algo que mostrar y de este modo demostrar: ¿demostrar qué cosa? La fenomenología, que en algunas de sus versiones —Husserl propuso muchas: versiones transcendent-

---

236 Husserl, *Cartesianische Meditationen*, p. 100.

237 Cito de nuevo del poema “Nueva York. Oficina y denuncia” (García Lorca, *Poesía*, p. 557).

238 Husserl, *Cartesianische Meditationen*, p. 101.

239 Aludo, obviamente, a cuatro títulos de cuatro textos, tres de ellos muy conocidos, respectivamente de Jorge Guillén, Francisco García Lorca, Carlos Morla Lynch y Lluís Pasqual.

240 Husserl, *Ideen I*, p. 93.

241 Para la frase “reglamentación totalitaria”, véase Fernández Cifuentes, “¿Qué es aquello que relumbra?”, p. 235.

les, kantianas, cartesianas... — no pasó de ser idealismo vampirizado por el empirismo o un *idealismo empirizado*, fue adoptada en España como *empirismo idealista*. Dicho empirismo nutre el “positivismo inmediato” de los datos lorquianos<sup>242</sup>. Urge, por ello mismo, como apuntase Fernández Cifuentes hace años en una reseña algo sobrada de la obra biográfica de Gibson, “una crítica de la inmediatez, la certeza y la transparencia”<sup>243</sup>.

## XXIX

Que Marie Laffranque, explícitamente deudora de la estética hegeliana, debe mucho al horizonte fenomenológico se revela en su énfasis en lo *voluntario* del proyecto estético concebido como “structure de réflexion vivante”, en su atención a la *experiencia* vital y creadora o al concepto de génesis. En efecto, la frase misma “le ‘phénomène Lorca’” en el arranque efectivo de su magnífico estudio es algo más que un modismo<sup>244</sup>. Es la cosa misma: el fenómeno Lorca.

## XXX

Se reabre el debate en Irlanda sobre la exhumación y repatriación de los restos de James Joyce, que yacen en el Friedhof Fluntern de Zurich, donde murió en 1941, desencantado con casi todo lo irlandés<sup>245</sup>. Otro

---

242 La acertada expresión “positivismo inmediato” es de Soria Olmedo, “Ni quien cultive hierbas en la boca del muerto”, p. 4.

243 Fernández Cifuentes, “La verdad de la vida: *Gibson* versus *Lorca*”, p. 101. Las insuficiencias críticas de Gibson son evidentes. Aducir el exceso de atención a los datos históricos de la vida de Lorca como un síntoma más de dicha insuficiencia es absurdo. Gibson luchaba, con sus datos, contra un biografismo impresionista y a veces interesadamente carente de ciertos datos. Gibson no rivaliza con la crítica literaria: rivaliza con la historia local incompleta y con el biografismo parcial. Y los nuevos datos aportados por Gibson son casi siempre impagables, por mucho que no proporcionen, en su libro, un relato hermenéuticamente convincente.

244 Laffranque, *op. cit.*, pp. 7-21.

245 Véase el artículo “‘James Joyce didn’t want to return to Ireland’: Battle of author’s bones”, *Irish Times*, 17 de octubre de 2019.

vacío que llenar. Irlanda como inmenso cenotafio de su gloria nacional. Es agotador.

### XXXI

Tras siglos de hermenéutica vertiginosamente giratoria en torno a sus poemas y piezas teatrales, ha llegado también el momento desbloquear la cosa y remover los huesos del bardo. A finales de marzo de 2017 la Universidad de Staffordshire manda un equipo de excavación a la tumba del poeta en la Holy Trinity Church de Stratford-upon-Avon y todo ello es emitido por Channel 4. Resultado: han robado el cráneo<sup>246</sup>. *La cabeza perdida de Guillermo Shakespeare*. Es deprimente.

### XXXII

En *Tirano Banderas* leemos que “la mujer presentía imágenes tumultuosas de la revolución. Muertes, incendios, suplicios y, remota, como una divinidad implacable, la momia del Tirano”<sup>247</sup>. La cuestión es excavar, invocar espectros, recuperar cuerpos. ¿Para qué? Para nada en particular, para poco más que conjurar a la nada mediante la recuperación salvífica y redentora de las cosas (los cuerpos, las momias, los cráneos). Otros lo llaman verismo, verificación, constatación de lo verdadero. Míralo, mira ese cráneo: *ecce veritas*. Como aquella insensatez ultra-empirista, reiterada por Preston en su célebre biografía, en virtud de la cual el *quid* de Franco es la *retranca* propia de su galleguismo rural<sup>248</sup>. Cómo le cuesta al hispa-

---

246 Un excelente artículo de Brian Cummings, “Zombie Shakespeare”, *Palgrave Communications* 2 (2016), doi:10.1057/palcomms.2016.63 (consultado el 01/10/2020), examina la compulsiva *Überkitschlichkeit* en torno a la persona, cuerpo y vida de Shakespeare, que ha acompañado las celebraciones recientes (2016) del aniversario de los 400 años de su muerte.

247 Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, ed. Margarita Santos Zas, Madrid, Alianza, 2017, p. 220.

248 “He was abundantly imbued with the inscrutable pragmatism or *retranca* of the Gallego peasant” (Paul Preston, *Franco: A Biography*, Nueva York, HarperCollins, 1994, p. xix). Esta oración se elabora luego en un insólito párrafo, una especie de analítica *ad hoc* de la *retranca*.

nismo anglo-ajón deshacerse de su fardo romántico de exotismo antropológico, determinismo geográfico y casticismo etnográfico: hasta el gran John Elliott “pasando la noche al raso en olivares” (muchos años antes de dedicarse a Olivares) parece haber sucumbido al lirismo calé de estampa pseudo-lorquiana<sup>249</sup>. Y ahora esta nueva memez: el *quid* de España, de nuestro destino colectivo, es esta cosa, la cosa. No tenemos el cráneo de Lorca, pero tenemos la momia del Tirano, así que vamos a removerla un poco, y de este modo atirantar nuestra floja identidad y asegurarnos en la historia. Cosas del *realismo mágico*, supongo. La cita de Valle procede de un capítulo en la novela tomado realmente por el cuerpecillo, mutilado por cerdos y buitres, del hijo de Zacarías, un cuerpo arrastrado por el padre de un sitio a otro, mostrado por el padre a terceros. En dos ocasiones le advierten de que debe darle sepultura. Su respuesta: “Esta reliquia nos sirve de salvoconducto”<sup>250</sup>.

Reliquias de Franco. Reliquias de Lorca. Salvoconductos para qué, hacia dónde.

### XXXIII

En su gran libro de 1967, *Les idées esthétiques de Federico García Lorca*, Marie Laffranque agradecía los esfuerzos previos de investigadores que habían hecho avanzar los estudios lorquianos. Destacaba trabajos de orientación estilística interesados en la función expresiva, y otros centrados en los temas y mitemas recurrentes en la escritura del poeta. Señala la hispanista que estas aproximaciones críticas cubren todo el espectro hermenéutico posible a las alturas de mediados de los años sesenta, “si on excepte”, añade “l’analyse de type freudien et l’analyse plus ou moins marxiste, dont la vogue —non l’emploi— est déjà passée dans nos pays”. En nota a pie de página aclara que esta moda, interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, se sitúa entre los años 1935 y 1950, periodo que califica de inactivo (“creuse”) para los estudios lorquianos. Dicha moda, por otro lado, “n’a guère touché”, asegura, “les pays hispaniques”<sup>251</sup>. Una

---

249 John H. Elliott, *Haciendo historia*, Madrid, Taurus, 2012, p. 17.

250 Valle-Inclán, *op. cit.*, p. 221.

251 Laffranque, *op. cit.*, p. 14.

parte de este juicio es inexacta. Entre 1963 y 1969, se publicaron en Francia los siguientes estudios: *Raymond Roussel* (1963) de Michel Foucault, “Hamlet et Freud” (1967) de Jean Starobinski, *Pour Marx* (1965) de Louis Althusser, *Écrits* (1966) de Jacques Lacan, *Pour une théorie de la production littéraire* (1966) de Pierre Macherey, y *Logique du sens* (1969) de Gilles Deleuze. Marxismo y psicoanálisis no andaban precisamente en retirada en el campo de los estudios filosóficos que lindaba con el de los estudios literarios. El resto es indiscutible. Tuvimos en España, pues, un horizonte de atención, mediante métodos (*méthodes*), a la mediación estilística, a los contenidos temáticos y míticos, y destellos esporádicos de lectura en clave psicosocial, pero escasa atención a la mediación del inconsciente o la ideología, como estructuras que interrumpen, desvían, divierten o pervierten los flujos espontáneos de la conciencia inmediata de un Lorca inmediato. Han pasado más de cincuenta años del apunte de Laffranque. Pero las cosas no han cambiado demasiado. Desde hace algo más de una década, nos hemos instalado en el exceso de esta obscena inmediatez: no solo Lorca es inexcusablemente, exhaustivamente, sí mismo (y toda su escritura, y todos sus sentidos) sino que todos somos Lorca porque Lorca, como se ha dicho, “eran todos”. Estamos condenados al hastío de esta abundancia.

### XXXIV

El 26 de marzo de 1925, a las cinco en punto de la tarde, llegaron al puerto de Hendaya los restos de Ángel Ganivet, novelista y pensador, “el más ilustre granadino del siglo diecinueve”, según Lorca<sup>252</sup>. Al paso de estos restos por Madrid se celebraron diversos actos y homenajes. Las asociaciones de estudiantes de Farmacia, Derecho y Medicina de la Universidad Central organizaron lo que el *ABC* calificó de una “sesión necrológica en la Universidad”<sup>253</sup>. Lorca puso su firma, junto a las de Marquina, Baldomero Argente, Tovar y Fabián Vidal, al pie de una carta de 23 de marzo,

---

252 Citado por Christopher Maurer en García Lorca, *Epistolario*, p. 448, n. 103.

253 “La llegada de los restos de Ganivet”. *ABC*, 27 de marzo de 1925. <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1925/03/27/017.html> (consultado el 01/10/2020)

instando “a los elementos intelectuales madrileños y a la colonia granadina en Madrid” a una reunión para determinar el modo de su adhesión a dicho homenaje. En una segunda carta, fechada el 27 de marzo, la misma “comisión” convoca a los mismos destinatarios “para que se reúnan mañana a las once de la misma en la Estación del Norte, con objeto de acompañar los restos de Ganivet al Paraninfo de la Universidad Central”<sup>254</sup>. En los lacónicos términos que ofrecen estos documentos, cualquiera pensaría que Lorca se embarcó en esta iniciativa —acompañar restos, asistir a una sesión necrológica— con fervor patrio y un puntito de orgullo nazarí. Pero muy probablemente se vio arrastrado a secundar el entusiasmo de otros. Cuatro años antes, en enero de 1921, Lorca conjeturaba en carta a su familia que sus padres habrán “leído en los periódicos las cosas de Ganivet”, refiriéndose a una “Crónica granadina” que Antonio Gallego Burín publica en *El Sol* el 6 de enero, instando a que se retome la iniciativa, abandonada por el Ayuntamiento de Granada en 1913 con motivo del estallido de la Primera Guerra Mundial, de repatriar los restos de Ángel Ganivet con el fin de que puedan “sentir la caricia de sus vientos y el arrullo de sus ríos, y el beso de su luz y sus huesos se estremecerán en un ‘reconocerse de moléculas’”. Ya dijo Alfonso X el Sabio que “entre todas las tierras del mundo Espanna a una estremança de abundamiento et de bondad mas que tierra ninguna”, refiriéndose, entre otras cosas (ah, las cosas), a sus cinco “ríos cabdales que son Ebro, Duero, Taio, Guadalquiuil, Guadiana: e cada uno dellos tiene entre si et ell otro grandes montannas et anchos, et por la bondad de la tierra et ell humor de los ríos lieuan muchos fructos et son abundados”, y, aunque ninguno de esos cinco ríos atraviese Granada, lo cierto es que sí lo hacen el Darro y el Genil, que a la postre van a dar en el *Guadalquiuil*, y lo cierto, pues también lo es, es que a pesar de que “este regno tan noble, tan rico, tan poderoso, tan onrado, fue derramado et astragado en una arremessa por desavenencia de los de la tierra que tornaron sus espaldas en sí mismos unos contra otros”, es decir, a pesar de contiendas civiles de antaño y hogaño, a pesar de que “Espanna mezquina” a la que “laman la dolorida” se viese “crebantada, pues que eran muertos et aterrados quantos ella criara”, lo cierto, digo, es que “la mayor parte della se riega de arroyos et de fuentes,

---

254 García Lorca, *Epistolario*, pp. 266-267.

et nunqu'al ninguan poços cada lugar o los a mester"<sup>255</sup>. Así, por ejemplo, en Granada, brota la fuente del Avellano, cuyas aguas fueron ensalzadas por Ganivet en unas páginas bellísimas, y algo más lejos, en las laderas de Alfacar, murmura la Fuente Grande o Fuente de las Lágrimas, en cuyo arrullo quedaron reconocidas para siempre las moléculas de Lorca. Y es que para "sentir las caricias de sus vientos" hay que aterrarse o *echarse en la tierra*, como Juan Ramón, "enfrente del infinito campo de Castilla", y no se trata, claro está, de eso. Se trata de otra cosa. Se trata, en concreto, de la cosa o *cosas de Ganivet*. "¡Las cosas!..." (*Bodas de sangre*)<sup>256</sup>. Y esas cosas irritaron seriamente a un Lorca de 23 años, ambicioso y seguro de sí mismo, o quizás impostando una solvencia de anclaje en el *campo literario* que pudiera impresionar a sus padres:

De todas maneras a mí me parece una estupidez que se traigan las cenizas de Ganivet a Granada y si yo tuviera gana de meterme en líos escribiría en *España* donde tengo abiertas las puertas un artículo hablando en contra. Traen las cenizas de un gran hombre para dar motivo a *bombos* personales y para que *Natalio* [Rivas Santiago] luzca el frac acompañado de sus secuaces. Esto no lo hago porque soy hombre puro, hombre artista y nada más, pero veo sin embargo una bonita ocasión para dar una paliza literaria de órdago a Natalio y a Fabián Vidal... pero otro lo haga. Sin duda Ganivet queda en ridículo porque no solamente le ponen un macho cabrío absurdo sino que además lo traen probablemente entre bengalas ¡qué horror!<sup>257</sup>

Maurer nos aclara que el "macho cabrío absurdo" es el monumento diseñado por Juan Cristobal González Quesada que se instaló en homenaje a Ganivet en el bosque de la Alhambra el 3 de octubre de 1921. Lorca borra y confunde, con esa frase, su más que probable fascinación ante un monumento que regaló a Granada, dando así lugar a una enzarzada polémica, un contundente desnudo masculino. La relación que su poema "El Macho Cabrío", publicado en *Primeros poemas* en 1921, pueda tener con el monumento, sin ser clara, no deja de ser relevante. ¿Qué valor tienen

---

255 Alfonso X el Sabio, *Prosa histórica*, ed. Benito Francaforte, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 95-97.

256 García Lorca, *Teatro*, p. 421.

257 García Lorca, *Epistolario*, p. 98.

unas pobres cenizas o unas bengalas frente a un atleta de bronce que parece literalmente eyacular sobre y desde el macho cabrío que atrapa entre sus piernas musculadas? Fuertes rachas de viento registradas en Granada el 22 de noviembre de 2013 provocaron la caída de un árbol sobre el monolito que, situado tras el atleta y el macho cabrío, sostiene la escultura de la cabeza de Ganivet. La cabeza cayó al suelo. Fue recogida, restaurada, resituada. *La cabeza caída de Ángel Ganivet*. Cosas de la gestión cultural, cosas. Pero mejor que estas cosas están sus textos. En *Granada la Bella*, evocando sus visitas a ciudades alemanas, se queja Ganivet del tiempo que tardan los pueblos en reconocer la valía de los hombres de ideas (artistas, teólogos, filósofos), mientras que los hombres de fuerza (militares, estadistas, administradores) reciben pronto su reconocimiento público en forma de monumento. Dicho tiempo puede obrar en favor de un monumento bien concebido y mejor ejecutado:

Yo creo que no debían erigirse monumentos más que para conmemorar lo que los siglos nos muestran como digno de conmemoración; las improvisaciones son funestas en la estatuaria, y en España lo son mucho más, porque somos poco aficionados a rendir homenaje a nuestros hombres; y cuando nos decidimos a hacerlo, elegimos, por falta de costumbre, lo primero que cae a mano. Hace algún tiempo, nuestro crítico Balart se quejaba de que mientras Madrid no había dedicado una estatua a Quevedo o a Lope, tuviese la suya un general, autor de un proyecto de reformas. Y por todas partes la historia se repite. En Francia, donde son muy dados al abuso de las estatuas, ha nacido el remedio de esta grave dolencia. En vez de decidir sobre el cadáver aún caliente de un hombre ilustre, si este debe pasar o no a la posteridad, confía el juicio definitivo a las generaciones venideras, y se limitan a erigirle un sencillo busto, que sea, si así es de justicia, el germen de la estatua futura. He aquí algo digno de imitación. Si en nuestras plazas y jardines públicos consagráramos estos humildes recuerdos a los hombres que en la política, la administración, el arte, la enseñanza o la industria han trabajado en bien de Granada, contribuiríamos mucho a desarrollar los sentimientos de gratitud y solidaridad que tan desmedrados viven en nosotros. La misma modestia del homenaje permitiría tributarlo a los hombres más útiles para la prosperidad de las ciudades, a los que trabajan sin ruido y sin aparato y tienen más mérito que fama. El

embellecimiento de Granada no exige muchos monumentos, porque tenemos ya un gran renombre adquirido en todo el mundo con nuestra Alhambra; lo que sí pide es que se rompa la monotonía de la ciudad moderna, y se procure que haya diversos núcleos, cada uno con su carácter<sup>258</sup>.

Ganivet no desestima el culto al escritor muerto. Se limita a sugerir factores de corrección frente a la precipitación e improvisación estatuarías: tiempo, reposo, criterio, y, sobre todo, la “modestia del homenaje” necesaria para determinar el valor de un mérito que, “sin ruido y sin aparato”, se impone sobre la fama. ¿Qué habría pensado Ganivet de su insólita escultura emboscada, de sus cenizas viajeras, el bombo, las bengalas? No lo sabemos. La cabeza se aterró en 2013. Pero sí sabemos, más o menos, lo que pensaba Lorca.

### XXXV

En 1934, cuando la precariedad de la II República adquiere proporciones críticas, Husserl, consciente de amenazas similares a la racionalidad política en otras áreas de Europa, muy especialmente Alemania, manda una carta a los delegados de un congreso de Praga y les habla del peligro inminente de la extinción de la filosofía como espíritu racional con aspiraciones de universalidad. Alude, en concreto, a la “extinción de Europa fundada en el espíritu de la verdad”<sup>259</sup>. El problema es ¿qué verdad? Pues cierto fenomenologismo ibérico naturalizó la verdad como una cosa: los cantaros y lozas de Murillo, el puchero de Santa Teresa, el aire sin puchero de las décimas de Guillén... Y la verdad no es una cosa. La verdad comienza cuando hay dos. En puridad cuando hay tres, y un fondo dialéctico de totalidad: “Lo verdadero es lo total”, afirmaba Luis Rosales<sup>260</sup>.

---

258 Ángel Ganivet, *Granada la Bella*, ed. Fernando García Lara, Granada, Diputación de Granada, 1996, pp. 149-150.

259 Citada en el Prólogo de David Carr a Edmund Husserl, *The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology*, Evanston, Northwestern University Press, 1970, p. XXVII.

260 *Apud* Grande, *La calumnia*, p. 349. La frase de Rosales invierte la famosa máxima de Adorno en *Mínima moralía. Reflexiones desde la vida dañada*, trad. Joaquín Cha-

La carestía de especulación dialéctica en España, su aversión a lo mediato y mediado, está en la raíz del facticismo óntico, del cosismo, cuya plasmación cultural más exacta es la hipóstasis biografista.

Una cosa es el verismo épico. Dos cosas es el estructuralismo. Una cosa es la intuición esencial de la mística. Dos cosas es el estructuralismo. Una cosa es el puchero. Dos cosas es el estructuralismo. Una cosa es la inmediatez fáctica del cráneo. Dos cosas es el cuerpo textual como mediación en los tejidos de cultura. Una cosa, en definitiva, son los garbanzos. Otra cosa es el grandísimo Galdós, al que Lorca seguramente leyó admirado. Pero ¿a alguien le interesa eso?

### XXXVI

Decía Unamuno que la ventaja del sepulcro de don Quijote sobre el sepulcro de Cristo es que nadie sabe dónde está el primero. Eso lo protege del celo controlador de estólidos y siempre contemporáneos “bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques”<sup>261</sup>. El sepulcro de don Quijote, afirma Unamuno, “hay que buscarlo peleando por rescatarlo”<sup>262</sup>. Algo así pasa con Lorca, cuyo sepulcro imaginario (el valor de su archivo textual) en nada difiere de aquello que Eliot llamara tradición y caracterizase como “a matter of much wider significance. It cannot be inherited, and if you want it you must obtain it by great labour”<sup>263</sup>. Cese de una vez la presión de los estúpidos bachilleres y curas y barberos. Aceptemos de una

---

morro, Madrid, Taurus, 1988, p. 48: “Das Ganze ist das Unwahr” (“el todo es lo no verdadero”). Lo importante, en cualquier caso, es que en ambos casos se invoca la totalidad como el ámbito desde el que comenzar una inquisición dialéctica. Por ello mismo, el ataque que Luis Fernández Cifuentes hace a los mecanismos de totalización de cierta crítica lorquiana, con ser parcialmente correcto, omite el hecho fundamental de que “sin presunción de totalidad” no hay crítica posible. Hay solo impresión, datación e inventario. Es la diferencia, digamos, entre Darwin y los naturalistas que le precedieron. Véase Fernández Cifuentes, “¿Qué es aquello que relumbra?”, p. 235.

261 Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, ed. Alberto Navarro, Madrid, Cátedra, 1988, (p. 153).

262 *Ibidem*, p. 142.

263 T. S. Eliot, *Selected Essays*, London, Faber & Faber, 1932, p. 14.

vez que no todos somos Lorca. Pues Lorca sigue lejos, solitario y distinto. Respetemos esa distancia. Ocupémonos con esfuerzo del sentido de sus textos. Asumamos su brutal diferencia.

### XXXVII

Todavía hoy, pues, a vueltas con el inconsciente crítico, atrincherado en cuatro prejuicios. El primero es el prejuicio romántico sobre una oralidad espiritual colectiva (*Volksgeist, Ursprache*) que cifra la verdad del pueblo como verdad de la voz. La voz de España en las jarchas y romances, la voz perdida de un Lorca que, enemigo de letras y letrados, compone cantos que no son otra cosa que “improvisación juglaresca copiada al dictado”<sup>264</sup>. El segundo es el prejuicio realista sobre la importancia del verismo épico y la carga de realidad de la literatura española. Se trata, en el fondo, de una recusación que concibe el *Cantar del Mio Cid* como hecho real, frente a la imaginativa, inflada, *chanson de geste*. Cervantes y el realismo irónico: Lorca y los peces sorprendidos. El tercero es el prejuicio fenomenológico sobre la visión intuitiva y la perspectiva sobre la realidad. Ortega y los pintores: Lorca y los caballos negros. El cuarto es el prejuicio romántico sobre el expresionismo y el realismo expresionista. Dámaso Alonso y la obsesión con el objeto artístico como individualidad única que procede de las vivencias pre-significativas y pluri-significantes del sujeto único. Arte y vida.

Cuatro vectores que atornillan una concepción no hermenéutica del texto literario, como texto en diálogo con precursores y contemporáneos, como juego de significantes en la malla de la cultura. Prestigio de la realidad (vívida), la cosa (vista), la voz (oída), el hombre en esta concepción híbrida, que destila un sometimiento del texto a su “verdad”. Hay que oír

---

264 Alberto Montaner, “El Cantar del Mio Cid”, en *Cantar del Mio Cid*, p. 304, descarta ese método compositivo en su concienzudo análisis de la génesis del poema. Juan Carlos Rodríguez, “Machado en el espejo”, en *La norma literaria*, pp. 229-230, evoca dos líneas paralelas que, durante la República, concurren en la obra de Antonio Machado: “la tendencia pequeño-burguesa hacia el fascismo, y la tendencia pequeño-burguesa hacia un ‘populismo democrático’”; la segunda de las cuales, con su énfasis en la ‘cotidianeidad’, resultaba indistinguible de cierta ‘fenomenología’”.

y ver y tocar a Lorca, pues solo la experiencia de su vivencia (la *Erfahrung* de su *Erlebnis*) comunica el sentido de su verdad textual. Es una exasperación. Es una desesperación.

### XXXVIII

La fantasía funeraria de Bécquer en *Desde mi celda* concluye de manera contundente: “entonces me será tan igual que me coloquen debajo de una pirámide egipcia como que me aten una cuerda a los pies y me echen a un barranco como un perro”<sup>265</sup>. Preguntado el cadáver si desea salir del barranco, responde Schopenhauer: “Klopfte man an die Gräber und frage die Toten, ob sie wieder aufstehn wollten; sie würden mit den Köpfen schütteln”<sup>266</sup>.

### XXXIX

En septiembre de 1920, Lorca sirve de guía a Ramón Menéndez Pidal en unos paseos por el Albaicín y el Sacromonte. El objeto de dichas excursiones era eminentemente etnográfico: recoger romances tradicionales<sup>267</sup>. Uno de esos romances fue, parece ser, el romance de Gerineldos, en el que un joven hombre desvaído, por haber cortado una muy especial de entre las viejas rosas del huerto de Ronsard, es amenazado de muerte por la espada del rey. Poesía y autoridad. Lírica y épica. El amante y el caudillo. Un año después don Ramón inscribe un verso del poema en la lápida del Cid, palabras de reposo para sus huesos viajeros: “a todos alcanza ondra por el que en buen ora nació”<sup>268</sup>. Nótese el alcance de esta sinécdoque so-

---

265 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda*, ed. Jesús Rubio, Madrid, Cátedra, 1996, p. 206.

266 Arthur Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Zürich, Diogenes, 1977, p. 545.

267 Lo explica Maurer en la nota 183 de García Lorca, *Epistolario*, p. 81.

268 Véase José Luis González de Roba, “Dificultades para un descanso eterno: Los huesos viajeros del Cid”, *Boletín de la Institución Fernán González*, 217 (1998), pp. 393-413 (p. 409). Es el v. 3725 del Cantar III.

cial-soteriológica: todos (todos los españoles) quedamos honrados (salvados, redimidos) por el hombre eminente (Cid) dueño del *kairós* o tiempo oportuno, tiempo del acontecimiento heideggeriano (*Ereignis*): el que en buen hora nació. Poco podía el joven Lorca imaginar que dieciséis años después su muerte habría de señalar otra ocasión de salvación colectiva. *El que en buen hora murió*: en buen hora para Miguel Hernández, sin duda, pues de no haber sido Lorca asesinado su figura habría sido todavía más manoseada de lo que lo ha sido ya.

Nos dijeron que modernistas y noventayochistas se regresaron al primitivismo castellano —Berceo y Cid entre otros— mientras que el 27 se busca en el clasicismo renacentista y la dificultad barroca. Nos dijeron que vanguardistas y modernos buscaron escapar a la “ideología del territorio” que, centrada en Castilla, y recurrentemente en el cuerpo carismático del Cid, habían ido construyendo los “noventayochos”. Unamuno le pregunta a Antonio Machado: “La tristeza de los campos, ¿está en ellos o en nosotros que los contemplamos? ¿No es acaso que todo tiene un alma, y que ese alma pide liberación?”<sup>269</sup> La tristeza de los campos. Pero en Lorca pervive un primitivismo. Quiso escribir una conferencia durante su estancia en Manhattan sobre *Los milagros de Nuestra Señora*, a la que alude en cartas diversas, y en el material conservado de las notas establece una breve comparativa con las descripciones paisajísticas del *Cantar de Mio Cid*. Lorca lee, en su habitación de Columbia, el *Cantar de Mio Cid* y *Los Milagros*. Ambos textos tienen una cosa en común: se redactan por personas letradas interpeladas por estrategias ideológicas volcadas a la propaganda de un sepulcro, un sitio de memoria, peregrinación y, presumiblemente, desembolso forzado de donaciones. En el caso de Berceo, el culto mariano se inscribe un espacio santificado (*hallowed*) por las tumbas y cenotafios de san Millán, Santo Domingo y Santa Oria<sup>270</sup>. Los bailes de huesos monásticos, enterrados y desenterrados, que puntean el poema deben acogerse a esta originaria lógica funeraria. En el caso del autor del

---

269 *Apud* Elorza, *La razón y la sombra*, pp. 149-150.

270 Véase Vicente Beltrán, “Introducción” a Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Planeta, Barcelona, 1990, pp. XI-XVII. Véase también Aldo Ruffinatto, *Tríptico del ruisenior: Berceo, Garcilaso, San Juan*, Académica del Hispanismo, Vigo, 2007, pp. 48-54; e “Introducción” a Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos. Poema de Santa Oria*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 15-20.

*Cantar de Mio Cid*, el propio Per Abbat, según Colin Smith, se inspiró en fuentes latinas “irradiadas desde el monasterio de San Pedro de Cardena, donde se forjó una leyenda cidiana cuyo objetivo era atraer peregrinos a la sepultura del héroe castellano por antonomasia (y, con ellos, donaciones y otros ingresos)”<sup>271</sup>. Detrás de las dos primitivas obras maestras de las literaturas hispanas laten sepulcros ávidos de culto y lucro. Descansan huesos. Vieja *literatura* española adherida, como un tendón, a los huesos milenarios. Huesos milagrosos.

Las leyendas en torno a la potencia *post-mortem* de los huesos cidianos, capaces de derrotar y admirar moros —“et vienen y muchos judíos y moros por ver aquella estranjería del cuerpo del Cid”— dicen mucho de una primitiva inclinación imaginativa hacia la *osteofilia* taumatúrgico-funeraria —“grant plegaria a Dios porque tal virtud mostrara por el cuerpo del Çid”— que la Contrarreforma no haría sino exasperar, insuflando más de cuatrocientos años de posvida y crédito institucional al nutrido relicario hispano<sup>272</sup>. ¿Por qué no tratar de ganar eso que Azaña llamó *la guerra de España* con los huesos desempolvados de Lorca? ¿Por qué no revertibrar la España invertibrada con los restos de su columna dorsal, y producir de este modo, por fin, “una unidad histórica orgánica”?<sup>273</sup>. Ya advertía Francisco Giner de los Ríos, lector de Hegel y maestro de Ortega en aquello de “la obra constante del vivir”, que “no somos un agregado atomístico de individuos sumados”, que necesitamos, más allá de las “infinitas aberraciones del liberalismo”, una “vida eminentemente orgánica”?<sup>274</sup> Y como Lorca eran todos, pues seamos todos *en* Lorca. ¿Por qué no dar un empujoncito tardío pero infalible a tan insigne tradición, y vengar así, de pasada, la traición a la República? ¿Qué le parece? ¿Por qué no cobrar a la entrada del parque temático “Friedrichsfelden”, y habilitar puestos con estampas, rosarios, relicarios? ¿Situar su cráneo una urna de cristal

---

271 Es la tesis, muy discutida, de Colin Smith descrita por Juan Carlos Conde en su “Introducción” al *Cantar de Mio Cid*, *op. cit.*, p. 51. Véase Colin Smith, *La creación del poema del Mio Cid*, Barcelona, Crítica, 1985, pp. 106-108.

272 *Primera crónica general de España*, Vol. II, ed. Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Seminario Menéndez Pidal-Gredos, 1977, p. 642.

273 José Ortega y Gasset, *España invertibrada*, Madrid, Espasa, 2011, p. 47.

274 Giner de los Ríos, *El pensamiento en acción*, pp. 130-155.

y cobrar selfies con Lorca a cinco euros? “Todo en España es bonito”<sup>275</sup>.

Decía Fumaroli que “à l’origine de la Culture d’Etat fut le théâtre”<sup>276</sup>.

## XL

En el verano de 1968, poco antes de morir, Adorno impartió la que posiblemente fue su última conferencia. Activistas de izquierda no le dejaron terminar la clase titulada “Introducción al pensamiento dialéctico”. Tres chicas se acercaron a él en el estrado, lo rodearon, le arrojaron pétalos y desnudaron sus pechos. No era la primera vez que algo semejante ocurría. Un año antes su conferencia sobre Goethe fue interrumpida por una estudiante en minifalda que se acercó al estrado para entregarle un oso de peluche rojo (Red Teddy: Theodor)<sup>277</sup>. En ambos casos se intentó interrumpir a un maestro de la teoría crítica y el materialismo dialéctico, al más lúcido enemigo del *espontaneísmo* ideológico del empirismo y la fenomenología, con fragmentos de realidad (un oso de peluche, unos pétalos, unos pechos). Se intentó interrumpir un diálogo crítico con la arrogancia totalitaria de los *facta bruta*. También los pechos descubiertos de la joven que muestra, con ilustrada intención alegórica, al campesino desmañado los frutos de un árbol en la estampa de Goya impiden que este pierda los primeros frutos de vista. ¿Quién de los dos personajes del aguafuerte afirma “Esto es lo verdadero”?<sup>278</sup>. De manera similar, se intenta hoy cancelar un diálogo sereno con la obra de Lorca mediante la obscena exhibición de su cráneo.

Un dato: nadie, más allá de los ignorantes, de Günter Grass, y de mí mismo en este apunte, se acuerda de esas cuatro jóvenes<sup>279</sup>. Nadie en su sano juicio olvida a Adorno.

---

275 La frase es de Lorca, según Morla Lynch, *op. cit.*, p. 70.

276 Fumaroli, *L’Etat culturel*, p. 147.

277 Stefan Müller-Doohm, *Adorno: A Biography*, London, Polity, 2005, pp. 453-455 y 474-475.

278 Véase en <https://fundaciongoyaenaragon.es/obra/esto-es-lo-verdadero/865> (consultado el 01/10/2020). Es sintomático que Antonio Elorza abra su excelente libro *Las raíces de la España democrática* con una reproducción de dicho aguafuerte, titulado “Esto es lo verdadero”.

279 Grass lo hace, todo sea dicho, con una incomprensible condescendencia: Günter Grass, *Mein Jahrhundert*, Göttingen, Steidl, 1999, pp. 248-252.

## XLI

Cuatro años antes de la visita de Menéndez Pidal a Granada, Lorca viaja con Berrueta y sus compañeros de Facultad a diversas localidades castellanas. En Burgos visitan el monasterio de San Pedro de Cardeña. Lorca evoca “la figura amorosa de Jimena que describe la formidable leyenda”, el modo en que parece aún “esperar al caballero de más amante de las guerras que de su corazón esperará siempre como esperan los Quijotes a sus Dulcineas sin notar la espantosa realidad”<sup>280</sup>. ¿La espantosa realidad? La evocación le trae unos versos a la memoria, “Rey de mi alma y destas tierras, conde / ¿Por qué me dejas? ¿Adónde vas? ¿Adónde?”, tomados del romance anónimo de tema cidiano “Al arma, al arma sonaban”. Lorca describe a Jimena como la figura “más subyugadora que tiene el romancero”, capaz de “un amor reposado, lleno de un apasionamiento vibrante que tiene que ahogar ante el fantasma del deber”, y lo opone a “las bravatas y contrastes de Rodrigo su marido”. Mujer sola, encerrada, esperando. Hombre a caballo, libre, manejando puñales. Mundo Lorca. Luego viene lo mejor:

En el interior del convento y junto a la fuente de los mártires surge el claustro romántico lleno de escombros y de polvo... Luego la iglesia grande, profanada, y el sepulcro del Cid y su mujer, en donde las estatuas llenas de esmeraldas derretidas de humedad, yacen mutiladas y sin alma... Lo demás todo ruinas con hilos de plata de las babosas, ortigas, rudas, enredaderas, y mil hojas entre las piedras caídas... y cubierto con una amarga y silenciosa pátina de humedad...

Las cigüeñas están paradas, tan rígidas que parecen adornos sobre los pináculos...

Hay olor a prados y a antigüedad. Bajo las sombras de la tarde desfallecida, el convento acariciado por los nogales cargados de fruto, tiene más preguntas y más evocación...<sup>281</sup>.

---

280 García Lorca, *Impresiones y paisajes*, p. 89.

281 *Ibidem*, p. 90.